

UN MISTERIO DE RILEY PAIGE—LIBRO 2

UNA VEZ TOMADO



BLAKE PIERCE

UNA VEZ TOMADO

(UN MISTERIO DE RILEY PAIGE—LIBRO 2)

BLAKE PIERCE

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio de RILEY PAIGE, que incluye los thriller de suspenso y misterio Una Vez Desaparecido (Libro #1), Una Vez Tomado (Libro #2) y Una Vez Anhelado (#3). Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE.

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y los thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.

Derechos de autor © 2016 por Blake Pierce. Todos los derechos reservados. Excepto según lo permitido bajo la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, o almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor. Este eBook está disponible sólo para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido o dado a otras personas. Si te gustaría compartir este libro con otra persona, por favor compra una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro y no lo compraste, o no fue comprado sólo para tu uso, por favor regresa y compra tu propia copia. Gracias por respetar el trabajo duro de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se emplean como ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es totalmente coincidente. Derechos de autor de la imagen de la terraza de GoingTo, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

LIBROS POR BLAKE PIERCE

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE ASESINE (Libro #1)

CONTENIDO

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

Prólogo

El Capitán Jimmy Cole acababa de terminar de contarles a sus pasajeros una vieja historia de fantasmas del Río Hudson. Era una buena historia, sobre un asesino con hacha vestido con un abrigo largo y oscuro, perfecta para una noche neblinosa como esta. Se reclinó en su silla y descansó sus rodillas, demasiado frágiles de las muchas cirugías a las que las había sometido, y reflexionó sobre su retiro por enésima vez. Había visto casi todas las aldeas de Hudson, y uno de estos días, incluso un barco de pesca pequeño como el suyo, *Suzy*, lo derrotaría.

Ya terminadas sus labores de esa noche, dirigió su barco a la orilla y, mientras resoplaba constantemente rumbo al muelle en Reedsport, uno de sus pasajeros gritó, sacudiéndolo de su ensoñación.

“Oiga, Capitán, ¿no es ese su fantasma?”.

Jimmy no se molestó en mirar. Sus cuatro pasajeros, las dos parejas que estaban de vacaciones, estaban bastante borrachos. Uno de los chicos estaba tratando de asustar a las chicas, estaba seguro de ello.

Pero, en ese momento, una de las mujeres agregó: “Yo también lo veo. ¿No es extraño?”.

Jimmy se volvió hacia sus pasajeros. Pinches borrachos. Esta sería la última vez que alquilaría su barco a estas horas de la noche.

El segundo hombre señaló.

“Está por allá”, dijo.

Su esposa se cubrió sus ojos.

“¡Ay, mejor ni miro!”, dijo con una risa nerviosa y avergonzada.

Jimmy, exasperado, dándose cuenta de que no iba a descansar, finalmente se volvió y miró el lugar que el hombre señalaba.

Algo llamó su atención en un espacio entre los árboles de la orilla. Le pareció que brillaba, que tenía una forma vagamente humana y que parecía flotar sobre el suelo. Pero ya estaba demasiado lejos, así que no pudo distinguirlo bien.

Antes de que Jimmy pudiera alcanzar sus binoculares, el objeto desapareció detrás de los árboles a lo largo de la orilla.

La verdad es que Jimmy también se había tomado unas cuantas cervezas. A él no le parecía un problema. Conocía bien este río. Y le gustaba su trabajo. Especialmente disfrutaba estar en el Hudson a estas horas de la noche cuando el agua estaba así de tranquila. Muy pocas cosas podían romper su sensación de calma en este lugar.

Redujo la velocidad y navegó a *Suzy* cuidadosamente contra las defensas al llegar al muelle. Orgulloso de sí mismo por el atraje suave, apagó el motor y ató el barco a las cornamusas.

Los pasajeros se bajaron del barco entre risas. Tambalearon por el muelle a la orilla y se dirigieron a su posada. A Jimmy le alegró el hecho de que habían pagado por adelantado.

Pero no podía dejar de pensar en ese extraño objeto que había visto. Estaba por la costa y era imposible de ver desde allí. ¿Quién o qué podría ser?

Irritado por ello, sabía que no descansaría hasta que descubriera lo que era. Así era él.

Jimmy suspiró profundamente, sintiéndose más molesto, y partió a pie, caminando a lo largo de la orilla del río, siguiendo las vías ferroviarias que rodeaban el agua. Las vías habían estado en uso unos cien años atrás, cuando Reedsport estaba lleno principalmente de burdeles y casas de juegos. Ahora eran sólo otra reliquia de una época pasada.

Jimmy finalmente pasó una curva y se acercó a un viejo almacén cerca de las vías. Unas lámparas de seguridad del edificio arrojaban una luz tenue, y luego la vio: una forma humana reluciente que parecía estar flotando en el aire. La forma estaba suspendida en uno de los travesaños de un poste eléctrico.

Un escalofrío corrió por su columna vertebral a lo que se acercó y le echó un buen vistazo. La forma

era verdaderamente humana. Sin embargo, no mostraba ninguna señal de vida. El cuerpo estaba mirando hacia el otro lado, atado con una especie de tela y envuelto con cadenas pesadas que se entrelazaban más allá de la necesidad de retener a un prisionero. Las cadenas brillaban en la luz.

Ay Dios mío, ¡otra vez no!

Jimmy no pudo evitar recordar un asesinato espantoso que había estremecido a toda la zona hace varios años.

Jimmy caminó hacia el otro lado del cuerpo y sintió sus rodillas debilitarse. Se acercó lo suficiente para poder ver su rostro, y casi se cae a las vías del impacto. La reconocía. Era una mujer local, una enfermera y amiga de muchos años. Su garganta estaba rajada y su boca estaba amordazada con una cadena que rodeaba su cabeza.

Jimmy jadeó, sintiéndose horrorizado.

El asesino había vuelto.

Capítulo 1

La Agente Especial Riley Paige se quedó estática, mirando fijamente, conmocionada. El puñado de piedritas en su cama no debería estar allí. Alguien había ingresado a su casa y los había colocado, una persona que quería hacerle daño.

Supo inmediatamente que las piedritas eran un mensaje, y que el mensaje era de un viejo enemigo. Le estaba diciendo que no lo había matado después de todo.

Peterson está vivo.

Sintió su cuerpo temblar ante la idea.

Tenía mucho tiempo sospechándolo, y ahora estaba absolutamente segura. Lo peor era que había estado dentro de su casa. El pensamiento le dio náuseas. ¿Todavía estaba en su casa?

Su respiración se volvió lenta del miedo. Riley sabía que sus recursos físicos eran limitados. Justo ese día había sobrevivido a un mortal encuentro con un asesino sádico, y su cabeza todavía estaba vendada y su cuerpo estaba herido. ¿Estaría dispuesta a enfrentarse a él si estuviera dentro de su casa?

Riley sacó su arma de su funda inmediatamente. Con manos temblorosas, caminó a su armario y lo abrió. No había nadie allí. Revisó debajo de su cama. Nadie.

Riley se detuvo, obligándose a sí misma a pensar con claridad. ¿Había estado en su dormitorio desde el momento en el que llegó a su casa? Sí, porque había puesto su pistolera sobre el tocador junto a la puerta. Pero no había encendido la luz y ni siquiera había mirado dentro de la habitación. Simplemente había colocado su arma sobre el tocador y se había ido. Se había puesto su camisón en el baño.

¿Su némesis había estado en su casa todo este tiempo? Después de que ella y April habían llegado a casa, las dos habían hablado y visto TV hasta bien pasada la noche. Luego April se había ido a dormir. En una casa pequeña como la suya, permanecer oculto requería un sigilo sorprendente. Pero no podía descartar la posibilidad.

En ese momento sintió un nuevo temor.

¡April!

Riley arrebató la linterna que mantenía en su mesa lateral. Con la pistola en su mano derecha y la linterna en su izquierda, salió de su habitación y encendió la luz del pasillo. Cuando no oyó nada raro, rápidamente hizo su camino a la habitación de April y abrió la puerta con fuerza. La habitación estaba negra como boca de lobo. Riley prendió las luces del techo.

Su hija ya estaba en su cama.

“¿Qué pasa, Mamá?”, le preguntó April, entrecerrando los ojos con sorpresa.

Riley entró en la habitación.

“No te levantes de la cama”, dijo. “Quédate allí donde estás”.

“Mamá, me estás asustando”, dijo April, su voz temblorosa.

Eso le parecía bien ya que estaba bastante asustada, y su hija tenía todo el derecho de estar tan asustada como ella. Fue al closet de April, alumbró su linterna adentro y vio que no había nadie allí. No había nadie debajo de la cama de April tampoco.

¿Qué debería hacer ahora? Tenía que revisar cada rincón y esquina del resto de la casa.

Riley sabía lo que diría su compañero, Bill Jeffreys.

Coño, Riley, pide ayuda.

Su antigua tendencia de hacer las cosas solas siempre había enfurecido a Bill. Pero esta vez le haría caso. Con April en casa, Riley no iba a correr ningún riesgo.

“Ponte una bata de baño y unos zapatos”, le dijo a su hija. “Pero no salgas de la habitación — todavía no”.

Riley volvió a su habitación y cogió su teléfono de la mesita. Marcó la Unidad de Análisis de Conducta automáticamente. Tan pronto como oyó una voz en la línea, dijo, “Habla la Agente Especial Riley Paige. Hubo un intruso en mi casa y todavía podría estar aquí. Necesito que envíen a alguien rápidamente”. Pensó por un segundo, y luego agregó, “Y envíen también un equipo de evidencias”.

“Lo haremos de inmediato”, fue la respuesta.

Riley finalizó la llamada y salió al pasillo de nuevo. A excepción de los dormitorios y el pasillo, la casa todavía estaba oscura. Podría estar en cualquier lugar al acecho, esperando el momento para atacar. Este hombre la había cogido desprevenida una vez, y casi había muerto en sus manos.

Riley se movió eficientemente por la casa, encendiendo luces y manteniendo su pistola preparada. Alumbró su linterna dentro de todos los armarios y esquinas oscuras.

Por último, miró el techo del pasillo. La puerta ubicada arriba daba al ático, con una escalera desplegable adentro. ¿Se atrevía a subir allí para echar un vistazo?

En ese momento Riley escuchó las sirenas de la policía y dio un suspiro de alivio. Entró en cuenta que la agencia había llamado a la policía local, porque la sede de la UAC quedaba a más de media hora de distancia.

Fue a su habitación y se colocó su bata de baño y unos zapatos y luego volvió a la habitación de April.

“Ven conmigo”, dijo. “Quédate cerca”.

Aun sosteniendo su arma, Riley envolvió su brazo izquierdo alrededor de los hombros de April. La pobre niña estaba temblando de miedo. Riley condujo a April a la puerta y la abrió justo cuando varios oficiales de policía uniformados llegaron corriendo por la acera.

El oficial masculino a cargo entró en la casa, su arma desenvainada.

“¿Cuál es el problema?”, preguntó.

“Alguien estuvo en la casa”, dijo Riley. “Todavía podría estar aquí”.

El oficial miró la pistola en su mano incómodamente.

“Soy agente del FBI”, dijo Riley. “Pronto llegarán los agentes de la UAC. Ya registré toda la casa, excepto el ático. Hay una puerta en el techo sobre la sala”.

El oficial gritó, “Bowers, Wright, vengan aquí y revisen el ático. Los demás revisen las afueras y el frente de la casa”.

Bowers y Wright se dirigieron hacia el pasillo y bajaron la escalera. Ambos sacaron sus armas. Uno esperó en la parte inferior de la escalera mientras el otro subió y alumbró su linterna dentro del ático. El hombre desapareció en el ático en pocos momentos.

Una voz gritó pronto, “No hay nadie aquí”.

Riley quería sentirse aliviada. Pero la verdad era que ella deseaba que Peterson estuviera allí. Así podrían arrestarlo en este mismo momento o, mejor aún, dispararle. Estaba casi segura de que no iban a encontrarlo ni en el patio trasero, ni en el delantero.

“¿Tienes un sótano?”, preguntó el oficial a cargo.

“No, sólo un semisótano”, dijo Riley.

“Benson, Pratt, verifiquen debajo de la casa”, dijo el oficial.

April no soltaba a su madre por nada en el mundo.

“¿Qué pasa, Mamá?”, preguntó.

Riley vaciló. Por años había evitado decirle a April gran parte de la cruda verdad de su trabajo. Pero recientemente había entrado en cuenta que había sido demasiado protectora. Por eso le había contado a April sobre su traumático cautiverio en manos de Peterson—o al menos todo lo que había creído que podía soportar. También le había contado sobre sus dudas de que el hombre estuviera realmente muerto.

Pero, ¿qué le diría a April ahora? No estaba segura.

Antes de que Riley pudiera decidirse, April dijo, “Es Peterson, ¿verdad?”.

Riley abrazó a su hija afectuosamente. Asintió con la cabeza, tratando de esconder el escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

“Está vivo”.

Capítulo 2

La casa de Riley estaba llena de personas que llevaban uniformes o que tenían la insignia del FBI una hora más tarde. Agentes federales fuertemente armados y un equipo de evidencias trabajaban con la policía.

“Coloca las piedritas que están sobre la cama en una bolsita”, dijo Craig Huang. “Necesitarán ser examinadas para ver si tienen huellas o ADN”.

A Riley no le gustó ver que Huang estaba a cargo. Él era muy joven, y su experiencia previa trabajando con él no había sido la mejor. Pero ahora veía que estaba dando órdenes sólidas y que estaba organizando la escena eficazmente. Huang estaba mejorando en su trabajo.

El equipo de evidencias ya estaba revisando cada pulgada de la casa y buscando huellas digitales. Otros agentes habían desaparecido en la oscuridad detrás de la casa, tratando de encontrar huellas vehiculares o algún indicio de un sendero por el bosque. Ahora que las cosas parecían estar desarrollándose con normalidad, Huang llevó a Riley a la cocina. Se sentaron en la mesa. April se unió a ellos, aún muy conmovida.

“¿Qué piensas?”, le preguntó Huang a Riley. “¿Existe alguna posibilidad de que lo encontremos?”.

Riley suspiró con desaliento.

“No, me temo que se fue hace mucho. Lo más probable es que estuvo aquí temprano, antes de que mi hija y yo llegáramos a casa”.

En ese momento una agente entró por la parte trasera de la casa. Tenía cabello oscuro, ojos oscuros y una tez morena, e incluso parecía ser más joven que Huang.

“Agente Huang, encontré algo”, dijo la mujer. “Rasguños en la cerradura de la puerta trasera. Parece que alguien la forzó”.

“Buen trabajo, Vargas”, dijo Huang. “Ahora sabemos cómo entró. ¿Podrías quedarte con Riley y su hija por un ratito?”.

La cara de la joven se iluminó de alegría.

“Me encantaría”, dijo.

Se sentó en la mesa, y Huang salió de la cocina para reunirse con los demás.

“Agente Paige, soy la Agente María de la Luz Vargas Ramírez”. Luego sonrió. “Lo sé, es tremendo trabalenguas. Es una costumbre mexicana. Todos me llaman Lucy Vargas”.

“Me alegra que estés aquí, Agente Vargas”, dijo Riley.

“Llámame Lucy”.

La joven se quedó callada por un momento, contemplando a Riley. Finalmente dijo, “Agente Paige, espero no parecer impertinente con esto pero... es un verdadero honor conocerte. He estado siguiendo tu trabajo desde que entré en formación. Tus registros son increíbles”.

“Gracias”, dijo Riley.

Lucy sonrió con admiración. “Digo, la forma en que concluiste el caso Peterson— toda la historia me asombra”.

Riley negó con la cabeza.

“Desearía que las cosas fueran así de simples”, dijo. “No está muerto. Él fue el intruso”.

Lucy la miró fijamente, estupefacta.

“Pero todo el mundo dice—”, Lucy comenzó.

Riley la interrumpió.

“Alguien más pensaba que estaba vivo. Marie, la mujer que rescaté. Estaba segura que todavía la

estaba acechando. Ella...”.

Riley hizo una pausa, recordando dolorosamente la imagen del cuerpo de Marie en su propio dormitorio.

“Ella se suicidó”, dijo Riley.

Lucy se veía horrorizada y sorprendida. “Lo siento”, dijo.

En ese momento, Riley oyó una voz familiar llamar su nombre.

“¿Riley? ¿Estás bien?”.

Ella se volvió y vio a un Bill Jeffreys ansioso parado en el arco de la cocina. El UAC debió haberlo alertado sobre la situación y había venido a su casa por su cuenta.

“Estoy bien, Bill”, dijo. “April también está bien. “Siéntate”.

Bill se sentó en la mesa con Riley, April y Lucy. Lucy lo miró fijamente, aparentemente asombrada por estar conociendo al ex compañero de Riley, otra leyenda del FBI.

Huang entró de nuevo a la cocina.

“Nadie está adentro de la casa, ni en los alrededores”, le dijo a Riley. “Mis agentes han recopilado toda la evidencia que pudieron encontrar. Dicen que no tienen mucho. Corresponde a los técnicos de laboratorio ver qué pueden hacer con lo que encontraron”.

“Justo lo que me temía”, dijo Riley.

“Parece que es momento de que finalicemos”, dijo Huang. Luego salió de la cocina para darles a sus agentes sus órdenes finales.

Riley se volvió hacia su hija.

“April, te quedarás en casa de tu padre esta noche”.

Los ojos de April se abrieron.

“No te dejaré aquí”, dijo April. “Y de seguro no quiero quedarme con Papá”.

“Tienes que hacerlo”, dijo Riley. “Podrías no estar segura aquí”.

“Pero Mamá—”.

Riley la interrumpió. “April, todavía hay cosas que no te he dicho acerca de este hombre. Cosas terribles. Estarás a salvo con tu padre. Te buscaré mañana después de clases”.

Lucy habló antes de que April pudiera protestar más.

“Tu madre tiene razón, April. Créeme. De hecho, considéralo una orden de mi parte. Escogeré a unos agentes para que te lleven. Agente Paige, con tu permiso, llamaré a tu ex marido y le diré lo que está sucediendo”.

La oferta de Lucy sorprendió a Riley y también la contentó. Resultaba casi extraño el hecho de que Lucy pareciera entender que le sería difícil hacer esa llamada. Ryan se tomaría esta noticia más seriamente de cualquier otro agente que no fuera Riley. Lucy también había tratado bien a April.

No sólo se había percatado de la cerradura forzada, sino que también había demostrado empatía. La empatía era una excelente cualidad en un agente UAC, y dicha cualidad se desgastaba a menudo por el estrés del trabajo.

Esta mujer es buena, pensó Riley.

“Ven”, le dijo Lucy a April. “Vamos a llamar a tu papá”.

April le tiró dagas a Riley con su mirada. Aun así, se levantó de la mesa y siguió a Lucy a la sala de estar, donde comenzaron a hacer la llamada.

Riley y Bill se quedaron solos en la mesa de la cocina. A pesar de que parecía no haber más nada que hacer, a Riley le pareció adecuado el hecho de que Bill estuviera allí. Habían trabajado juntos durante años y siempre había considerado que eran un buen par, ambos tenían cuarenta años con unas cuantas canas en sus pelos oscuros. Ambos eran dedicados en sus trabajos y tenían problemas en sus matrimonios. Bill era sólido en estructura y temperamento.

“Fue Peterson”, dijo Riley. “Estuvo aquí”.

Bill no le respondió. No se veía convencido.

“¿No me crees?”, dijo Riley. “Habían piedritas en mi cama. Debió haberlas colocado allí. No pudieron haber llegado allí de otra manera”.

Bill negó con la cabeza.

“Riley, estoy seguro de que realmente hubo un intruso”, dijo. “No te estabas imaginando esa parte. ¿Pero Peterson? Lo dudo mucho”.

La ira de Riley iba en aumento.

“Bill, escúchame. Oí golpeteos contra la puerta una de estas noches y encontré piedritas cuando revisé las afueras de la casa. Marie oyó a alguien tirar piedras a la ventana de su dormitorio. ¿Quién más podría ser?”.

Bill suspiró y negó con la cabeza.

“Riley, estás cansada”, dijo. “Y cuando uno está cansado y tiene una idea fija en su cabeza, le es fácil creer casi cualquier cosa. Le puede pasar a cualquiera”.

Riley se esforzó para no derramar sus lágrimas. En sus mejores días, Bill habría confiado en sus instintos sin duda. Pero esos días se acabaron. Y ella sabía el porqué. Hace unas noches, lo había llamado borracha y había sugerido que actuaran por la atracción mutua que sentían y que iniciaran un romance. Había sido horrible y ella lo sabía. No había bebido nada desde entonces. Aun así, las cosas no habían estado bien entre ella y Bill después de eso.

“Sé de qué se trata esto, Bill”, dijo. “Es por esa estúpida llamada. Ya no confías en mí”.

Ahora la voz de Bill se llenó de ira.

“Coño, Riley, sólo estoy tratando de ser realista”.

Riley estaba furiosa. “Sólo vete, Bill”.

“Pero Riley—”.

“O me crees o no me crees. Decídetes de una buena vez. Pero en este momento quiero que te vayas”.

Resignado, Bill se levantó de la mesa y se fue.

Por la puerta de la cocina Riley vio que casi todo el mundo se había ido de su casa, incluyendo a April. Lucy entró de nuevo a la cocina.

“El Agente Huang dejará a un par de agentes aquí”, dijo. “Vigilarán la casa desde una patrulla por el resto de la noche. No estoy segura de que sea buena idea que estés sola adentro de la casa. Sería un placer quedarme”.

Riley lo pensó por un momento. Lo que quería, lo que *necesitaba* ahora mismo, era que alguien creyera que Peterson no estaba muerto. Dudaba que sería capaz ni de convencer a Lucy de eso. Todo parecía inútil.

“Estaré bien, Lucy”, dijo Riley.

Lucy asintió y salió de la cocina. Riley escuchó el sonido de los últimos agentes yéndose de su casa y cerrando la puerta. Riley se levantó y revisó la puerta principal y la trasera para asegurarse de que estaban cerradas con llave. Colocó dos sillas contra la puerta trasera. Harían bastante ruido si alguien forzaba la cerradura de nuevo.

Luego entró a la sala de estar para echar un vistazo. La casa parecía extrañamente iluminada, ya que todas las luces estaban encendidas.

Debería apagar algunas de las luces, pensó.

Pero al acercarse al interruptor de luz de la sala de estar, sus dedos se congelaron. No podía hacerlo. Estaba paralizada de terror.

Sabía que Peterson volvería por ella.

Capítulo 3

Riley vaciló por un momento cuando entró al edificio de la UAC, preguntándose si realmente estaba preparada para encontrarse con todos. No había dormido en toda la noche y estaba extremadamente cansada. La sensación de terror que no la había dejado dormir la noche anterior había agotado toda su adrenalina. Ahora se sentía vacía.

Riley respiró profundamente.

Lo único que puedo hacer es afrontarlo.

Juntó su coraje y entró en el laberinto de agentes, especialistas y personal de apoyo del FBI. Mientras caminó por la zona abierta, caras conocidas levantaron la mirada de sus computadoras. La mayoría sonrieron al verla y algunos levantaron su pulgar, dándole ánimo. Riley empezó a sentirse contenta por haber decidido venir a trabajar. Necesitaba algo que le levantara el ánimo.

“Excelente trabajo con el Asesino de las Muñecas”, dijo un agente joven.

Le tomó a Riley un par de segundos comprender lo que quería decir. Entonces entró en cuenta que el “Asesino de las Muñecas” debía ser el nuevo apodo para Dirk Monroe, el psicópata que acababa de derrotar. El nombre tenía sentido.

Riley también notó que algunas personas la miraban cautelosamente. Sin duda habían oído sobre el incidente en su casa de la noche anterior, cuando todo un equipo había corrido a ayudarla luego de su llamada frenética. *Probablemente se preguntarán si estoy fuera de mis cabales*, pensó. Lo que sabía era que absolutamente nadie en la Agencia creía que Peterson todavía estaba vivo.

Riley se detuvo en el escritorio de Sam Flores, un técnico de laboratorio con anteojos de montura negra, que estaba trabajando en su computadora.

“¿Qué noticias tienes para mí, Sam?”, dijo Riley.

Sam levantó la mirada de la pantalla.

“Me estás hablando de tu entrada forzada, ¿cierto? Estoy ojeando algunos informes preliminares. Me temo que no habrá mucho. Los chicos de laboratorio no encontraron nada en las piedritas, ni ADN ni fibras. Tampoco encontraron huellas”.

Riley suspiró con desaliento.

“Hazme saber si cambia algo”, dijo Riley, dándole una palmadita en la espalda.

“No te ilusiones”, dijo Flores.

Riley continuó al área compartida por los agentes superiores. Cuando caminó por las pequeñas oficinas con paredes de cristal, vio que Bill no había llegado todavía. Realmente era un alivio, pero sabía que tarde o temprano tendrían que aclarar la incomodidad reciente que había entre ellos.

Cuando entró en su oficina limpia y bien organizada, Riley notó inmediatamente que tenía un mensaje telefónico. Era de Mike Nevins, el psiquiatra forense de DC que a veces consultaba en ciertos casos de la UAC. A lo largo de los años, ella lo había considerado una fuente de intuición notable, y no sólo en los casos. Mike había ayudado a Riley a superar su propio TEPT después de su captura y tortura a manos de Peterson. Sabía que la estaba llamado para ver cómo estaba, como de costumbre.

Estaba a punto de devolverle la llamada cuando la figura ancha del Agente Especial Brent Meredith apareció en su puerta. Las características negras y angulares del comandante de la unidad insinuaban su personalidad firme y sensata. Riley se sintió aliviada al verlo, su presencia siempre la tranquilizaba.

“Bienvenida, Agente Paige”, dijo.

Riley se puso de pie para estrechar su mano. “Gracias, Agente Meredith”.

“Oí que tuviste otra pequeña aventura anoche. Espero que estés bien”.

“Estoy bien, gracias”.

Meredith la miró con preocupación genuina y Riley sabía que estaba tratando de evaluar qué tan preparada estaba para trabajar.

“¿Quieres acompañarme al área de descanso para tomarnos un café?”, preguntó.

“Gracias, pero hay algunos archivos que necesito revisar. En otra ocasión”.

Meredith asintió y se quedó callado. Riley sabía que estaba esperando que hablara. Sin duda también había oído que ella creía que Peterson había sido el intruso. Le estaba dando una oportunidad de expresar su opinión. Pero estaba segura de que Meredith no estaría de acuerdo con ella, como los demás.

“Bueno, mejor me voy”, dijo. “Me avisas cuando puedas tomarte un café o ir a almorzar conmigo”.

“Lo haré”.

Meredith hizo una pausa y se volvió hacia Riley.

Lentamente y con cuidado, dijo, “Ten cuidado, Agente Paige”.

Riley detectó un mundo de significado en esas dos palabras. Hace poco otro cabecilla de la Agencia la había suspendido por insubordinación. Había sido reintegrada, pero su cargo todavía podía estar en la cuerda floja. Riley sintió que Meredith le estaba dando una advertencia amistosa. No quería que se perjudicara a sí misma. Y armar un escándalo sobre Peterson podría causar problemas con los que dieron por cerrado el caso.

Tan pronto como se encontró sola en su oficina, Riley fue a su archivador y sacó el archivo grueso sobre el caso de Peterson. Lo abrió en su escritorio y lo ojeó, refrescando su memoria acerca de su némesis. No encontró mucho de ayuda.

La verdad es que el hombre seguía siendo un enigma. No había habido ningún registro de su existencia hasta que Bill y Riley finalmente lo rastrearon. Peterson quizás ni era su verdadero apellido, y habían encontrado diversos nombres de pila supuestamente conectados con él.

Cuando Riley examinó el archivo, se encontró con fotografías de sus víctimas—mujeres que habían sido encontradas en tumbas poco profundas. Todas tenían cicatrices por quemaduras, y la causa de la muerte de todas había sido estrangulamiento manual. Riley se estremeció al recordar las manos grandes y poderosas que la habían capturado y enjaulado como un animal.

Nadie sabía cuántas mujeres había matado. Quizás había más cadáveres que aún no habían sido encontrados. Nadie sabía del hecho que le gustaba atormentar a las mujeres en la oscuridad con una antorcha de propano hasta que Marie y Riley habían sido capturadas y vivieron para contarlo. Y nadie más estaba dispuesto a creer que Peterson todavía estaba vivo.

Todo esto realmente la estaba desanimando. Riley se distinguía por su habilidad de entrar en la mente de los asesinos—una habilidad que a veces la asustaba. Aun así, nunca había sido capaz de entrar en la mente de Peterson. Y, en ese momento, sintió que lo entendía aún menos que antes.

A Riley nunca le había parecido que era un psicópata organizado. El hecho de que abandonaba a sus víctimas en fosas poco profundas sugería todo lo contrario. No era perfeccionista. Aun así, era lo suficientemente meticuloso como para no dejar pistas. El hombre era realmente paradójico.

Recordó algo que Marie le había dicho poco antes de suicidarse...

“Tal vez es como un fantasma, Riley. Quizás eso fue lo que pasó durante la explosión. Mataste su cuerpo pero no mataste su maldad”.

No era un fantasma, y Riley lo sabía. Estaba segura, más segura que nunca, que él estaba por ahí, y que ella era su próximo objetivo. Aun así, es como si fuera un fantasma en su opinión. Aparte de sí misma, nadie más creía que existía.

“¿Dónde estás, bastardo?”, dijo en voz alta.

Ella no lo sabía, y no tenía ninguna forma de averiguarlo. Estaba completamente obstaculizada. No tenía más remedio que abandonar la cuestión por ahora. Cerró la carpeta y la colocó de nuevo en su archivero.

En ese momento sonó el teléfono de su oficina. Vio que la llamada venía de la línea compartida por todos los agentes especiales. Es la línea que el banco telefónico de la UAC utilizaba para reenviar las llamadas apropiadas a los agentes. Como regla general, cualquier agente que contestaba la llamada primero tomaría el caso.

Riley miró a las otras oficinas. Nadie más parecía estar trabajando. Los otros agentes o estaban tomando un descanso o estaban trabajando en otros casos. Riley contestó el teléfono.

“Agente Especial Riley Paige. ¿En qué puedo ayudarle?”.

La voz en la línea sonaba agobiada.

“Agente Paige, habla Raymond Alford, el Comisario de Reedsport, Nueva York. Tenemos un problema serio aquí. ¿Podemos hacer una videoconferencia? Creo que tal vez podría explicarlo mejor de esa manera. Y tengo unas imágenes que debes ver”.

La curiosidad de Riley se despertó. “Claro”, dijo. Le dio a Alford su información de contacto. Estaba hablando con él cara a cara unos momentos más tarde. Era un hombre delgado y mayor que estaba quedándose calvo. En este momento se veía ansioso y cansado.

“Hubo un asesinato aquí anoche”, le dijo Alford. “Uno verdaderamente feo. Déjame mostrarte”.

Apareció una fotografía en la pantalla de la computadora de Riley. Mostró lo que parecía ser el cuerpo de una mujer colgando de una cadena sobre vías férreas. El cuerpo estaba envuelto en una multitud de cadenas, y parecía estar extrañamente vestido.

“¿Qué lleva puesto la víctima?”, preguntó Riley.

“Una camisa de fuerza”, dijo Alford.

Riley se sobresaltó. En la fotografía vio que era cierto. Luego de que la imagen desapareciera, Riley se encontró cara a cara con Alford de nuevo.

“Comisario Alford, aprecio tu inquietud. Pero, ¿qué te hace pensar que este es un caso para la Unidad de Análisis de Conducta?”.

“Porque pasó exactamente lo mismo no lejos de aquí hace cinco años”, dijo Alford.

Apareció una imagen del cadáver de otra mujer. También estaba encadenado y atado en una camisa de fuerza.

“En ese entonces se trató de una trabajadora de prisión a tiempo parcial, Marla Blainey. El modus operandi fue idéntico, excepto que sólo fue abandonada en la orilla del río, no fue colgada”.

El rostro de Alford reapareció.

“Esta vez se trató de Rosemary Pickens, una enfermera local”, dijo. “Nadie puede imaginarse un motivo, para ninguna de las mujeres. Ambas eran muy queridas”.

Alford se desplomó y negó con la cabeza.

“Agente Paige, esto sobrepasa nuestras habilidades. Este nuevo asesinato debe ser de un asesino en serie o de un imitador. El problema es que ninguno de los dos tiene sentido. Nunca tenemos este tipo de problemas en Reedsport. Este es sólo un pequeño pueblo turístico en el Río Hudson con unos siete mil habitantes. A veces tenemos que separar una pelea o sacar a un turista del río. Eso es lo único malo que suele suceder aquí”.

Riley se puso a pensar. Este realmente parecía ser un caso para la UAC. Debería referir a Alford directamente a Meredith.

Pero Riley miró hacia la oficina de Meredith y notó que no había regresado todavía. Tendría que hacérselo saber más tarde. Mientras tanto, tal vez podría ayudar un poco.

“¿Cuáles fueron las causas de las muertes?”, preguntó.

“Ambas fueron degolladas”.

Riley intentó no demostrar su sorpresa. Las estrangulaciones y los traumatismos contundentes eran mucho más frecuentes que los degollamientos.

Este parecía ser un asesino muy inusual. Aun así, era el tipo de psicópata que Riley conocía bien. Se

especializaba en este tipo de casos. Era una lástima que no fuera capaz de utilizar sus habilidades en este caso particular. A raíz de su trauma reciente, no la asignarían a este caso.

“¿Han retirado el cadáver?”, preguntó Riley.

“Aún no”, dijo Alford. “Todavía está colgando allí”.

“Entonces no lo hagan. Déjenlo allí por ahora. Esperen hasta que lleguen nuestros agentes”.

Alford no se veía satisfecho.

“Agente Paige, eso será un verdadero desafío. Está justo al lado de las vías del tren y puede verse desde el río. Y el pueblo no necesita este tipo de publicidad. Me están presionando para que lo retire”.

“Déjenlo”, dijo Riley. “Sé que no es fácil, pero es importante. No pasará mucho más tiempo allí. Nuestros agentes llegarán esta tarde”.

Alford asintió.

“¿Tienes más fotos de la última víctima?”, preguntó Riley. “¿Unas de cerca?”.

“Sí, ya te las coloco”.

Riley se encontró mirando una serie de fotos detalladas del cadáver. La policía local había hecho un buen trabajo. Las fotos mostraban cómo las cadenas estaban firmemente y elaboradamente envueltas alrededor del cadáver.

Finalmente vio una foto de cerca del rostro de la víctima.

El corazón de Riley latió con fuerza. La víctima tenía los ojos saltones, y su boca estaba amordazada con una cadena. Pero eso no fue lo que sorprendió a Riley.

La mujer se parecía mucho a Marie. Era mayor y más gruesa, pero aun así, Marie se hubiese parecido mucho a ella si hubiera vivido una década más. Ver la imagen fue un golpe emocional para Riley. Era como si Marie la estuviera llamando, demandando que atrapara a este asesino.

Sabía que tenía que tomar este caso.

Capítulo 4

Peterson dejó su carro ir en punto muerto, no demasiado rápido, no demasiado lento, sintiéndose bien porque al fin tenía a la chica de nuevo en la mira. Finalmente la había encontrado. Allí estaba la hija de Riley, caminando sola hacia su escuela secundaria, con ninguna idea de que él la estaba acechando. Que estaba punto de quitarle la vida.

Mientras la observaba, ella se detuvo de repente y se volteó, como si sospechaba que alguien la estaba observando. Se quedó parada allí, como si estuviese indecisa. Otros estudiantes la pasaron y entraron en el edificio.

Siguió dejando el carro ir en un punto muerto, esperando para ver qué haría ahora.

No es que la chica le importara realmente. Su madre era el verdadero objetivo de su venganza. Su madre había frustrado sus planes gravemente y tenía que pagar por lo que había hecho. Ya lo había hecho de cierta forma, había llevado a Marie Sayles al suicidio. Pero ahora tenía que quitarle la chica que más le importaba.

Para su deleite, la chica se dio la vuelta y se alejó de la escuela. Al parecer había decidido no ir a clase hoy. Su corazón latía con fuerza—quería abalanzarse sobre ella. Pero no podía hacerlo, todavía no. Tenía que ser paciente. Otras personas todavía estaban a la vista.

Peterson condujo y le dio la vuelta a una calle, forzándose a ser paciente. Suprimió una sonrisa por la alegría que estaba por venir. Con lo que tenía en mente para su hija, Riley sufriría de maneras que no creía posible. Aunque seguía siendo desgarbada y torpe, la chica se parecía mucho su madre. Eso lo haría aún más satisfactorio.

Mientras daba la vuelta, vio que la niña caminaba rápidamente por la calle. Detuvo el carro al lado de la acera y la miró durante unos minutos, hasta que se dio cuenta de que ella estaba tomando un camino que conducía fuera de la ciudad. Si se iba a casa sola, entonces este podría ser el momento perfecto para llevársela.

Su corazón latiendo fuertemente, queriendo saborear la deliciosa anticipación, Peterson le dio la vuelta a otra calle.

Peterson sabía que las personas debían aprender a posponer ciertos placeres para esperar el momento adecuado. La gratificación retrasada hacía que todo fuera más placentero. Había aprendido eso de años de crueldad deliciosa y prolongada.

Hay tantas cosas que espero con ansias, pensó con satisfacción.

Cuando regresó y la vio de nuevo, Peterson se rio en voz alta. ¡Estaba haciendo autoestop! Dios estaba sonriéndole este día. Estaba claramente destinado a quitarle la vida.

Detuvo el carro a su lado y le dio su sonrisa más agradable.

“¿Te doy un aventón?”

La chica le devolvió la sonrisa. “Gracias. Eso sería genial”.

“¿A dónde vas?”, preguntó.

“Vivo sólo un poco afuera de la ciudad”.

La chica le dijo la dirección.

Él dijo: “Voy justamente por esos lados. Móntate”.

La chica se sentó en el asiento delantero. Observó que la chica hasta tenía los ojos color avellana de su madre y se sintió aún más satisfecho.

Peterson presionó los botones para cerrar las puertas y ventanas. La chica ni siquiera se había dado

cuenta por el retumbo del aire acondicionado.

*

April sintió una agradable ráfaga de adrenalina al colocarse el cinturón de seguridad. Nunca había hecho autoestop antes. A su madre le daría un ataque si se enterara.

Se lo merece, pensó April. Hacerla quedarse en casa de su padre la noche anterior había estado muy mal, y todo por culpa de su loca idea que Peterson había estado en su casa. No era cierto, y April lo sabía. Los dos agentes que la habían llevado a casa de su padre se lo habían dicho. Por lo que habían hablado, parecía que toda la Agencia pensaba que Mamá estaba un poco loca.

“¿Qué te trae a Fredericksburg?”, dijo el hombre.

April se volvió y lo miró. Era un hombre que parecía agradable, con una gran mandíbula con cabello greñudo y una barba de varios días. Estaba sonriendo.

“La escuela”, dijo April.

“¿Una clase de verano?”, preguntó el hombre.

“Sí”, dijo April. Ciertamente no iba a decirle que había decidido faltar a la clase. No es que parecía ser el tipo de persona que no lo entendería. Parecía ser genial. Tal vez le divirtiera ayudarla a desafiar la autoridad parental. Pensó que era mejor no arriesgarse.

La sonrisa del hombre se volvió un poco traviesa.

“¿Qué piensa tu madre del autoestop?”, le preguntó.

April se ruborizó de vergüenza.

“Ah, a ella no le molesta”, respondió.

El hombre se echó a reír. No era un sonido agradable. Y algo se le ocurrió a April. Le había preguntado lo que su *madre* pensaba, no lo que sus *padres* pensaban. ¿Por qué lo había dicho de esa manera?

El tráfico era bastante pesado a esta hora de la mañana por lo cerca que estaban a la escuela. Llegar a casa tomaría bastante tiempo. April tenía la esperanza que el hombre no tratara de entablar una conversación. Esto podría tornarse bastante incómodo.

Pero después de un par de calles en silencio, April se sintió aún más incómoda. El hombre había dejado de sonreír, y su expresión le parecía bastante seria. Se dio cuenta de que todas las puertas estaban cerradas. Pasó sus dedos por el botón de la ventana del lado del pasajero a escondidas. No se movió.

El carro se detuvo detrás de una fila de automóviles esperando que cambiara el semáforo. El hombre prendió su intermitente izquierdo. April sintió una ráfaga repentina de ansiedad.

“Eh... tenemos que seguir derecho aquí”, dijo.

El hombre no respondió. ¿Quizás no la había oído? De alguna manera, no pudo juntar el coraje para decirlo de nuevo. Además, tal vez planeaba tomar un camino diferente. Pero no, no se imaginaba cómo podría llevarla a su casa siguiendo esa ruta.

April se preguntó qué debía hacer. ¿Debería pedir ayuda a gritos? ¿Alguien la escucharía? ¿Y si el hombre no había oído lo que ella había dicho y no quería hacerle daño? Todo eso sería terriblemente vergonzoso.

Entonces vio a alguien familiar caminando por la acera, su morral colgando de su hombro. Era Brian, su casi novio. Golpeó fuertemente en la ventana.

Abrió la boca con alivio cuando Brian miró a su alrededor y la vio.

“¿Quieres un aventón?”, le preguntó a Brian.

Brian sonrió y asintió con la cabeza.

“Ah, ese es mi novio”, dijo April. “¿Podemos detenernos a recogerlo, por favor? Va en camino a mi casa de todos modos”.

Era una mentira. April realmente no tenía idea hacia dónde se dirigía Brian. El hombre frunció el ceño y resopló. Eso no le había gustado ni un poquito. ¿Se detendría? El corazón de April estaba latiendo fuertemente.

Brian estaba hablando en su teléfono celular mientras estaba parado en la acera, esperando. Pero estaba mirando el carro y April estaba segura de que podía ver el conductor con claridad. Estaba contenta de tener un testigo potencial en caso de que el hombre tuviera algo feo en mente.

El hombre estudió a Brian, y claramente lo vio hablando por su celular y cómo estaba sosteniendo su mirada.

Sin decir una palabra, el hombre abrió las puertas. April le hizo señas a Brian para que se montara en el asiento trasero, y él abrió la puerta y se montó. Cerró la puerta justo cuando cambió el semáforo, y la fila de carros comenzó a moverse de nuevo.

“Gracias por el aventón, señor”, dijo Brian alegremente.

El hombre no dijo ni una palabra. Siguió frunciendo el ceño.

“Nos llevará a mi casa, Brian”, dijo April.

“Genial”, respondió Brian.

April se sentía segura ahora. Si el hombre tenía malas intenciones, seguramente no los secuestraría a ambos. Seguramente los conduciría directamente a casa de Mamá.

Pensando en el futuro, April se preguntó si debía contarle a su mamá sobre el hombre y las sospechas que sentía. Pero no, eso significaría admitir que faltó a su clase y que hizo autoestop. Mamá la castigaría de por vida.

Además, pensó, el conductor no podía ser Peterson.

Peterson era un asesino psicótico, no un hombre regular conduciendo un carro.

Y Peterson estaba muerto, después de todo.

Capítulo 5

La expresión sombría y tensa de Brent Meredith le decía a Riley que no le había gustado su petición en lo absoluto.

“Es un caso obvio que debería tomar”, dijo. “Tengo más experiencia con este tipo de asesinos en serie pervertidos que los demás”.

Acababa de describirle la llamada proveniente de Reedsport y su mandíbula estuvo tensa todo ese tiempo.

Después de un largo silencio, Meredith finalmente suspiró.

“Lo permitiré”, dijo a regañadientes.

Riley dio un suspiro de alivio.

“Gracias, señor”, dijo.

“No me des las gracias”, gruñó. “Estoy haciendo esto en contra de mi buen juicio. Sólo lo aceptaré porque tienes las habilidades especiales para hacer frente a este caso. Tu experiencia con este tipo de asesinos es única. Te asignaré un compañero”.

Riley sintió una sacudida de desaliento. Sabía que trabajar con Bill no era una opción en este momento, pero se preguntó si Meredith sabía la razón por la cual había tensión entre los compañeros. Le pareció más probable que Bill simplemente le había dicho a Meredith que quería quedarse cerca de casa por ahora.

“Pero, señor—”, comenzó.

“Nada de peros”, dijo Meredith. “Y no más de tus travesuras de lobo solitario. No es inteligente y va en contra de la política. Has logrado que casi te maten más de una vez. Las reglas son las reglas. Y estoy rompiendo bastante de ellas ahora mismo por no haberte puesto en licencia después de tus incidentes recientes”.

“Sí, señor”, dijo Riley tranquilamente.

Meredith frotó su barbilla, obviamente considerando todas las opciones. “La Agente Vargas irá contigo”, dijo.

“¿Lucy Vargas?”, preguntó Riley.

Meredith sólo asintió con la cabeza. A Riley no le gustó mucho la idea.

“Ella estuvo en el equipo que se presentó en mi casa anoche”, dijo Riley. “Me impresionó y me cayó bien, pero es una novata. Estoy acostumbrada a trabajar con agentes más experimentados”.

Meredith sonrió. “Sus notas en la Academia fueron ejemplares. Sí es joven. Es rara la vez que aceptan estudiantes recién graduados de la academia en la UAC. Pero ella es así de buena. Está lista para adquirir experiencia en el campo”.

Riley sabía que no tenía otra opción.

Meredith continuó, “¿Qué tan pronto puedes estar lista para arrancar?”.

Riley pensó en todas las preparaciones necesarias. Hablar con su hija ocupaba el primer puesto en la lista. ¿Y qué más? Su kit de viajes no estaba aquí en su oficina. Tendría que conducir a Fredericksburg, ir a su casa, luego asegurarse de que April se quedaría en casa de su padre y conducir de regreso a Quántico.

“Dame tres horas”, dijo.

“Programaré un avión”, dijo Meredith. “Le haré saber al Comisario de Reedsport que un equipo va en camino. Asegúrate de estar en la pista de aterrizaje en exactamente tres horas. Si llegas tarde, las vas a pagar”.

Riley se levantó nerviosamente de su silla.

“Lo entiendo, señor”, dijo. Casi le dio las gracias de nuevo, pero recordó su orden de no hacerlo. Salió de su oficina sin decir otra palabra.

*

Riley llegó a casa en media hora, se estacionó afuera y corrió a la puerta. Tenía que coger su kit de viajes, una pequeña maleta que siempre mantenía llena de artículos de tocador, una túnica y un cambio de ropa. Tenía que conseguirla súper rápido y luego ir a la ciudad, donde le explicaría las cosas a April y a Ryan. No anhelaba esa parte en lo absoluto, pero necesitaba asegurarse de que April estaría a salvo.

Cuando introdujo la llave en la puerta, descubrió que ya estaba abierta. Sabía que la había cerrado con llave esta mañana. Siempre lo hacía. Todos los sentidos de Riley se pusieron en estado de alerta. Sacó su arma y caminó adentro.

Mientras se movía sigilosamente por la casa, mirando en cada rincón y esquina, notó un sonido largo y continuo. Parecía venir de las afueras de la casa, del patio trasero. Era música, música muy alta.

¿Qué demonios?

Todavía atenta a cualquier intruso, pasó por la cocina. La puerta trasera estaba entreabierta y una canción pop estaba sonando a todo volumen. Olió un aroma familiar.

“Ay, Dios, otra vez no”, se murmuró a sí misma.

Colocó su pistola en su funda y caminó al patio. Efectivamente, allí estaba April, sentada en la mesa para picnic con un chico delgado de su edad. La música venía de unos altavoces colocados sobre la mesa para picnic.

Al ver a su madre, los ojos de April se llenaron de pánico. Colocó su mano debajo de la mesa para picnic para apagar el porro, obviamente tratando de hacerlo desaparecer.

“No te molestes en ocultarlo”, dijo Riley, caminando hacia la mesa. “Sé lo que estás haciendo”.

Apenas podía hacerse escuchar sobre la música. Se acercó al reproductor y lo apagó.

“Esto no es lo que parece, Mamá”, dijo April.

“Esto es *exactamente* lo que parece”, dijo Riley. “Dame el resto”.

Poniendo sus ojos en blanco, April le entregó una bolsa de plástico con una pequeña cantidad de marihuana.

“Pensé que estabas trabajando”, dijo April, como si eso explicaba todo.

Riley no sabía si sentirse más furiosa o decepcionada. Había cogido a April fumando marihuana sólo una vez. Pero las cosas habían mejorado entre ellas, y pensó que esos días habían quedado en el pasado.

Riley miró al chico fijamente.

“Mamá, este es Brian”, dijo April. “Es un amigo de la escuela”.

El muchacho trató de estrechar la mano de Riley con una sonrisa vacante y ojos vidriosos.

“Mucho gusto, Srta. Paige”, dijo.

Riley mantuvo sus manos en sus lados.

“¿Qué estás haciendo aquí?”, le preguntó Riley a April.

“Aquí vivo”, dijo April, encogiéndose de hombros.

“Sabes a lo que me refiero. Se supone que debes estar en casa de tu padre”.

April no respondió. Riley miró su reloj. El tiempo se agotaba. Tenía que resolver esta situación rápidamente.

“Cuéntame lo que sucedió”, dijo Riley.

April estaba empezando a verse avergonzada. Realmente no estaba preparada para esta situación.

“Caminé a la escuela de la casa de Papá esta mañana”, dijo. “Me encontré con Brian enfrente de la escuela. Decidimos faltar a clase hoy. No pasa nada si faltó de vez en cuando. Tengo buenas notas. El

examen final es el viernes”.

Brian dejó escapar una risa nerviosa y tonta.

“Sí, a April le está yendo muy bien en esa clase, Srta. Paige”, dijo. “Ella es impresionante”.

“¿Cómo llegaron aquí?”, preguntó Riley.

April alejó la mirada. Riley adivinó fácilmente por qué estaba renuente a decirle la verdad.

“Ay, Dios mío, hicieron autoestop hasta aquí, ¿verdad?”, dijo Riley.

“El conductor fue muy agradable, muy tranquilo”, dijo April. “Brian estuvo conmigo todo ese tiempo. Estábamos seguros”.

Riley luchó para mantener sus nervios y su voz firme.

“¿Cómo *sabes* que estuvieron seguros? April, *nunca* debes aceptar aventones de extraños. Y, ¿por qué vendrías aquí después del susto de anoche? Eso fue sumamente imprudente. ¿Y si Peterson todavía anda por ahí?”.

April sonrió como si lo supiera todo.

“Vamos, Mamá. Te preocupas demasiado. Los otros agentes lo dicen. Oí a dos de ellos hablando sobre eso—los que me llevaron a casa de Papá anoche. Dijeron que Peterson definitivamente estaba muerto, y que simplemente no puedes aceptarlo. Dijo que la persona que dejó las piedras probablemente lo hizo como una broma”.

Riley estaba furiosa. Deseaba poder ponerles las manos encima a esos agentes. Tuvieron la desfachatez de contradecir a Riley al alcance del oído de su hija. Pensó en preguntar sus nombres, pero le pareció mejor dejarlo ir.

“Escúchame, April”, dijo Riley. “Tengo que salir de la ciudad por mi trabajo por unos días. Tengo que irme ahora mismo. Te llevaré a la casa de tu padre. Necesito que te quedes allí”.

“¿Por qué no puedo ir contigo?”, preguntó April.

Riley se preguntó cómo los adolescentes podrían ser tan estúpidos sobre algunas cosas.

“Porque tienes que terminar esta clase”, dijo. “Tienes que pasar esta clase o te atrasarás en la escuela. El inglés es un requisito y lo echaste a perder sin razón. Y además, estoy trabajando. Estar cerca mientras estoy trabajando no es siempre seguro. Deberías saber eso a estas alturas”.

April no respondió.

“Entren a la casa”, dijo Riley. “Sólo tenemos unos pocos minutos. Necesito arreglar unas cosas, y tú también. Luego te llevaré a la casa de tu padre”.

Volviéndose a Brian, Riley añadió, “Y te llevaré a tu casa”.

“Puedo hacer autoestop”, dijo Brian.

Riley lo miró con furia.

“Está bien”, dijo Brian, viéndose algo intimidado. April y él se pusieron de pie y siguieron a Riley a la casa.

“Móntense en el carro”, dijo ella. Los chicos obedientemente salieron de la casa.

Cerró el cerrojo deslizante que le había agregado a la puerta de atrás y fue de una habitación a otra, asegurándose de que todas las ventanas estuvieran cerradas.

En su propio dormitorio, tomó su maleta de viajes y se aseguró que todo lo que necesitaba todavía estaba adentro. Al salir, miró nerviosamente a su cama como si las piedritas pudiesen haber vuelto. Por un momento, se preguntó por qué se estaba dirigiendo a otro estado en lugar de quedarse aquí y tratar de rastrear al asesino que las había puesto allí para provocarla.

Además, esta artimaña de April la había asustado. ¿Podría confiar que su hija se mantendría a salvo en Fredericksburg? Había pensado que sí antes, pero ahora tenía sus dudas.

Aun así, no podía hacer nada para cambiar las cosas. Se había comprometido al nuevo caso y tenía que irse. Mientras caminaba hacia el carro, miró el bosque espeso y oscuro, escaneándolo para detectar cualquier señal de Peterson.

Pero no había ninguna.

Capítulo 6

Riley miró el reloj de su carro mientras llevaba a los chicos a una parte exclusiva de Fredericksburg y se estremeció al ver el poco tiempo que le quedaba. Las palabras de Meredith se le vinieron a la mente.

Si llegas tarde, las vas a pagar.

Tal vez, sólo tal vez, llegaría a la pista de aterrizaje a tiempo. Había planeado sólo llegar a casa para agarrar su maleta, y ahora las cosas se estaban complicando. Se preguntaba si debería llamar a Meredith y advertirle que quizás llegaría tarde debido a problemas familiares. No, mejor no, su jefe ya había estado bastante reacio. No podía esperar que fuera tolerante con ella.

Por suerte, la casa de Brian quedaba en el camino a la casa de Ryan. Cuando Riley detuvo su carro frente a un gran patio delantero, dijo, “Debería entrar y decirle a tus padres lo que sucedió”.

“No están en casa”, dijo Brian, encogiéndose de hombros. “Papá se fue de la casa, y Mamá casi nunca está”.

Se bajó del carro y luego se volvió y dijo, “Gracias por el aventón”. Mientras caminaba hacia su casa, Riley se preguntaba qué tipo de padres dejarían a un chico como él a solas. ¿No saben el tipo de problemas en los que pueden meterse los adolescentes?

Pero tal vez su mamá no tiene otra opción, Riley pensó miserablemente. ¿Quién soy yo para juzgar?

Tan pronto como Brian entró a su casa, Riley empezó a conducir. April no había dicho nada en todo el viaje, y no parecía estar de humor para hablar ahora. Riley no pudo descifrar si ese silencio era debido al malhumor o a la vergüenza. Entró en cuenta que parecía haber mucho que no sabía acerca de su propia hija.

Riley se sentía molesta con April y también consigo misma. Justo ayer parecían estar llevándose bien. Había pensado que April estaba empezando a entender las presiones que sentía un agente del FBI. Pero Riley había insistido que April se fuera a casa de su padre anoche, y hoy April se estaba revelando por el hecho de haber sido obligada a hacerlo.

Riley se recordó a sí misma que debía ser mucho más compasiva. Ella siempre había sido una rebelde, también. Y Riley sabía lo que era perder a una madre y tener a un padre distante. Probablemente April temía que lo mismo le sucediera a ella.

Teme por mi seguridad, Riley descubrió. Durante los últimos meses, April había visto a su madre sufrir lesiones físicas y emocionales. Después del susto del intruso de la noche anterior, seguramente April estaba muy preocupada. Riley se recordó a sí misma que tenía que prestar mayor atención a cómo pudiera estarse sintiendo su hija. A cualquier persona de cualquier edad le pudiera costar lidiar con las complicaciones de la vida de Riley.

Riley se detuvo delante de la casa que una vez había compartido con Ryan. Era una casa grande y hermosa con un pórtico en la puerta lateral, o *porte-cochère*, como le decía Ryan. Estos días, Riley decidía estacionarse en la calle en vez de la entrada.

Nunca se había sentido en casa aquí. De alguna manera, vivir en un vecindario suburbano respetable nunca había sido lo adecuado para ella. Su matrimonio, la casa, el vecindario, todos habían representado muchas expectativas que nunca se había sentido capaz de satisfacer.

A lo largo de los años, Riley había entendido que era mejor en su trabajo que en vivir una vida normal. Finalmente había dejado el matrimonio, la casa y el vecindario, y eso la hacía estar aún más decidida de estar a la altura de las expectativas de ser una madre para su hija adolescente.

Cuando April comenzó a abrir la puerta del carro, Riley dijo, “Espera”.

April se volvió y la miró con expectación.

Sin siquiera detenerse a pensar, Riley dijo, “Lo entiendo. Lo entiendo”.

April la miró fijamente, pasmada. Por un momento, parecía estar a punto de llorar. Riley se sentía casi tan sorprendida como su hija. No sabía lo que le había pasado. Sólo sabía que ahora no era el momento para un sermón parental, incluso si tuviera tiempo para uno. Su instinto le decía que había dicho lo correcto.

Se bajaron del carro y caminaron juntas a la casa. No sabía si tener la esperanza de que Ryan estuviera en casa o no. No quería discutir con él, y ya había decidido no contarle sobre el incidente de la marihuana. Sabía que debía hacerlo, pero simplemente no había tiempo para lidiar con sus reacciones. Aun así, realmente tenía que explicarle que iba a estar ausente unos días.

Gabriela, la mujer guatemalteca de mediana edad que había trabajado durante años como la criada de la familia, recibió a Riley y a April en la puerta. Los ojos de Gabriela estaban llenos de preocupación.

“Hija, ¿dónde has estado?”, preguntó con un acento pronunciado.

“Lo siento, Gabriela”, dijo April dócilmente.

Gabriela la miró el rostro de April de cerca. Riley vio por su expresión que detectó que April había estado fumando marihuana.

“¡Tonta!”, dijo Gabriela bruscamente.

“Lo siento mucho”, dijo April, sonando realmente arrepentida.

“Vente conmigo”, dijo Gabriela. Al llevarse a April, se volvió y le dio a Riley una mirada de desaprobación.

Riley se debilitó bajo esa mirada. Gabriela era una de las pocas personas en el mundo que verdaderamente la intimidaban. La mujer también trataba a April maravillosamente y en estos momentos parecía estar haciendo un mejor trabajo de crianza que Riley.

“¿Está Ryan?”, le preguntó a Gabriela.

Mientras se alejaba, Gabriela respondió, “Sí”. Luego dijo, “Señor Paige, su hija volvió”.

Ryan apareció en el pasillo, vestido y peinado para salir. Estaba sorprendido de ver a Riley.

“¿Qué estás haciendo aquí?”, preguntó. “¿Dónde estaba April?”.

“Ella estaba en mi casa”.

“¿Qué? ¿La llevaste a tu casa después de todo lo que pasó anoche?”.

Riley apretó su mandíbula con exasperación.

“No lo hice”, dijo. “Pregúntaselo a ella, si quieres saber cómo llegó allí. No puedo evitar el hecho de que no quiera vivir contigo. Eres el único que puede arreglar eso”.

“Todo esto es tu culpa, Riley. La has dejado salirse de control”.

Por una fracción de segundo, Riley se enfureció. Pero su furia dio paso a una sensación de que quizás tenía razón. No era justo, pero él realmente sabía cómo provocarla.

Riley respiró profundamente y dijo, “Mira, estaré fuera de la ciudad por unos días. Tengo un caso en el norte de Nueva York. April tiene que quedarse aquí y tiene que quedarse quieta. Por favor explícale la situación a Gabriela”.

“Tú explícale la situación a Gabriela”, espetó Ryan. “Tengo que verme con un cliente. Ahora mismo”.

“Y yo tengo que tomar un avión. Ahora mismo”.

Se quedaron mirándose el uno al otro por un momento. Su pelea había llegado a un punto muerto. Mirándolo a los ojos, Riley recordó que una vez lo amó. Y parecía que él también la había amado de la misma manera. Eso había sido cuando ambos eran jóvenes y pobres, antes de que él se convirtiera en un abogado exitoso y ella se convirtiera en una agente del FBI.

No pudo evitar observar que todavía era un hombre muy apuesto. Hacía mucho para verse así y pasaba bastantes horas en el gimnasio. Riley también sabía que él tenía muchas mujeres en su vida. Ese era parte del problema—estaba disfrutando de su libertad como soltero demasiado como para

preocuparse por la crianza de April.

Tampoco es que yo estoy haciendo un mejor trabajo, pensó.

Luego Ryan dijo, “Siempre es tu trabajo”.

Riley se tragó su ira. Habían discutido este tema demasiado. Su trabajo era demasiado peligroso y demasiado trivial. Su trabajo era todo lo que importaba, porque él ganaba mucho más dinero, y porque él decía que estaba haciendo una diferencia en el mundo. Como si manejar las demandas de sus clientes adinerados era más importante que la guerra interminable de Riley contra el mal.

Pero no se dejaría arrastrar por este viejo argumento cansado en este momento. Ninguno de ellos ganaba de todos modos.

“Hablaemos cuando vuelva”, dijo.

Se volteó y salió de la casa. Escuchó a Ryan cerrar la puerta detrás de ella.

Riley entró en su carro y comenzó a conducir. Tenía menos de una hora para volver a Quántico. Su cabeza daba vueltas. Estaban sucediendo muchas cosas en poco tiempo. Justo hace un rato había decidido tomar un nuevo caso. Ahora se estaba preguntando si había sido lo correcto. No sólo le estaba costando a su hija afrontar toda esta situación, también estaba segura que Peterson estaba de vuelta en su vida.

Pero de una manera tenía sentido. Si April se quedaba con su padre, estaría segura de las garras de Peterson. Y Peterson no tomaría otras víctimas durante la ausencia de Riley. Aunque le parecía enigmático, Riley estaba segura de una cosa. Ella era su objetivo de venganza. Ella era su próxima víctima prevista y nadie más. Y se sentiría bien estar lejos de él por un tiempo.

También se recordó a sí misma una dura lección que había aprendido durante su último caso—no enfrentarse a todo el mal en el mundo al mismo tiempo. Todo se resumía a un lema simple: *Un monstruo a la vez.*

Y ahora iba a perseguir a uno particularmente despiadado, a un hombre que sabía que pronto cobraría su próxima víctima.

Capítulo 7

El hombre comenzó a extender longitudes de cadenas en la mesa de trabajo larga en su sótano. Estaba oscuro afuera, pero todos esos enlaces de acero inoxidable brillaban bajo la luz de una bombilla.

Jaló completamente una de las cadenas. Los sonidos estrepitosos le traían recuerdos de estar encadenado, enjaulado y siendo atormentado con cadenas como estas. Pero se seguía diciendo a sí mismo: *Tengo que enfrentar mis miedos.*

Y para hacerlo tenía que demostrar su maestría sobre las cadenas. En el pasado, las cadenas lo habían dominado.

Es una lástima que alguien tuviera que sufrir a causa de esto. Durante cinco años, pensó que dejaría todo esto en el pasado. Había ayudado mucho el hecho de que la iglesia lo contratara como vigilante nocturno. Le había gustado ese trabajo, se sentía orgulloso de la autoridad que lo acompañaba. Le gustaba sentirse fuerte y útil.

Pero le quitaron ese trabajo el mes pasado. Le habían dicho que necesitaban a alguien con conocimientos de seguridad y mejores credenciales—alguien más grande y más fuerte. Prometieron mantenerlo trabajando en el jardín. Todavía se estaría ganando el dinero suficiente para pagar el alquiler de esta casita pequeña.

Aun así, perder ese trabajo y esa autoridad que le daba lo había alterado y lo había hecho sentirse indefenso. Esas ansias se desataron de nuevo—esa desesperación de no estar indefenso, esa necesidad frenética de afirmar su dominio sobre las cadenas para que no pudieran dominarlo de nuevo. Había intentado dejar esas ansias atrás, como si pudiera dejar su oscuridad interior aquí en su sótano. Esta última vez, había conducido hasta Reedsport, tratando de escapar de ellas. Pero no pudo hacerlo.

No sabía por qué no podía hacerlo. Era un buen hombre con un buen corazón, y le gustaba hacer favores. Pero tarde o temprano, su bondad siempre terminaba perjudicándolo. Cuando ayudó a esa mujer, a esa enfermera, a llevar sus productos a su carro en Reedsport, ella le sonrió y dijo: “¡Qué buen muchacho!”.

Hizo un gesto de dolor al recordar esa sonrisa y esas palabras.

“¡Qué buen muchacho!”.

Su madre sonreía y le decía cosas así, aun cuando le dejaba una cadena demasiado corta en su pierna que no lo dejaba alcanzar comida, ni mirar hacia afuera. Y las monjas también le habían sonreído y le habían dicho cosas así cuando lo miraban por el pequeño hueco de la puerta de su pequeña cárcel.

“¡Qué buen muchacho!”.

Él sabía que no todas las personas eran crueles. La mayoría de las personas no querían hacerle daño, especialmente en este pequeño pueblo donde se había instalado hace años. Incluso les caía bien. Pero, ¿por qué todos lo veían como un niño, como un niño discapacitado? Tenía veintisiete años y sabía que era excepcionalmente brillante. Su mente estaba llena de pensamientos brillantes y casi nunca se encontraba con un problema que no podía resolver.

Pero sabía por qué la gente lo veía de esa manera. Era porque apenas podía hablar. Había tartamudeado irremediadamente toda su vida, y casi nunca trataba de hablar, aunque entendía todo lo que los demás decían.

Y era pequeño y débil, y sus rasgos eran cortos e infantiles, como los de personas que habían nacido con algún defecto congénito. Había una mente extraordinaria enjaulada en ese cráneo ligeramente deformado, frustrada por su deseo de hacer cosas brillantes en el mundo. Pero nadie lo sabía. Ni una sola persona. Ni los médicos en el hospital psiquiátrico lo habían sabido.

Era *irónico*.

Las personas pensaban que ni siquiera se sabía palabras como *irónico*. Pero sí se las sabía.

Ahora se encontró tocando un botón en su mano nerviosamente. Lo había arrancado de la blusa de la enfermera cuando la había colgado. Recordándola, miró al catre donde la había dejado encadenada por más de una semana. Deseaba poder hablarle, explicarle que él no quería ser cruel, sólo que se parecía mucho a su madre y a las monjas, especialmente con su uniforme de enfermera.

Verla en ese uniforme lo había confundido. Era lo mismo con la mujer de hace cinco años, la guardia de prisión. De alguna manera ambas mujeres se habían fusionado en su mente con su madre y las monjas y los trabajadores del hospital. Luchaba una batalla perdida cuando trataba de diferenciarlas.

Era un alivio haber terminado con ella. Mantenerla atada así, darle agua y escuchar sus gemidos a través de la cadena que había utilizado para amordazarla era una terrible responsabilidad. Sólo le quitaba la mordaza de vez en cuando para colocar una pajita en su boca para poder darle agua. Pero luego intentaba gritar.

Si sólo hubiese podido explicarle que no *debía* gritar, que había vecinos en la calle que no debían escuchar. Si sólo pudiera habérselo dicho, tal vez habría entendido. Pero no se lo pudo explicar, no con su tartamudeo. En su lugar, la amenazó con una navaja recta mudamente. A la larga, ni la amenaza funcionó. En ese momento tuvo que degollarla.

Luego la llevó de nuevo a Reedsport y la colgó para que todos la vieran. No estaba seguro de la razón. Quizás era una advertencia. Si sólo las personas pudieran entender. Si pudieran hacerlo, él no tendría que ser tan cruel.

Tal vez también era su forma de decirle al mundo lo mucho que lo lamentaba.

Porque *sí* lo lamentaba. Iría a la floristería mañana y le compraría a su familia un ramo pequeño y barato. No podía hablar con el florista, pero podía escribir instrucciones sencillas. El regalo sería anónimo. Y si encontraba un buen sitio para esconderse, se pararía cerca de su tumba cuando la enterraran, inclinando su cabeza como cualquier otro doliente.

Tensó otra cadena sobre su mesa de trabajo, apretando sus extremos tan fuertemente como pudo, aplicando todas sus fuerzas, silenciando su traqueteo. Pero en lo profundo de su ser sabía que eso no sería suficiente para hacerlo el maestro de las cadenas. Para eso, tendría que usar las cadenas de nuevo. Y usaría una de las camisas de fuerza que le quedaban. Tenía que atar a alguien como él había sido atado.

Alguien más tendría que sufrir y morir.

Capítulo 8

Tan pronto como Riley y Lucy desembarcaron del avión del FBI, un policía uniformado joven vino corriendo hacia ellas por la pista.

“Estoy muy feliz de verlas”, dijo. “El Comisario Alford está que echa chispas. Si alguien no baja el cuerpo de Rosemary, tendrá un derrame cerebral. Los reporteros están encima de lo que pasó. Soy Tim Boyden”.

Riley sintió un vacío cuando ella y Lucy se presentaron. Que los medios de comunicación estén en una escena tan rápidamente era una señal de problemas. El caso había empezado mal.

“¿Puedo ayudarles a cargar su equipaje?”, preguntó el Oficial Boyden.

“Estamos bien”, dijo Riley. Sólo tenían un par de maletas pequeñas.

El Oficial Boyden señaló al otro lado de la pista.

“El carro está por allá”, dijo.

Los tres caminaron rápidamente al carro. Riley se sentó en el lado del copiloto, mientras que Lucy tomó el asiento trasero.

“Estamos a sólo un par de minutos del pueblo”, dijo Boyden cuando empezó a conducir. “No puedo creer lo que está sucediendo. Pobre Rosemary. Todos las querían bastante. Siempre ayudaba a otras personas. Cuando desapareció hace un par de semanas, todos temíamos lo peor. Pero no podíamos habernos imaginado...”.

Su voz se quebró y sacudió la cabeza con incredulidad.

Lucy se inclinó hacia adelante desde el asiento trasero.

“Entiendo que hubo un asesinato como este antes”, dijo.

“Sí, cuando todavía estaba en la escuela secundaria”, dijo Boyden. “Aunque no fue aquí en Reedsport. Fue cerca de Eubanks, más al sur por el río. Un cuerpo en cadenas, igual que Rosemary. Llevaba también una camisa de fuerza. ¿Tiene razón el Comisario? ¿Tenemos un asesino en serie?”.

“No lo sabemos todavía”, dijo Riley.

La verdad es que pensaba que el Comisario tenía razón. Pero el joven oficial parecía estar bastante molesto. No tenía sentido alarmarlo más.

“No puedo creerlo”, dijo Boyden, sacudiendo su cabeza de nuevo. “Un pueblo pequeño y agradable como el nuestro. Una señora agradable como Rosemary. No puedo creerlo”.

Mientras condujeron la ciudad, Riley vio un par de camionetas con equipos de noticias de TV en su calle principal. Un helicóptero con un logotipo de una estación de TV volaba en circuito sobre el pueblo.

Boyden condujo a una barricada donde se habían reunido un pequeño grupo de reporteros. Un oficial dejó pasar el carro. Pocos segundos después, Boyden detuvo el carro junto a un tramo de vías de tren. Allí estaba el cuerpo, colgado de un poste eléctrico. Varios policías uniformados estaban parados a pocos metros del cuerpo.

A lo que Riley se bajó del carro, reconoció al Comisario Raymond Alford que estaba acercándose a ella. No se veía nada alegre.

“Espero que hayas tenido una muy buena razón para dejar el cuerpo colgando así”, dijo. “Esto ha sido una pesadilla. El alcalde está amenazando con quitarme mi placa”.

Riley y Lucy lo siguieron al cuerpo. A la luz vespertina, se veía aún más extraño que en las fotos que Riley había visto en su computadora. Las cadenas de acero inoxidable brillaban en la luz.

“Me imagino que acordonaste la escena”, le dijo Riley a Alford.

“Hemos hecho lo mejor que hemos podido”, dijo Alford. “Bloqueamos el área lo suficiente para que

nadie pudiera ver el cuerpo excepto desde el río. Redireccionamos los trenes para que rodeen el pueblo. Eso los está retrasando y está causando estragos en sus horarios. Así debe ser cómo los canales de noticias de Albany descubrieron que algo estaba pasando. Obviamente ninguno de nuestros agentes se los dijo”.

Alfred no se escuchaba mucho por el sonido del helicóptero de TV que volaba directamente sobre ellos. Se dio por vencido en tratar de decir lo quería decir. Riley podría leer las maldiciones en sus labios mientras miraba el helicóptero. Sin elevarse, el helicóptero se movía en círculos. Obviamente, el piloto pretendía regresarse a esta zona.

Alford sacó su teléfono celular. Cuando pudo comunicarse con alguien, gritó, “Te dije que mantuvieras a tu maldito helicóptero lejos de la escena. Ahora dile a tu piloto que mantenga a esa cosa a unos quinientos pies de distancia. Es la ley”.

Por la expresión de Alford, Riley sospechaba que la persona se estaba resistiendo.

Finalmente, Alford dijo, “Si no lo alejas de aquí ahora mismo, les prohibiré a tus reporteros a que estén en la rueda de prensa que daré esta tarde”.

Su rostro se relajó un poco. Levantó la mirada y esperó. Efectivamente, después de unos momentos el helicóptero ascendió a una altura más razonable. El ruido del motor todavía llenaba el aire con un zumbido fuerte y constante.

“Dios, espero que esto no siga por mucho más”, gruñó Alfred. “Tal vez cuando bajemos el cuerpo habrá menos que los atraiga. Aun así, en el corto plazo, supongo que esto tiene su lado positivo. Los hoteles y las posadas están recibiendo más clientes. Los restaurantes también—los periodistas tienen que comer. ¿Pero a la larga? Es malo si esto ahuyenta a los turistas de Reedsport”.

“Has hecho un buen trabajo de mantenerlos alejados de la escena”, dijo Riley.

“Supongo que es algo”, dijo Alford. “Vengan, terminemos con esto de una buena vez”.

Alford acercó a Riley y a Lucy al cuerpo suspendido. El cuerpo estaba dentro de un arnés de cadenas improvisado que lo envolvía completamente. El arnés estaba atado a una cuerda pesada que se enlazaba a través de una polea de acero que estaba atada a un travesaño alto. El resto de la cuerda descendía a la tierra en un ángulo agudo.

Riley podía ver el rostro de la mujer ahora. Una vez más, su parecido a Marie la atravesó como una descarga eléctrica, el mismo dolor silencioso y angustia que el rostro de su amiga había mostrado después de haberse ahorcado. Los ojos saltones y la cadena que la amordazaba hacían que toda la imagen fuera aún más inquietante.

Riley miró a su nueva compañera para ver cómo estaba reaccionando. Para sorpresa suya, vio que Lucy ya estaba tomando notas.

“¿Es esta tu primera escena del crimen?”, le preguntó Riley.

Lucy simplemente asintió con la cabeza mientras escribía y observaba. Riley pensó que estaba tomando esto de ver el cadáver bastante bien. Muchos novatos estarían vomitando en los arbustos ahora mismo.

Por el contrario, Alford se veía bastante mareado. No se había acostumbrado a ello, incluso después de tantos años. Riley esperaba que nunca tuviera que hacerlo, por su bien.

“No hiede mucho todavía”, dijo Alford.

“Todavía no”, dijo Riley. “Todavía está en un estado de autólisis, más que todo una descomposición interna de sus células. No hay una temperatura lo suficientemente caliente como para acelerar el proceso de putrefacción. El cuerpo no ha comenzado a derretirse por dentro. Allí es cuando el olor empeora bastante”.

Alford empalideció más luego de esas palabras.

“¿Y el rigor mortis?”, preguntó Lucy.

“Está en pleno rigor, estoy segura de eso”, dijo Riley. “Probablemente lo estará por otras doce

horas”.

Lucy no se veía ni un poco perturbada. Sólo seguía tomando notas.

“¿Descubrieron cómo el asesino logró colgarla allí?”, le preguntó Lucy a Alford.

“Tenemos una idea bastante buena”, dijo Alford. “Se subió y ató la polea en su lugar. Luego subió el cuerpo. Pueden ver cómo está sujetado”.

Alford señaló a un conjunto de pesas de hierro que estaban al lado de las vías. La cuerda pasaba por los orificios en las pesas, anudadas cuidadosamente para que no se soltaran. Las pesas eran del tipo que pueden encontrarse en las máquinas de pesas de un gimnasio.

Lucy se inclinó y miró las pesas más de cerca.

“Hay casi el peso suficiente para contrarrestar totalmente el cuerpo”, dijo Lucy. “Lo extraño es que arrastró todo este material pesado con él. Pensarías que simplemente ataría la cuerda al poste”.

“¿Qué te dice eso?”, preguntó Riley.

Lucy pensó por un momento.

“Es pequeño y no muy fuerte”, dijo Lucy. “La polea no le dio el impulso suficiente. Necesitó a las pesas para que lo ayudaran”.

“Muy bien”, dijo Riley. Luego señaló al otro lado de las vías del tren. Por un breve tramo, unas pistas de neumático parciales se desviaban del pavimento a la tierra. “Y, por lo que se puede ver, detuvo su carro muy cerca de aquí. Tuvo que hacerlo. No podía arrastrar el cuerpo tan lejos por su cuenta”.

Riley examinó la tierra cerca del poste eléctrico y encontró hendiduras.

“Parece que utilizó una escalera”, dijo.

“Sí, y la encontramos”, dijo Alford. “Vengan para mostrársela”.

Alford guio a Riley y a Lucy al otro lado de las pistas, a un almacén deteriorado de acero corrugado. Había una cerradura rota colgando del cerrojo de la puerta.

“Se puede ver cómo entró a la fuerza”, dijo Alford. “Se le hizo bastante fácil, unas corta cadenas probablemente lo hicieron posible. Este almacén no se utiliza mucho, más que todo para almacenamiento a largo plazo, así que no es muy seguro”.

Alford abrió la puerta y encendió las luces fluorescentes. El lugar estaba casi vacío, excepto por unos contenedores llenos de telarañas. Alford señaló a una escalera alta que estaba apoyada contra la pared que estaba al lado de la puerta.

“Allí está la escalera”, dijo. “Encontramos tierra fresca en los peldaños. Probablemente es de aquí y el asesino sabía que estaba adentro. Entró a la fuerza, la sacó y se subió en ella para atar la polea en su lugar. Una vez que colocó el cuerpo donde él lo quiso, arrastró la escalera a su lugar. Y luego se fue”.

“Tal vez encontró la polea dentro el almacén también”, sugirió Lucy.

“El frente de este almacén está alumbrado de noche”, dijo Alford. “Así que es audaz, y apuesto a que es bastante rápido, aunque no es muy fuerte”.

En ese momento escucharon un chasquido agudo afuera.

“¿Qué diablos?”, gritó Alford.

Riley supo inmediatamente que había sido un disparo.

Capítulo 9

Alford sacó su pistola y salió rápidamente del almacén. Riley y Lucy lo siguieron con sus manos en sus propias armas. Algo estaba haciendo círculos sobre el poste en donde colgaba el cuerpo. Hacía un zumbido constante.

El Oficial Boyden tenía su pistola afuera. Acababa de dispararle al pequeño dron que estaba rodeando el cuerpo y se estaba preparando para hacerlo de nuevo.

“Boyden, ¡guarda esa maldita pistola!”, gritó Alford mientras guardaba su propia arma.

Boyden se volvió hacia Alford, sorprendido. Justo cuando estaba guardando su arma, el dron se elevó y se fue volando.

El Comisario estaba enfurecido.

“¿En qué diablos pensabas al disparar tu arma de esa manera?,” le preguntó a Boyden.

“Protegiendo la escena”, dijo Boyden. “Es probablemente algún blogger tomando fotos”.

“Probablemente”, dijo Alford. “A mí tampoco me gusta eso. Pero derribar esas cosas es ilegal. Además, esta es una zona poblada. Deberías ser más inteligente que esto”.

Boyden agachó la cabeza avergonzadamente.

“Lo lamento, señor”, dijo.

Alford se volvió hacia Riley.

“¡Diablos, ahora son drones!”, dijo. “De veras que odio el siglo veintiuno. Agente Paige, por favor dime que podemos bajar el cuerpo ahora”.

“¿Tienes más fotos de las que ya he visto?,” preguntó Riley.

“Muchas de ellas, mostrando cada pequeño detalle”, dijo Alford. “Puedes verlas en mi oficina”.

Riley asintió. “He visto lo que necesitaba ver aquí. Y has hecho un buen trabajo de mantener la escena bajo control. Pueden bajar el cuerpo”.

“Llama al médico forense del condado”, le dijo Alford a Boyden. Dile que ya puede dejar de comerse las uñas de tanto esperar”.

“Listo, Comisario”, dijo Boyden, sacando su teléfono celular.

“Vamos”, le dijo Alford a Riley y a Lucy. Las llevó a su patrulla. Cuando entraron y empezaron su camino, un policía permitió que el carro pasara la barricada para llegar a la calle principal.

Riley trató de tomar una nota mental de la ruta. El asesino tendría que haber usado la misma ruta que usó Boyden y Alford para entrar y salir. No había otra manera de entrar al área entre el almacén y las vías del tren. Parecía probable que alguien hubiera visto el carro del asesino, aunque probablemente no le hubiera parecido inusual.

El Departamento de Policía de Reedsport no era más que una estructura de ladrillos en la calle principal del pueblo. Alford, Riley y Lucy entraron y se sentaron en la oficina del Comisario.

Alford colocó una pila de carpetas en su escritorio.

“Esto es todo lo que tenemos”, dijo. “El expediente completo del caso antiguo de hace cinco años y todo lo que sabemos del asesinato de anoche”.

Cada una tomó una carpeta y comenzó a leer. Las fotos del primer caso llamaron la atención de Riley.

Las dos mujeres tenían casi la misma edad. La primera trabajaba en una prisión, lo que la ponía en cierto grado de riesgo de una victimización posible. Pero la segunda sería considerada una víctima de menor riesgo. Y no había ningún indicio de que ninguna de ellas frecuentara bares u otros lugares que las hicieran más vulnerables. En ambos casos, las personas que conocían a las mujeres las habían descrito como amables, serviciales y convencionales. Ahora bien, tuvo que haber algún factor que atrajo al

asesino a estas mujeres particulares.

“¿Avanzaron en el caso del asesinato de Marla Blainey?”, le preguntó Riley a Alford.

“Estaba bajo la jurisdicción de la policía de Eubanks. El Capitán Lawson. Pero trabajé con él en ese caso. No encontramos nada útil. Las cadenas eran perfectamente normales. El asesino pudo haberlas comprado en cualquier ferretería”.

Lucy se inclinó hacia Riley para ver las mismas fotos.

“Aun así, compró muchas de ellas”, dijo Lucy. “Pensarías que algún empleado habría notado a alguien que estuviera comprando tantas cadenas”.

Alford asintió con la cabeza, estando de acuerdo.

“Sí, eso es lo que pensamos en el momento. Pero contactamos las ferreterías de la zona. Ninguno de los empleados se percató de ninguna venta inusual como esa. Quizás compró unas pocas por aquí y por allá, sin atraer mucha atención. Cuando llegó el momento del asesinato, ya tenía unas cuantas a mano. Tal vez todavía las tiene”.

Riley miró la camisa de fuerza que llevaba la mujer de cerca. Parecía idéntica a la que había sido utilizada para atar a la víctima de anoche.

“¿Y qué hay de la camisa de fuerza?”, preguntó Riley.

Alford se encogió de hombros. “Crees que algo así sería fácil de rastrear. Pero no encontramos nada. Es estándar en los hospitales psiquiátricos. Verificamos todos los hospitales del estado, incluyendo el que queda muy cerca de aquí. Nadie notó que faltaban ningunas camisas de fuerzas, ni que habían sido robadas”.

Cayó un silencio mientras Riley y Lucy siguieron viendo los informes y las fotos. Los cuerpos habían sido dejados dentro de diez millas de cada uno. Eso indicaba que el asesino probablemente no vivía muy lejos. Pero el cadáver de la primera mujer había sido vertido bruscamente en la orilla del río. Durante los cinco años entre los asesinatos, la actitud del asesino había cambiado de alguna manera.

“¿Qué piensas de este tipo?”, preguntó Alford. “¿Por qué la camisa de fuerza y todas las cadenas? ¿No parece una exageración?”.

Riley lo pensó por un momento.

“No en su mente”, dijo. “Se trata de poder. Quiere restringir a sus víctimas no sólo físicamente, sino simbólicamente. Va mucho más allá de lo práctico. Se trata de quitarle el poder de la víctima. El asesino quiere decir algo importante con eso”.

“¿Pero por qué mujeres?”, preguntó Lucy. “Si quiere debilitar a sus víctimas, ¿no sería más dramático hacérselo a hombres?”.

“Es una buena pregunta”, respondió Riley. Pensó en la escena del crimen, cómo el cuerpo había sido tan cuidadosamente contrapesado.

“Pero recuerda que no es muy fuerte”, dijo Riley. “En parte podría ser una cuestión de elegir blancos más fáciles. Las mujeres de mediana edad como estas probablemente no pelearían mucho. Pero también pueden representar algo en su mente. No fueron seleccionadas como individuos, sino como *mujeres*, y lo que sea que las mujeres representan para él”.

Alford dejó escapar un gruñido cínico.

“Así que estás diciendo que no fue personal”, dijo. “No es que estas mujeres hicieron *algo* para que las atrapara y las asesinara. No es que el asesino pensaba que se lo merecían”.

“A menudo es así”, dijo Riley. “En mi último caso, el asesino persiguió a mujeres que compraron muñecas. No le importaba quienes eran. Todo lo que importaba es que él las vio comprar una muñeca”.

Vino otro silencio. Alford miró su reloj.

“Tengo una conferencia de prensa en una media hora”, dijo. “¿Hay algo más que tengamos que discutir antes de eso?”.

Riley dijo: “Bueno, cuanto antes la Agente Vargas y yo podamos entrevistar a la familia de la víctima,

mejor. Esta noche, si es posible”.

Alford se tocó la ceja con preocupación.

“No lo creo”, dijo. “Su marido murió cuando era joven, quizás hace unos quince años. Todo lo que tiene es un par de hijos adultos, un hijo y una hija, ambos con sus propias familias. Viven aquí en el pueblo. Mis agentes han estado entrevistándolos todo el día. Realmente están cansados y consternados. Mejor los volvemos a someter a eso mañana”.

Riley vio que Lucy estaba a punto de oponerse, así que la detuvo con un gesto silencioso. Era inteligente de Lucy querer entrevistar a la familia inmediatamente. Pero Riley también sabía que era mejor no causar problemas con las autoridades locales, especialmente si parecían ser tan competentes como Alford y su equipo.

“Entiendo”, dijo Riley. “Lo intentaremos mañana en la mañana. ¿Y la familia de la primera mujer?”.

“Creo que todavía quedan algunos familiares en Eubanks”, dijo Alford. “Lo investigaré. No nos precipitemos. El asesino no tiene prisa, después de todo. Su último asesinato ocurrió hace cinco años, y no es responsable actuar pronto. Tomémonos el tiempo y hagamos las cosas bien”.

Alford se levantó de su silla.

“Mejor me preparo para la conferencia de prensa”, dijo. “¿Desean ser parte de ella? ¿Tienen que hacer algún tipo de declaración?”.

Riley lo pensó.

“No, no lo creo”, dijo. “Es mejor si el FBI mantiene un perfil bajo por el momento. No queremos que el asesino sienta que está atrayendo mucha publicidad. Estaría más propenso a actuar si piensa que no está recibiendo la atención que merece. Por ahora es mejor que el público vea tu cara”.

“Bueno, entonces tienen tiempo para instalarse”, dijo Alford. “Reservé unas habitaciones en una posada local para ustedes. También hay un carro en el frente que pueden utilizar”.

Deslizó del formulario de reserva de habitación y un juego de llaves de carro por su escritorio a Riley. Ella y Lucy salieron de la estación.

*

Más tarde esa misma noche, Riley se encontraba sentada en un mirador, observando la calle principal de Reedsport. Había caído la noche y las farolas se estaban encendiendo. El aire de la noche era cálido y agradable y todo estaba tranquilo, no había reporteros a la vista.

Alford había reservado dos habitaciones de segundo piso en la posada para Riley y Lucy. La dueña del lugar les había servido una cena deliciosa. Luego Riley y Lucy habían pasado más o menos una hora en la sala principal en la planta baja, haciendo planes para el día siguiente.

Reedsport realmente era un pueblo pintoresco y encantador. Bajo diferentes circunstancias, sería un buen lugar para tomar unas vacaciones. Pero ahora que Riley estaba lejos de todo lo del asesinato del día anterior, su mente volvió a preocupaciones más familiares.

No había pensado en Peterson durante todo el día hasta ahora. Estaba ahí afuera y ella lo sabía, pero nadie más le creía. ¿Había sido prudente dejar las cosas así? ¿Debió haberse esforzado más en convencer a alguien?

Le dio escalofríos el pensar que dos asesinos, Peterson y quien había matado a las dos mujeres aquí, estaban viviendo sus vidas de lo más normal. ¿Cuántos más había por ahí, en algún lugar del estado, en algún lugar del país? ¿Por qué estaba plagada nuestra cultura de estos seres humanos retorcidos?

¿Qué podrían estar haciendo? ¿Estaban conspirando en alguna parte en aislamiento, o estaban pasando tiempo con amigos y familiares, personas inocentes y desprevenidas que no tenían ni idea del mal que estaba en medio de ellos?

Por el momento, Riley no tenía ninguna manera de saberlo. Pero era su trabajo averiguarlo.

También se encontró pensando ansiosamente en April. No le había parecido correcto simplemente dejarla con su padre. Pero, ¿qué más podía hacer? Riley sabía que, aunque no hubiera tomado este caso, otro hubiese venido pronto. Simplemente estaba demasiado involucrada en su trabajo como para ocuparse de una adolescente rebelde. Pero no estaba en casa.

Sacó su celular y envió un mensaje de texto de forma impulsiva.

Hola April. ¿Cómo estás?

Después de unos segundos, llegó la respuesta:

Estoy bien, Mamá. ¿Cómo estás? ¿Ya lo resolviste?

Le tomó a Riley un momento para darse cuenta que April estaba hablando del caso nuevo.

Todavía no, escribió.

April respondió, *Lo resolverás pronto.*

Riley sonrió por lo que sonaba como un voto de confianza.

¿Quieres hablar?, escribió. *Puedo llamarte ahora mismo.*

Esperó la respuesta de April por unos momentos.

No en este momento. Estoy bien.

Riley no entendió exactamente lo que quería decir. Su corazón se hundió un poco.

OK, escribió. *Buenas noches. Te amo.*

Terminó el chat y se quedó sentada allí, mirando la noche profunda. Sonrió con nostalgia al recordar la pregunta de April...

“¿Ya lo resolviste?”

“Lo” podría significar cualquiera de las miles de cosas en la vida de Riley. Y sentía que todavía faltaba mucho para resolverlas.

Riley se quedó observando la noche de nuevo. Mientras miraba la calle principal, se imaginó al asesino conduciendo por la ciudad en camino a las vías de tren. Había sido un movimiento audaz. Pero no tan audaz como tomarse el tiempo para colgar el cuerpo de un poste de electricidad donde sería visible en la luz del almacén.

Esa parte de su MO había cambiado drásticamente en los últimos cinco años, de tirar descuidadamente un cuerpo por el río a colgar este para que todos lo vieran. Esto no le pareció a Riley como particularmente organizado, pero se estaba volviendo más obsesivo. Algo en su vida debió haber cambiado. ¿Qué era?

Riley sabía que este tipo de audacia a menudo representaba un deseo creciente de publicidad y fama. Eso fue cierto del último asesino que había capturado. Pero en este caso no parecía correcto. Algo le dijo a Riley que este asesino no sólo era pequeño y bastante débil, pero que también era modesto, incluso humilde.

No le gustaba matar; Riley se sentía bastante segura de ello. Y no había sido la fama lo que lo había estimulado a llegar a este nuevo nivel de audacia. Era desesperanza. Tal vez incluso remordimiento, un deseo semiconsciente de ser atrapado.

Riley sabía por experiencia personal que los asesinos nunca eran más peligrosos que cuando comenzaban a ir en contra de ellos mismos.

Riley pensó en algo que el Comisario Alford le había dicho antes.

“El asesino no tiene prisa, después de todo”.

Riley se sentía segura de que el Comisario estaba equivocado.

Capítulo 10

Riley se sintió mal por el médico forense del condado, un hombre de mediana edad con sobrepeso, cuando colocó todas las fotos en el escritorio del Comisario Alford. Mostraban todos los detalles horribles de la autopsia de Rosemary Pickens. El médico forense, Ben Tooley, se veía un poco indispuerto. Seguramente estaba más acostumbrado a examinar los cadáveres de personas que habían muerto de accidentes cerebrovasculares y ataques cardíacos. Lucía como si no hubiese dormido nada, y entró en cuenta de que seguramente había estado despierto hasta tarde la noche anterior. Y Riley supuso que no había dormido profundamente cuando por fin llegó a la cama.

Era de mañana, y Riley se sentía bastante descansada. Su cama era suave y cómoda, y ni pesadillas ni intrusos reales habían perturbado su sueño. Había necesitado una noche como esa urgentemente. Lucy y el Comisario Alford también se veían alertas, pero el médico forense era otra historia.

“Es igual de horrible que el asesinato de Marla Blainey hace cinco años”, dijo Tooley. “Tal vez peor. Dios, después de ese esperaba que cosas terribles como éstas quedaran en el pasado. No tuvimos esa suerte”.

Tooley le mostró al grupo un primer plano de la parte posterior de la cabeza de la mujer. Era visible una herida grande y profunda, y el pelo circundante estaba lleno de sangre.

“Sufrió un fuerte golpe en el hueso parietal izquierdo”, dijo. “Fue bastante difícil romper el cráneo. Probablemente causó una contusión, quizás hasta un breve intervalo de inconsciencia”.

“¿Qué tipo de objeto fue utilizado?”, preguntó Riley.

“Juzgando por el pelo jalado y los raspones, yo diría que fue un golpe de una cadena pesada. Marla Blainey tuvo el mismo tipo de herida en el mismo lugar”.

Alford negó con la cabeza. “Este tipo tiene algo con las cadenas”, dijo. “Los reporteros ya lo están llamando el ‘asesino de las cadenas’”.

Lucy señaló unos primeros planos del abdomen de la mujer.

“¿Crees que fue golpeada conforme pasaba el tiempo?”, preguntó. “Esos moretones se ven feos”.

“Sí, son bastante feos, pero no fueron el resultado de golpizas”, dijo Tooley. “Ella tiene contusiones como esas en todo el cuerpo por estar encadenada tan fuertemente. Entre las cadenas y lo apretada que estaba la camisa de fuerza, pasó mucho tiempo con dolor intenso. Lo mismo sucedió con Marla Blainey”.

El grupo se quedó en silencio por un momento, reflexionando sobre la importancia de esta información.

Finalmente, Lucy dijo, “Sabemos que es pequeño y que no es muy fuerte, y estamos asumiendo que realmente es un ‘él’. Así que parece que debió haber vencido a ambas mujeres con un sólo golpe en la cabeza. Y que las metió en un carro cercano cuando estaban aturdidas o inconscientes”.

Riley asintió, estando de acuerdo. Le pareció una buena suposición.

“¿Y cómo la trató durante su cautiverio?”, preguntó Alford.

Tooley revolvió las fotos para revelar imágenes del cadáver disecado.

“Bastante mal”, dijo. “Casi no encontré nada en su estómago. No mucho en sus intestinos, tampoco. Debí haberla mantenido viva sólo a punta de agua. Pero probablemente no la estaba tratando de matar de hambre. Eso habría tomado mucho más tiempo. Tal vez sólo estaba tratando de debilitarla. Sucedió igual con Marla Blainey. Los degollamientos fueron los golpes decisivos y fatales”.

Vino otro silencio. Había poco que decir, pero mucho en qué pensar. La cabeza de Riley estaba activa con todas las preguntas que quería hacer. ¿Por qué el asesino había mantenido a estas mujeres en cautiverio? Los motivos habituales no aplicaban en este caso. Ni las violó, ni las torturó. Si su intención

siempre fue matarlas, ¿por qué se había tardado tanto? ¿Le había tomado tiempo juntar su coraje para hacer eso?

Evidentemente, el asesino estaba obsesionado con dejar a sus víctimas indefensas, pensó. Eso le daba algún tipo de satisfacción. Probablemente había sufrido una indefensión similar, quizás en su niñez. También sospechaba que había dejado que las víctimas pasaran hambre por otras razones que sólo para debilitarlas. ¿Quizás alguien había dejado pasar hambre al asesino en un momento u otro?

Riley sofocó un suspiro. Había tantas preguntas. Siempre era así en esta fase del caso. Por ahora había mucho trabajo por hacer.

*

Dos horas más tarde, Riley conducía el carro que le había prestado Alford sur por el río Hudson, con Lucy como pasajera. Estaban en camino a Eubanks, la ciudad en donde Marla Blainey había vivido y en donde había sido asesinada. Iban saliendo de la casa de Rosemary Pickens, donde habían entrevistado a sus dos hijos mayores.

Riley repasó la reunión en su mente. No había sido muy productiva, y los hermanos angustiados no les habían dado ninguna información sólida. No tenían idea por qué su madre, siempre un alma bondadosa y servicial, sería el blanco de un crimen tan despiadado.

Sin embargo, haberle dejado gran parte de los interrogatorios a Lucy había hecho que Riley se sintiera bien. El trabajo de su nueva compañera la había impresionado de nuevo, especialmente su habilidad para tratar con personas que estaban pasando por una terrible conmoción y angustia. Lucy había logrado que los hermanos recordaran a su madre libremente.

Gracias a las preguntas de Lucy, se estaba haciendo más claro como era Rosemary Pickens. Había sido una mujer cariñosa, ingeniosa y generosa y toda su familia y las demás personas de Reedsport la extrañarían muchísimo. Riley sabía lo importante que era desarrollar este tipo de entendimiento de una víctima de asesinato. Lucy estaba haciendo un buen trabajo hasta ahora, de eso no había duda.

Mientras Riley condujo por la carretera de dos carriles que rodeaba el ancho río Hudson, entró en cuenta que todavía sabía muy poco sobre la agente joven talentosa que estaba sentada a su lado. Ahora Lucy parecía estar perdida en sus pensamientos, indudablemente considerando lo poco que tenían hasta ahora.

“Cuéntame algo sobre ti, Lucy”, dijo Riley.

“¿Cómo qué?”, preguntó Lucy, mirando a Riley con sorpresa.

Riley se encogió de hombros. “Bueno, no estás casada, supongo. ¿Tienes pareja?”.

“No por los momentos”, dijo Lucy.

“¿Y en el futuro?”.

Lucy lo pensó por un momento.

“No lo sé, Riley”, dijo finalmente. “Supongo que soy de las que no le gustan los compromisos a largo plazo. Cada vez que trato de imaginar una vida con un esposo e hijos, mi mente sólo se queda en blanco. Créeme, ese tipo de actitud no va bien con una familia mexicana-americana. Algunos de mis hermanos y hermanas ya tienen hijos. Mis padres esperan lo mismo de mí. Me temo que quedarán decepcionados. ¿Pero qué puedo hacer?”.

Lucy se quedó callada de nuevo. Luego dijo, “Es que ya me encanta este trabajo demasiado. Hacemos una valiosa labor. Quiero darle todo lo que tengo, hacer una diferencia real en el mundo. No veo cómo podría tener tiempo para otra cosa, ni siquiera para una relación. ¿Parece eso egoísta?”.

Riley sonrió con tristeza.

“No me parece egoísta en lo absoluto”, dijo.

Por el contrario, Riley comenzó a pensar en sus propias decisiones. Había intentado tenerlo todo: un

matrimonio, una familia, un trabajo exigente. ¿Había sido eso egoísta de su parte? Si hubiese comenzando con las prioridades de Lucy, ¿estarían las cosas mejores?

Pero entonces no tendría a April, pensó. Y April... April vale el esfuerzo extra. Amaba a su hija muchísimo y esperaba no haber arruinado el trabajo de criarla para que se convirtiera en una adulta realmente buena.

Llegaron a Eubanks un momento después. La ciudad era más grande que Reedsport, pero aun así no fue difícil encontrar la casa de dos pisos modesta, pero agradable. Dos hombres estaban sentados en una silla mecedora en el porche delantero. Se levantaron cuando Riley y Lucy se bajaron del carro y caminaron hacia la casa. Un hombre robusto y uniformado casi de la misma edad de Riley se acercó para saludarlas.

“Soy Dwight Slater, el oficial a cargo aquí en Eubanks”, dijo.

Riley y Lucy se presentaron. El otro hombre era alto con un rostro fuerte y amable.

“Este es Craig Blainey, el viudo de Marla”, dijo Slater.

Blainey saludó a Riley y a Lucy con un apretón de manos.

“Siéntense y pónganse cómodas”, dijo con una voz sorprendentemente profunda y agradable. Riley pensó que sería un buen predicador.

Slater y Blainey se sentaron de nuevo en la silla mecedora y Riley y Lucy se sentaron en un par de sillas para exteriores frente a ellos.

Riley comenzó con lo esencial.

“Sr. Blainey, le pueda parecer extraño que le diga esto a estas alturas, pero mi más sentido pésame. Y también lamento tener que desenterrar lo que deben ser recuerdos terribles. Mi compañera y yo trataremos de ser breves”.

Blainey asintió.

“Aprecio eso”, dijo. “Pero deben tomarse el tiempo que necesiten. Entiendo que ha habido un nuevo asesinato en Reedsport. Lamento mucho esa noticia. Alegraría mi corazón poder hacer o decir algo que acabe con este monstruo”.

Riley sacó un bloc de notas y empezó a escribir. Notó que Lucy hizo lo mismo.

“¿Qué tipo de trabajo hace, Sr. Blainey?”, preguntó.

“Soy dueño de una ferretería. Ha estado en mi familia por un par de generaciones. Sin embargo, la tradición acabará conmigo”. Su sonrisa se volvió un poco melancólica. “Mis hijos no están interesados en mantener el negocio familiar en marcha. No es que me puedo quejar, les va muy bien por su propia cuenta. Jill está estudiando en la Universidad de Búfalo y Alex es un locutor de radio en Long Island”.

Su voz se había llenado de orgullo.

Riley le asintió a Lucy, una señal silenciosa para que continuara e hiciera sus propias preguntas.

“¿Tiene más familiares en Eubanks?”, preguntó Lucy.

“Mi hermano y mi hermana solían vivir aquí, y tienen hijos propios. Pero después de lo de Marla...”.

Blainey hizo una pausa por un momento para controlar una oleada de emociones.

“Bueno, este pueblo nunca fue el mismo para ellos después de eso. El recuerdo era demasiado horrible. Tuvieron que irse. Amy y su familia se restablecieron en Filadelfia, y Baxter y su familia se mudaron a Maine”.

Blainey se encogió de hombros y negó con la cabeza.

“No sé por qué no me sentí igual. Me sentí aún más arraigado aquí por alguna razón. Pero suelo ser el tipo de personas que recuerdan más los momentos buenos que los malos. Y Marla y yo tuvimos un montón de momentos buenos aquí”.

Blainey se quedó mirando al infinito con una expresión melancólica, perdido un momento en sus recuerdos. Lucy le habló gentilmente para regresarlo al presente.

“Entiendo que su esposa era una agente penitenciaria”, dijo.

“Correcto. En la cárcel para hombres que queda al otro lado del río”.

Riley pudo ver que Lucy estaba pensando en cómo plantear su próxima pregunta de la forma más delicada posible.

“Sr. Blainey, ser un guardia de prisión es un trabajo duro, incluso para un hombre”, dijo Lucy. “Para una mujer, puede ser brutal. Y es prácticamente imposible no hacer enemigos, no importa si eres hombre o mujer. Algunos de esos enemigos pueden ser personas muy malas. Y no permanecen en la cárcel para siempre”.

Blainey suspiró y negó con la cabeza, aun sonriendo tristemente.

“Entiendo lo que quieres decir”, dijo. “Fue igual hace cinco años. La policía de Albany quería saber más sobre los enemigos que había hecho allí. Estaban seguros que el asesino tenía que ser un ex recluso con un rencor personal”.

Dwight Slater miró a Lucy y a Riley seriamente.

“Lo que pasa es que conocía a Marla Blainey muy bien”, dijo Slater. “Ella y Craig eran como familia para mí. Y, créanme, Marla no era un carcelero típico. Sabes de lo que hablo, sádico, malo, corrupto. La verdad es que muchas personas no sabían qué pensar de ella”.

Blainey asintió, estando de acuerdo, y se levantó de la silla.

“Entren a la casa”, dijo. “Les mostraré unas cosas”.

Riley, Lucy y Slater lo siguieron a una sala de estar pulcra y cómoda. Blainey las invitó a sentarse y a ponerse cómodas. Había un montón de fotos familiares en la pared—de picnics, graduaciones, nacimientos, bodas, fotos de escuela. Era fácil ver que Craig Blainey verdaderamente se había rodeado con los mejores recuerdos.

A lo que Blainey abrió un escritorio y rebuscó adentro, la mirada de Riley cayó en una foto de Marla Blainey en su uniforme de carcelera. La mujer era alta como su marido, con un rostro fuerte y determinado. Aun así, tenía una sonrisa que iluminaba la sala de estar, aún cinco años después de su horrible muerte.

Blainey encontró lo que había estado buscando y le entregó a Riley y a Lucy unas cartas manuscritas. Un sólo vistazo de las caras fue suficiente para sorprender a Riley.

Eran mensajes de agradecimiento de ex reclusos de la prisión en donde Marla había trabajado. Los hombres le habían escrito para agradecerle la generosidad que les había mostrado durante sus encarcelamientos—una palabra de aliento, algo para leer, unos consejos útiles. Los hombres claramente habían dejado sus vidas criminales atrás. Sentían que le debían un poco de su éxito en el mundo exterior a Marla.

Blainey habló mientras leían.

“No quiero dar la impresión que el trabajo de Marla fue fácil todo el tiempo, ni que todo el mundo la quería. Estaba rodeada todo el día por personas malas, la mayoría eran mentirosas y manipuladoras. No se permitió tener amistades inapropiadas. Era un guardia de prisión, y obviamente algunos de los prisioneros no tenían ningún uso para ella y realmente la odiaban. Aun así, no creo que jamás *hizo* ningún enemigo real, ni siquiera allá”.

Mientras Blainey hablaba, Dwight Slater miraba la sala, disfrutando su parte de los recuerdos. Dijo, “Hablo con el alcaide de vez en cuando, y todavía dice que ella probablemente hizo más bien allí que sus trabajadores sociales. Ella era así con todo el mundo”.

Riley miró a Lucy y notó que ella también estaba sorprendida. ¿Quién hubiera pensado que un guardia de cárcel habría sido un personaje tan querido? ¿Y por qué alguien había elegido quitarle la vida de una manera tan horrible?

La sonrisa acogedora de Blainey se ensanchó.

“Bueno, estoy seguro que tienen más preguntas”, dijo. “¿Les gustaría algo para tomar? ¿Tal vez té helado? Acabo de prepararlo”.

“Eso sería genial”, dijo Riley.

“Sí, por favor”, dijo Lucy.

Riley asintió con la cabeza, estando de acuerdo, pero su mente ya estaba en otro lugar. Estaba empezando a sentir zumbidos familiares justo debajo de su conciencia. Sabía que su capacidad para entrar en la mente de un asesino era rara, y también sabía que generalmente todo lo que venía a su mente era correcto.

Eso significaba que había algo más que necesitaba ver.

Algo importante.

Capítulo 11

Poco después, Riley y Lucy estaban en su carro de nuevo, siguiendo a Slater. Como siempre sucedía cuando se acercaba a una escena del crimen, Riley sentía que sus sentidos estaban poniéndose alerta.

No había sido fácil persuadir a Slater a que las llevara allí. A él le parecía que no había nada que ver, especialmente después de todos estos años. Aun así, Riley estaba impaciente por conocer el sitio donde había sido dejado el cuerpo de Marla Blainey. Sabía que las fotografías no le decían lo que los lugares verdaderos a veces podían.

A poca distancia de la ciudad, la carretera de dos carriles cruzaba las vías de tren y continuaba a lo largo de la orilla del río. Slater se detuvo en el arcén de la carretera. Riley detuvo su carro detrás de él.

“Creo que fue aquí”, dijo Slater, bajándose de su carro. “Es difícil de recordar después de todos estos años”.

“Sólo déjame mirar esas fotos de nuevo”, dijo Riley.

Slater le entregó la carpeta llena de fotos de la escena del crimen Blainey. Riley miró entre los árboles en el lado de la carretera. La ladera bajaba en declive a la orilla del río, que quedaba a unos quince pies de distancia.

Riley comparó el sitio a una foto del cuerpo que había sido tomada desde la carretera. La maleza había cambiado con los años, y por un momento le fue difícil ver cualquier parecido entre la foto y el lugar real.

En la foto, vio que el cuerpo de Marla, atado en cadenas y en una camisa de fuerza, yacía desplomado contra un tronco de árbol caído. Riley caminó a la hierba larga que estaba al lado de la carretera. Allí estaba, el mismo tronco de árbol junto al borde del agua.

“Tienes razón, este es el lugar”, le dijo a Slater. “¿Cómo crees que logró poner el cuerpo allí?”.

Slater se encogió de hombros. “No fue difícil”, dijo. “Detuvo su vehículo justo en donde estamos parados. Luego rodó el cuerpo por la ladera. Aplastó toda la hierba y el matorral”.

Señaló a la foto que Riley estaba sosteniendo.

“Puedes ver sólo el borde de un neumático justo allí en el arcén”, dijo. “Probablemente de una furgoneta, pero no pudimos localizar el vehículo. El cuerpo no fue notado por varios días, no hasta que alguien vio buitres dando vueltas”.

Cuando Riley comparó la foto con la escena real, se percató de que estaba parada en el lugar exacto donde el asesino había tirado el cuerpo. Miró por la pendiente un largo rato, contemplando la escena. Comenzó a imaginarse el cuerpo encadenado y encorsetado rodando cuesta abajo. Luego se dio cuenta que Lucy la estaba mirando atentamente. Eso le pareció extraño. Sostuvo la mirada de Lucy, perpleja.

“Lamento haberme quedado mirando”, dijo Lucy, un poco avergonzada. “Es que... bueno, he escuchado que tienes instintos sorprendentes cuando estás en una escena del crimen. Dicen que es como si te metieras en la cabeza del asesino, sintieras lo que él sintió, vieras lo que vio, entendieras exactamente lo que estaba pensando”.

Riley no sabía qué decir. A menudo se quedaba absorta en escenas del crimen. Y su capacidad para identificarse con la perspectiva de un asesino incluso la perturbaba a ella. Sólo era su manera de hacer las cosas, pero Lucy estaba haciendo que pareciera una habilidad casi legendaria, lo que hizo que Riley se sintiera incómoda y cohibida.

De todos modos, no estaba sintiendo nada en el lugar donde estaba parada, ninguna sensación de los pensamientos del asesino. No sabía si eso era porque el lugar era demasiado soso o debido a las otras personas que la estaban mirando.

“Sostiene esto por un momento”, le dijo a Lucy, entregándole la carpeta.

Luego Riley bajó por la pendiente, dejando a Lucy y a Slater mirándola, sorprendidos.

“Ten cuidado”, le dijo Slater.

“¿Quieres que te acompañe?”, preguntó Lucy.

“No, estoy bien”, respondió Riley. “Quédate allí”.

La pendiente era empinada y más movediza de lo que parecía desde la carretera. Se tropezó con matorrales y ramas, raspándose bastante en el camino. El descenso empinado también era un severo recordatorio que todavía le dolían sus heridas recientes. Los músculos que apenas habían comenzado a sentirse mejor le empezaron a doler de nuevo.

Finalmente llegó al fondo de la pendiente. Estaba parada al lado del tronco caído, sólo a una yarda de distancia del borde del agua. Este era el lugar, el lugar donde había caído y permanecido el cuerpo de Marla hasta que fue descubierto. La tranquilidad fue interrumpida por el ruido de una lancha en el río a poca distancia. Su estela de olitas suaves llegó hasta el tronco y luego las mismas se desvanecieron.

Recurriendo a la memoria de la foto, Riley se imaginó el cuerpo de Marla en sus pies. Podía verlo con claridad. También se dio cuenta que, si no fuera por el tronco, el cuerpo probablemente habría seguido rodando hasta llegar al río. Sólo se había atascado aquí accidentalmente. Trabajando en la oscuridad, el asesino podría no haberse dado cuenta de que el cuerpo no había entrado al agua.

Riley había conjeturado que el agua era profunda por la ladera. Con el peso de las cadenas, el cuerpo bien podría haberse hundido sin dejar rastro. Quizás jamás hubiese sido encontrado.

Finalmente comenzó a sentir un cosquilleo de entendimiento. El cuerpo de la mujer, como el lugar en sí, no había significado nada para el asesino cuando lo había tirado aquí. Quizás sería descubierto o quizás no, no le importaba. Las cadenas y la camisa de fuerza habían sido un asunto entre él y su víctima. Fueron utilizadas para atormentar a las mujeres, y tenían algún significado especial para el asesino. No habían sido utilizadas para su exhibición al público.

Algo drástico había cambiado entre los dos asesinatos. Ahora el asesino quería desesperadamente que todos vieran el horror de su hazaña. Con la segunda víctima, estaba tratando de comunicar algo que no le había importado la primera vez.

Riley refunfunó. Probablemente significaba que el asesino iba a apurarse más. Lo que lo conducía era más fuerte ahora. Lo que lo había mantenido bajo control durante cinco años estaba presionándolo para que le mostrara al mundo su dolor.

En ese momento, su celular zumbó y lo sacó de su bolsillo. Se sorprendió al ver que era un mensaje de texto de April.

Hola Mamá, decía simplemente.

Riley se sintió profundamente sorprendida por la pura incongruencia. Aquí estaba ella, parada exactamente donde había sido abandonado un cadáver, recibiendo un mensaje de texto de su hija, que a menudo no quería tener nada que ver con ella. ¿Debería explicarle que ahora no era un buen momento para intercambiar mensajes de texto?

Hola April, le respondió. *¿Cómo está todo?*

La respuesta llegó rápidamente...

La escuela termina mañana. Tengo mi último examen en la mañana.

¿Estás lista?, escribió Riley.

No sé, respondió April.

Riley suspiró. Su conversación con su hija ya había quedado reducida a la nada.

Pero luego April escribió:

Quiero hablar contigo.

El corazón de Riley latió con emoción inesperada.

Yo también, escribió. *¿Podrías esperar hasta que vuelva a mi habitación?*

El siguiente mensaje de April la sorprendió por completo.

No por teléfono. En persona. Ven a casa para que hablemos.

Capítulo 12

Riley se detuvo en el andén del Amtrak. Todavía tenía dudas sobre lo que estaba haciendo, a pesar de que ella y Lucy habían hablado sobre ello más de una vez. Ambas se sentían seguras de que nada más iba a suceder aquí en Reedsport. El asesino de las cadenas había atacado en dos ciudades diferentes, y seguramente atacaría en otro lugar la próxima vez.

“Todavía no estoy segura de esto, Lucy”, dijo Riley. “Normalmente no abandono un caso en curso”.

“No te preocupes”, respondió Lucy con un toque de exasperación. “Ya sé que hacer. Entrevistar a todas las personas que pueda. Ir al funeral en caso de que él esté allí. Investigar a todas las personas que envíen flores”.

En ese momento, el conductor gritó, “¡Todos a bordo!”.

“Si algo importante sucede, regresaré de una”, dijo Riley.

“Vete”, dijo Lucy firmemente.

“Gracias”, respondió Riley.

El pequeño jet de la UAC que las había traído a Reedsport se había ido casi inmediatamente después de su llegada, así que no era una opción esta vez. Lucy había ofrecido llevarla a Albany para que tomara un vuelo a casa, pero Riley había elegido el tren en su lugar. La llevaría derecho a Quántico, con una sola conexión en la Ciudad de Nueva York. El viaje le daría la oportunidad de repasar sus archivos y considerar la mente del asesino.

Caminó al vagón de clase ejecutiva espacioso y tomó su asiento. Tenía dos sillas para ella sola, dándole espacio para extenderse tanto como quisiera. Miró por la ventana mientras el tren comenzaba a alejarse de la estación. No podía ver a Lucy por ninguna parte. Riley sabía que se dirigía de vuelta al trabajo.

Colocó su silla en posición reclinada y comenzó a relajarse. El retumbo constante y la vibración calmante del vagón ayudaron a Riley a empezar a procesar la información con su habitual mental habitual. Para empezar existía la cuestión de por qué el asesino había privado de comida a las dos víctimas. Obviamente había querido debilitarlas. Riley también se sentía bastante segura de que probablemente había pasado hambre en el pasado y que se sentía obligado a infligir el mismo sufrimiento a los demás.

Pero ahora se le ocurrió algo más. Alimentar a las mujeres hubiera significado reconocer su humanidad. En hacer esto, podría correr el riesgo de sentir compasión por ellas. Sólo eran objetos para él, *símbolos* de lo que lo había lastimado o enfurecido en el pasado.

Riley respiró profundamente. Sí, estaba empezando a sentirse conectada con él, mucho más que en ambas escenas del crimen.

Es humano, pensó. Es demasiado humano.

No era un psicópata frío e insensible. Probablemente era capaz de sentir compasión e incluso bondad. Esas eran las cualidades que más temía de sí mismo porque podrían ser su perdición.

Riley cerró los ojos. Podía sentir el enorme esfuerzo que le llevaba suprimir sus cualidades humanas. Y débil como estaba, ¿cuánto tiempo podría manejar la tensión y el esfuerzo de ser un asesino salvaje? Todo lo que sabía era que no tenía otra opción.

Otra cosa comenzó a tener más sentido para ella. La impactante puesta en escena de su asesinato más reciente, con el cuerpo colgando para que todos pudieran verlo, no sólo fue un intento de sorprender al mundo. También fue para su propio beneficio. Tenía la necesidad de convencer a todo el mundo—incluyendo a él mismo—que era mucho más salvaje de lo que parecía ser.

Riley sabía que, mientras crecía su desesperación, era probable que sus asesinatos se volvieran cada vez más escandalosamente despiadados. No podía darse el lujo de mostrar ni el más mínimo atisbo de misericordia ni humanidad. Debía hacer su mejor esfuerzo para convertirse en un monstruo, incluso más allá de su propia imaginación.

El clic constante de las ruedas de tren estaba teniendo un efecto hipnótico agradable. Riley no había pensado que estaba cansada, pero ahora entró en cuenta de que había estado bajo bastante presión estos últimos días. Cerró los ojos.

Mientras Riley se apiñaba en el sótano de poca altura mohoso, la puerta de su jaula se abrió y una corriente de llama irrumpió la oscuridad. La luz blanca la cegó por un momento. El fuego de esa antorcha de propano era lo único que había visto en este horrible lugar, aparte de los destellos que le daba del propio Peterson.

Ahora el rostro de su torturador tomó forma nuevamente mientras la torturaba con la llama, obligándola a esquivar su calor extremo. No podía ver exactamente como se veía, pero su presencia igualmente se estaba volviendo familiar.

“Bienvenida a casa”, dijo Peterson alegremente.

“Esta no es mi casa”, dijo Riley.

“Es la única casa que te mereces”.

Riley deseaba poder quitarle la antorcha y usarla en su contra. Pero sus movimientos eran muy hábiles y rápidos. Lo único que podía hacer era agacharse y esquivar para que no la quemara.

“Voy a matarte”, dijo con un tono desafiante. “Quiero que sepas eso”.

Peterson se rio entre dientes.

“Bienvenida a casa”, dijo de nuevo.

El grito del conductor despertó a Riley...

“¡Estación Penn!”.

Era el momento de hacer trasbordo.

*

Mientras conducía a Fredericksburg esa tarde, Riley seguía repitiendo en su mente: *Un monstruo a la vez.*

El sueño de Peterson la había dejado bastante conmovida, inquietándola durante el resto de su viaje en tren a Quántico. Aun así, había logrado trabajar bastante. Había realizado búsquedas en su computadora portátil usando el servicio de Wi-Fi del tren y había leído cuidadosamente todos los documentos y fotos del caso. Le había enviado un informe directamente a Brent Meredith por correo electrónico. No era necesario que fuera a la UAC, así que decidió conducir directamente a la casa de Ryan donde April la esperaba.

Riley se recordó a sí misma que los monstruos tomaban muchas formas. Ahora mismo quería centrarse en un monstruo completamente diferente—la monstruosidad en la que se había convertido vida personal. Tal vez todavía había la esperanza de conquistar este monstruo, de remodelarlo a una forma más agradable. Después de mucho dolor y rebeldía, April quería hablar con ella. Era una buena señal. Riley no iba a decepcionar a su hija, no esta vez.

Además, Riley estaba consciente que necesitaba hacer algunos grandes cambios en su vida. No tenía sentido esperar un descanso entre casos. Casi nunca había descansos, y probablemente no habría uno en el futuro previsible.

En primer lugar, se dio cuenta que tenía que mudarse de su casita. La irrupción de Peterson demostró que era demasiado aislada y vulnerable. La había alquilado cuando ella y Ryan acababan de separarse y se había sentido financieramente insegura. El lugar en las afueras de Fredericksburg había sido lo único que podía pagar, y le había servido para alejarse de su vida anterior.

Pero el divorcio sería definitivo pronto y Ryan había accedido a pagar manutención regular en vez de las contribuciones irregulares que le estaba dando ahora. Realmente se había puesto generoso, lo que ella reconocía como su manera de librarse de sus otras responsabilidades para con su hija.

Eso no le molestaba, le encantaría tener todo el cuidado de April y quería ser una buena madre desesperadamente. Sólo tenía que encontrar la forma de manejar sus propias responsabilidades de una mejor manera que como lo había hecho recientemente.

Riley observó por la ventana del carro que estaba conduciendo por casas adosadas bonitas. Cuando sus ingresos suplementarios se volvieran constantes y predecibles, podría pensar seriamente en un nuevo lugar para vivir, tal vez incluso en comprar algo adecuado en la ciudad. Sería bueno tener vecinos, y la ubicación sería conveniente para la escuela de April. Y Fredericksburg era lo suficientemente grande como para que no tuviera que preocuparse de toparse con Ryan.

La posibilidad de criar a April sola hizo que saliera a relucir otra cuestión que tenía en mente. Riley no podía pasar por alto el hecho que pasaba mucho tiempo fuera de casa. Necesitaba a alguien que la ayudara a cuidar de su hija.

Gabriela era la elección obvia. Ella y April se querían bastante, y April no se negaría a que su ama de casa estuviese cerca para cuidar de ella.

¿Podría Gabriela acceder a vivir con ellas si pudiera tener una habitación y un baño propio? ¿O al menos quedarse cuando Riley tuviera que ausentarse durante varios días seguidos? Riley tomó una nota mental de hablar con Gabriela cuando tuviera la oportunidad.

Cuando Riley llegó a su destino, detuvo su carro en la entrada y bajo la marquesina junto a la casa. Se bajó del carro, caminó a la puerta principal y tocó el timbre, lo que solía hacer desde que se mudó. Gabriela respondió a la puerta con una mirada ansiosa en el rostro.

“¡Señora Riley!”, exclamó. “¿Sabes dónde está April?”.

Capítulo 13

El cuerpo de Riley fue sacudido de shock.

“¿April no está aquí?”, preguntó.

“Sí estaba, pero ahora no está”, dijo Gabriela. “¡Vente! ¡Pasa adelante!”.

Riley entró y Gabriela cerró la puerta.

“Estaba aquí cuando salí a la tienda para comprar comida”, explicó Gabriela. “Cuando regresé ya no estaba. Le dije al Señor Ryan y me dijo que no me preocupara. Pero todavía estoy preocupada. No dijo que iba a salir. No entiendo”.

La agitación de Riley aumentó.

“¿Dónde está Ryan?”, preguntó.

“Cenando”.

Gabriela guio a Riley al comedor. Ryan estaba sentado en la mesa, cenando y hablando por su teléfono celular al mismo tiempo. Otro plato estaba puesto, pero no había sido tocado. Gabriela comenzó a recoger la mesa nerviosamente.

“Eso me parece bien”, le dijo Ryan a la persona con la que hablaba por teléfono—un cliente, supuso Riley. “Estaré allí a las nueve. Nos encargaremos de todo esta noche”.

Finalizó la llamada y miró a Riley con sorpresa.

“No sabía que estarías aquí hoy”, dijo. “Pensé que tenías un caso en el norte de Nueva York. ¿Cómo va?”.

“¿Dónde está April?”, preguntó Riley.

“No sé”, contestó Ryan, encogiéndose de hombros por su molestia. “Está de malas. En eso se parece a ti, no a mí. ¿Crees que me diría algo a mí?”.

Riley ignoró el tono acusatorio de su exesposo.

“¿Dónde has estado hoy?”, preguntó.

“No tengo que informarte lo que hago y dejo de hacer”, dijo Ryan. “Pero en realidad he estado arriba todo el día, trabajando en mi estudio. No he salido de la casa desde esta mañana. Casi ni he salido de la oficina. He estado ocupado”.

“¿April llegó de la escuela?”.

Ryan terminó su comida y bajó su servilleta.

“Sí, y peleamos. No me preguntes el por qué. No entendí lo que pasó. La envié a su habitación y le dije que no saliera hasta que estuviera dispuesta a pedir disculpas. Pensé que se había quedado allí hasta que Gabriela vino a mi oficina y me dijo que se había ido”.

Ryan se levantó de la mesa y empezó a alejarse.

“Mira, tengo que alistarme para reunirme con un cliente”, dijo. “Es mucho más importante que esto, créeme, sobre todo porque esperas que sea generoso con mis pagos de manutención. Sinceramente, no entiendo por qué Gabriela y tú están así. Se fue molesta, y vendrá cuando le dé la gana”.

Riley se colocó delante de Ryan, bloqueando su salida.

“Ella no se fue molesta”, dijo Riley. “Me dijo que quería hablar conmigo y le respondí por mensaje que ya volvería. Me estaba esperando. No se habría ido de la casa”.

“Bueno, eso es exactamente lo que hizo, al parecer”, dijo Ryan. “Probablemente está en tu casa ahora mismo”.

Riley sintió un poco de esperanza. ¿Era posible que April hubiera esperado encontrarse con Riley en su propia casa? Quizás su hija estaba esperándola allí.

Riley sacó su celular y marcó el número de su casa. Escuchó el mensaje grabado de la contestadora y después del pitido, dijo, “April, si estás allí, contesta. Volví para verte”.

No hubo respuesta.

Luego intentó el número del celular de April. Cuando escuchó el mensaje de voz de April, no pudo evitar gritar. “April, si estás allí, contesta. ¿Dónde estás? Me tienes muerta de miedo. Llámame ahora mismo”.

Riley finalizó la llamada y se quedó mirando el teléfono en su mano fijamente.

“Te llamaré cuando esté de humor”, dijo Ryan. “Y si me permites—”.

Intentó pasar por delante de Riley, pero ella no se lo permitió.

“No vas a ninguna parte”, dijo.

“Tengo un cliente, Riley”.

La voz de Riley estaba temblando de temor y rabia.

“Tienes a una hija también”, dijo.

Riley se dio la vuelta y vio que Gabriela estaba parada en la puerta de la cocina, viéndose afectada y horrorizada.

“Gabriela, ¿a qué hora saliste a comprar comida?”, preguntó Riley.

“Como a las tres, creo”, dijo Gabriela. “La puerta del dormitorio de April estaba abierta y ella estaba allí. Cuando volví, no estaba en la casa y le dije al Señor Ryan”.

Riley se volvió hacia Ryan de nuevo. Su expresión todavía era despreocupada. Le resultaba exasperante que no pudiera ver la gravedad de la situación.

“¿Alguien tocó la puerta esta tarde?”, preguntó Riley.

“No lo sé. Como dije antes, he estado en mi oficina todo el día”, dijo Ryan.

“Ryan, *piensa*. ¿Escuchaste el timbre hoy?”.

Ryan hizo una pausa para pensar.

“Una sola vez, creo. En la tarde. Sí, oí un carro acercarse y luego el timbre. Fue después de haber enviado a April a su habitación. Seguramente Gabriela contestó”.

Riley se volvió a la ama de llaves.

“Gabriela, ¿le abriste la puerta a alguien hoy?”.

“No escuché el timbre sonar en todo el día”.

Riley ahora estaba temblando de miedo e ira. Se volvió a Ryan de nuevo.

“Gabriela *no* abrió la puerta”, le dijo ferozmente. “Estaba comprando víveres. April abrió la puerta y no ha aparecido desde entonces. Quizás ya lleve cuatro horas desaparecida. Gabriela te lo dijo y no te importó”.

Ryan estaba empezando a ponerse nervioso.

“Mira, estás exagerando”, dijo. “Probablemente fue su novio. Probablemente vino y ella se fue con él. La castigaré cuando vuelva. Debiste haberlo hecho hace mucho tiempo”.

La escena pasada de cuando atrapó a April y a su novio fumando marihuana en su patio trasero vino a la mente de Riley.

“¿Siquiera conoces a su novio?”, dijo Riley. “Su nombre es Brian y tiene catorce o quince. No conduce. No era él, y no fue ninguno de sus amigos. No tiene amigos con carros. Dios, Ryan, ¿sabes *algo* de tu hija?”.

Riley no esperó su respuesta. Pasó por delante de Ryan y subió las escaleras directamente a la habitación de April. Ryan y Gabriela la siguieron. Como había dicho Gabriela, la puerta estaba abierta. La habitación estaba desordenada, como siempre.

Riley sacó su celular y marcó el número de April de nuevo. Esta vez, su corazón se hundió. Podría haber jurado haber oído un zumbido en la cama.

Corrió a la cama y empujó a un lado algo de ropa y su corazón se detuvo.

Su celular estaba en la cama.

Riley tomó el teléfono y lo miró horrorizada.

April no tenía su teléfono.

Y eso sólo podía significar una cosa.

Había sido secuestrada.

Capítulo 14

April se encogió de miedo al oír los pasos del hombre por encima de ella. Estaba caminando de un lado a otro sobre la terraza de madera a menos de un pie sobre su cabeza, riéndose entre dientes, y de vez en cuando, riéndose a carcajadas. Le costó no gritar. Le había dicho que le dispararía si gritaba, y estaba segura que lo haría.

Sabía que el hombre caminando en la terraza era Peterson. Tenía que ser él. Como todo el mundo, April había dudado de la convicción de su madre que Peterson todavía estaba vivo. Había querido creer que el asesino que había capturado a su madre una vez estaba muerto. Pero estaba vivo y ahora se la había llevado.

Recordó con horror lo poco que Mamá le había dicho acerca de este hombre, sobre cómo la había tratado como prisionera. Pero April se sentía más aterrorizada por lo que su madre *no* le había dicho. Estaba segura que su mamá no le había dicho todo lo que había sufrido. Siempre hacía eso para que no sufriera, pero ahora temía descubrir los horrores que su madre se había callado.

Incluso después de horas en cautiverio, todavía no tenía ni idea de donde estaba. Cuando Peterson la había arrastrado fuera del maletero, había vislumbrado una pequeña casa con una amplia terraza elevada. ¿Pero cuánto tiempo había estado en ese maletero? ¿Qué tan lejos de casa habían viajado?

Cuando la sacó del maletero, le arrancó la mordaza de cinta de embalar de su boca, y ella había estado demasiado asustada para gritar. Luego la llevó sobre su hombro a la casa, la empujó debajo de la terraza, colocó una barrera en su lugar y simplemente la dejó allí, atada de pies y manos. Se había retorcido, pero las restricciones se mantuvieron en su lugar.

Cuando había sido capaz de hacer que su cuerpo dejara de temblar, había detallado su prisión. La base de la terraza estaba cercada con un enrejado de madera. Había quitado una sección para ponerla en esta jaula y la había colocado nuevamente en su lugar. Pensó que el enrejado estaba hecho de madera bastante endeble, pero no se atrevía a patearla. Ahora no, con Peterson caminando directamente arriba de ella.

April se retorció en el espacio superficial. Podía sentarse, pero no podía ponerse de pie. Se inclinó contra los cimientos de la casa. Aquí no había mucha luz, pero todavía era de día afuera. Por lo que podía ver por los orificios cuadrados del enrejado, la casa parecía aislada. La tierra a sus alrededores era árida, a excepción de unos pocos árboles dispersos. No podía ver más casas y no tenía idea de cuán lejos podría estar el ser humano más cercano.

El sonido de sus pasos y su risa se estaba volviendo exasperante.

¿Cómo pude haber sido tan estúpida?, se preguntó. Pero sabía que su estupidez había comenzado mucho antes que ese día. Había logrado que capturarla fuera fácil para él. Cuando había tocado la puerta de la casa de su padre, lo había reconocido enseguida. Había sido el conductor que les había dado el aventón a Brian y a ella. Ahora se dio cuenta de que había sido su objetivo todo este tiempo.

Justo cuando vio el arma en su mano, intentó empujar contra la puerta para cerrarla. Pero se había movido demasiado rápido, agarrando su muñeca y obligándola a que la colocara en su espalda. Mantuvo su brazo sostenido firmemente y la pistola presionada contra su espalda mientras caminaba por la acera. Por un momento se había quedado congelada de miedo, no de resistencia. El hombre se había sorprendido y había puesto un pie en el macizo de flores.

¿Alguien vería esa pisada?, se preguntó April. *¿Alguien sabe que estoy desaparecida?*

Tal vez pudo haberse aprovechado del momento y... ¿haber hecho qué? ¿Atacado al hombre? ¿Tratado de quitarle su arma? Era un chiste imaginar que podría haberlo subyugado.

Siguió repitiendo todo en su cabeza. El carro de Peterson había estado bajo el pórtico al lado de la casa de su padre. Era un carro más nuevo y más elegante que el que había estado conduciendo cuando les dio el aventón. Ya el maletero estaba abierto para cuando April llegó a él.

Se estremeció al recordar lo que había hecho después. Aun sosteniéndola a punta de pistola, la había obligado a amordazar su propia boca con cinta de embalar y atar sus propias muñecas con ataduras de plástico. La humillación había hecho que el terror fuera aún peor.

Ahora se sentía vagamente avergonzada.

No debí haber cooperado, pensó. Fui una cobarde.

¿Pero qué hubiera pasado si ella se hubiera negado a atarse y a amordazarse a sí misma?

Probablemente la hubiese matado en ese mismo momento. Su padre, tan absorto en su trabajo en su oficina, tan perdido en su propio mundo, quizás ni hubiese escuchado el disparo. La pobre Gabriela es la que hubiese encontrado su cuerpo cuando llegara a casa de comprar víveres.

Se había sentido aterrorizada luego de atar sus tobillos en el maletero porque, después de eso, había quedado totalmente indefensa.

Ahora todo su cuerpo dolía por el viaje agitado en el maletero y por luchar contra las restricciones. También tenía hambre y estaba cansada. Luchó contra los gritos y sollozos que podía sentir en su garganta. Sabía que Peterson la mataría si hiciera algo para llamar la atención. Y no debía desperdiciar su energía. Tenía que estar alerta, prestar atención, no perderse la más mínima oportunidad.

De repente se acordó de algo, algo que le daba un poco de esperanza. Su madre volvería de su trabajo hoy. Incluso podría ya estar de vuelta en Fredericksburg. De ser así, seguramente ya sabía que April estaba desaparecida.

Se estaba riendo más fuerte ahora, y sus pisadas fuertes sonaban como si estuviera bailando una giga. April no pudo guardar silencio por un segundo más.

“¡Mi madre va a encontrarme!”, gritó. “¡Y cuando lo haga te va a matar!”.

Los sonidos de arriba se detuvieron. Todo estuvo en silencio por un momento. Luego vino otra risa.

“Obviamente va a venir a buscarte”, dijo. “Estoy contando con eso”.

El sonido de sus pasos cambió. Esta vez estaba bajando las escaleras del porche. Tembló de miedo. Luego quitó un pedazo de enrejado y miró por la abertura. Se metió bajo la terraza, mirándola lascivamente, sosteniendo una especie de cilindro de metal en su mano.

¿Qué era? ¿Un extintor? ¿Qué diablos estaba haciendo con un extintor?

De repente hubo una erupción de llama blanca. Ahora sabía lo que era. Era una antorcha de propano. Mamá había mencionado la antorcha. Pero no le había dicho a April exactamente lo que le había hecho con esa antorcha.

“Acércate, hermosura”, dijo sobre el estruendo de la llama.

Se arrastró hacia ella, ondeando la llama delante de su rostro, acercándose más y más.

“Acércate para derretir esas ataduras”, dijo.

April no podía mover ni un músculo. Estaba paralizada de miedo.

“¿Le tienes miedo a la llama?”, dijo. “Tu madre también le tenía miedo. Bueno. Espera hasta que estés bastante hambrienta. Quizás en ese momento seas más valiente. Tendremos que esperar para ver qué pasa”.

April presionó su boca contra sus puños apretados para no gritar.

Peterson apagó la antorcha y se arrastró hasta salir de debajo de la terraza, cerrando la abertura detrás de él. Lo oyó subir las escaleras, caminar por la terraza y entrar en la casa y cerrar la puerta

¿Debía gritar ahora? No, era demasiado peligroso y, además, estaba segura que nadie la escucharía.

Se percató de que estaba empezando a ponerse oscuro. ¿Cómo sería cuando todo estuviese oscuro?

¿Qué le haría en ese momento? Se preguntaba si era posible morir de miedo.

Mamá, oró en voz baja. Te lo ruego. Eres todo lo que tengo en este mundo. Encuéntrame.

Capítulo 15

Riley miró fijamente el teléfono en su mano y sabía que sus peores temores se habían hecho realidad. “Se le olvidó llevarse su celular”, dijo Ryan de manera poco convincente.

“No se le olvidó. Nunca sale sin él. Está prácticamente pegada a él”.

Ryan la miró de modo inexpresivo. Riley se percató de que estaba empezando a comprender la cruda verdad de la situación. Se abrió paso de nuevo y bajó las escaleras. Observó toda la sala de estar en su camino a la puerta principal, buscando algo inusual o fuera de lugar. Nada llamó su atención.

Salió corriendo y caminó al pórtico donde estaba estacionado su carro. Vio que el garaje detrás de la casa estaba cerrado. Nadie podía ver que el carro de Ryan estaba dentro. Nadie asumiría que estaba en casa hoy.

Un escenario estaba desarrollándose en la cabeza de Riley. Cuando Gabriela salió a comprar víveres, la persona que estaba viendo la casa podría haber pensado que April estaba en la casa sola. Y la verdad era que en realidad sí estaba sola, con Ryan tan aislado en su oficina en la parte trasera de la casa y tan concentrado en su trabajo.

¿Entonces qué pudo haber sucedido cuando April contestó la puerta y se encontró cara a cara con un extraño?

¿Y si el extraño tenía un arma?

Riley volvió a andar sus pasos hasta la casa. Al observar todo nuevamente, otra cosa llamó su atención. Era una pisada de bota en el macizo de flores, justo en la acera. Era demasiado grande para ser el pie de Ryan, mucho menos el de Gabriela y, además, estaba muy fresca.

Alguien perdió el balance, tropezó y dejó la pisada en la tierra.

Riley sintió el aire saliendo de sus pulmones. No podía respirar en ese momento. Quien había estado aquí había tenido la audacia de secuestrar a una adolescente en plena luz del día. Sabía quién era esa persona.

Ryan y Gabriela ahora estaban de pie en los escalones de la entrada.

“Llama al 911”, le gritó a Ryan. “Diles a que nuestra hija ha sido secuestrada”.

Ryan parecía no poder hablar. Su rostro estaba lleno de shock.

“¡Hazlo!”, gritó Riley.

Ryan asintió con la cabeza, volviendo en sí. Corrió hacia la casa, seguido por Gabriela.

Riley sacó su propio teléfono celular, preguntándose a quién llamar primero. La línea directa de la UAC era perfecta para situaciones de emergencia. Aun así, Riley no se sentía cómoda llamando a ese número. Ahora el FBI estaba lleno de rumores acerca de su creencia obsesiva de que Peterson aún estaba vivo—una creencia que nadie más tenía. ¿Y si no podía lograr que alguien le creyera?

En su lugar, llamó a Brent Meredith a su número personal. Para su alivio, respondió inmediatamente.

“¿Riley?”, dijo. “¿Qué sucede?”.

“Necesito tu ayuda”, dijo. “Mi hija ha sido secuestrada”.

“¿April?”, respondió Meredith, sonando estupefacto. “¿Estás segura?”.

Riley gimió en voz alta. Meredith siempre había sido su único verdadero aliado en la agencia aparte de Bill. ¿Qué pasaría si pensara que este era sólo un caso de comportamiento típico de adolescentes?

“Estoy segura”, dijo Riley. “Es Peterson, señor. Se la ha llevado. Tienes que creerme”.

Cayó un silencio breve.

“Te creo, Agente Paige”, dijo Meredith finalmente. “¿Dónde sucedió esto? ¿Dónde fue secuestrada?”.

Riley de repente se sintió desorientada, confundida por su terrible pánico.

“Es—yo—”, tartamudeó. “Sucedió en donde vivía antes, en Fredericksburg, en la casa de mi exesposo. Fue raptada aquí mismo. En algún momento de esta tarde”.

“¿Llamaron al 911?”.

“Ryan lo acaba de hacer”.

El sonido de la voz de Meredith tenía un efecto calmante.

“Excelente. Quédate quieta. No intentes hacer nada todavía. Juntaré toda la información que tenemos sobre Peterson. Pondremos todo en marcha. Te enviaré unos agentes inmediatamente. Quédate allí”.

“Eso haré, señor”, dijo Riley, sofocando un sollozo. “Gracias”.

La llamada terminó, y Riley regresó a la casa. Ryan estaba parado junto a la chimenea, mirando el infinito. La pobre Gabriela estaba sentada en el sofá llorando desconsoladamente.

“Es mi culpa, es mi culpa”, decía Gabriela mientras lloraba incontrolablemente.

“No lo es, Gabriela”, dijo Riley. Se sentó a su lado y le dio unas palmaditas en la mano. “No es tu culpa. No pudiste haberlo sabido”.

Ryan se volteó, mirando a Riley con rencor.

“Es tu culpa”, dijo.

Riley tuvo que sofocar su ira. Sabía lo que quería decir.

“Tienes razón, sí es mi culpa. Es mi culpa por pensar que podía confiarte a April. Es mi culpa por pensar que ella o los demás te importaban una mierda”.

Riley se guardó esos pensamientos. Este no era el momento para recriminaciones, por más justificadas que sean. Había demasiado en juego como para satisfacer su ira. Ahora era el momento para actuar con la cabeza lúcida.

Caminó de un lado a otro, preguntándose lo que Meredith estaba haciendo ahora. Poniéndose a sí misma en su situación, sabía que una de las primeras cosas que querría era una foto de Peterson. Sería necesario tener muchas copias de la misma. La policía la necesitaría para ir puerta en puerta y preguntarles a las personas si habían visto al hombre.

Pero, después de todo, Peterson era una figura sombría cuyo pasado era casi desconocido. La única foto de él que Riley sabía que existía era una foto policial de cuando había sido arrestado por un delito menor hace años. Había comenzado una pelea en una tienda.

Había guardado esa foto en su teléfono celular y todavía la tenía allí. Realmente había ayudado a Riley y a Bill a rastrear a Peterson y a acercarse a él. Pero, ¿sería útil ahora? Riley apenas había podido verlo durante su cautiverio, y se sentía segura de que había cambiado su apariencia.

En ese momento Riley escuchó sirenas de la policía acercándose. Sabía que investigarían en el vecindario para averiguar si alguien había visto al hombre en la casa de Ryan, o había notado su carro. Aunque las casas no estaban juntas, el patio delantero de Ryan estaba dentro del campo visual de otras casas. Debería haber alguien por ahí que pudiera ayudar, un testigo presencial que realmente lo había visto y pudiera identificarlo.

¿Quién podría ser esa persona?, se preguntó Riley en silencio.

De repente, la respuesta le vino a la mente. Sacó el teléfono celular de April de su bolsillo. El número estaba allí, ella estaba segura de ello. Debería ser bastante fácil de encontrar.

Si sólo pudiera lograr que mis manos dejen de temblar, pensó Riley.

Capítulo 16

Las manos de Riley estaban sudadas al tocar la puerta principal. Oraba que pudiera descubrir lo que necesitaba aquí.

Seis minutos antes, había rebuscado entre los números de teléfono en el celular de April frenéticamente hasta encontrar el que estaba buscando. Era el de Brian, el que había estado fumando marihuana con April el día anterior. Lo había llamado y le había dicho que iba saliendo a su casa. No se tomó la molestia de explicar el por qué.

Una mujer alta, delgada y bien cuidada abrió la puerta. Parecía que se esforzaba mucho para no verse lo suficiente mayor como para tener un hijo adolescente.

Riley le mostró a la mujer su placa.

“Soy la Agente Riley Paige”, dijo.

Riley no estaba segura qué decir ahora. Realmente era una situación extraña—una agente del FBI investigando la desaparición de su propia hija.

La mujer le evitó a Riley la molestia de tener que explicarlo.

“Pasa adelante”, dijo nerviosamente. “Soy Carol, la madre de Brian. Brian me dijo que ibas a venir”.

Riley siguió a la mujer a una sala de estar amplia y elegante donde Brian ya estaba esperando.

Cuando Riley tomó asiento, observó lo pequeño que se veía el muchacho flaco, sentado en un enorme sillón. No parecía el mismo chico drogado y engreído que había encontrado fumando marihuana con April ese día.

Ciertamente se veía asustado. Sin duda pensaba que Riley había venido para contarle a su madre el incidente de la marihuana.

Debería estar asustado, pensó Riley. Pero su miedo era tan agudo que no tenía ningún deseo de hacer que otra persona pasara por un trauma innecesario.

La madre del niño se detuvo detrás de la silla. También se veía asustada.

“¿Brian se metió en problemas?”, preguntó.

Por un momento, Riley no supo qué decir. Obviamente sabía que Brian no tenía nada que ver con el secuestro de April. Aun así, había tomado ese aventón con ella. Y la verdad era que Riley estaba enojada por eso. Se recordó a sí misma de no dejar que sus emociones la interrumpieran. Sacó su bloc de notas.

“Brian”, dijo, mirándolo directamente a los ojos, “April ha sido secuestrada”.

Los ojos del muchacho se abrieron y se puso pálido. Riley sabía el por qué. Sólo un segundo atrás, pensó que lo peor que podría causarle problemas es fumar marihuana. Ahora su temor se había intensificado a un nuevo nivel.

“¿Quién es April?”, preguntó Carol.

“Ella—ella es mi novia”, tartamudeó el chico nerviosamente.

“Ah”, dijo Carol, sonando desconcertada.

“Y es mi hija”, agregó Riley, sabiendo perfectamente lo extrañan que sonaban estas palabras dadas las circunstancias.

Por un segundo, parecía que la mujer podría desmayarse. Tambaleó hacia otra silla y se sentó.

“Lo siento mucho”, espetó. “Qué terrible”.

Riley también sintió una oleada de emociones. Era una mezcla de indignación y miedo. Por un momento, sintió que se caería a pedazos ahí mismo. ¿Por qué se había dejado llegar a esa situación? ¿Por qué no había esperado hasta que otro agente estuviera disponible para hacer esto, alguien cuyos nervios no estaban crudos y expuestos?

Deseaba que Bill estuviera aquí. O Lucy. Lucy era exactamente el tipo de presencia que necesitaba ahora—tranquila, inteligente y compasiva. Lucy es la que realmente debería estar haciendo estas preguntas, no Riley.

Pero no había nada más que hacer ahora. Y no había tiempo que perder. Por experiencia propia, Riley se podía imaginar lo que April estaba pasando. Pero lo que no sabía era cuánto le quedaba de vida.

Brian y su madre estaban mirándola fijamente. Después de un momento, Carol preguntó temblorosamente, “Pero que tiene que ver Brian... ¿qué tiene que ver mi hijo con eso?”.

Riley tragó grueso y logró hablar con una voz firme.

“Brian, April y tú hicieron autoestop hasta mi casa el otro día. Creo que el hombre que estaba conduciendo se llevó a April”.

“Dios mío”, dijo el chico, jadeando.

“Necesito que me digas todo lo que puedas acerca de ese día. ¿Qué tipo de carro era?”.

Brian hizo una pausa, tratando de recordar.

“Era un Ford, creo. Sí, un Focus, un poco viejo, creo que del 2010”.

“¿De qué color era?”.

“Gris. Estaba un poco destartado. Había una gran abolladura en la puerta del pasajero”.

Riley respiró con un poco más de facilidad mientras anotaba la información. No importaba lo que pensara del chico, era evidente que quería ayudar. Pero la pregunta más importante era la siguiente. Sacó su celular y buscó la foto de Peterson. La observó sin mostrársela al chico.

“¿Cómo era el hombre?”, preguntó.

“Era un grandulón. No era gordo, pero sí era alto, y—ancho, supongo”.

Riley se sintió aún más alentada. Aunque no le había echado un muy buen vistazo a Peterson durante su cautiverio, lo recordaba como una presencia imponente. La foto policial decía que medía más de seis pies.

“Esa es buena información”, dijo Riley. “Continúa”.

“Tenía el pelo desgreñado”, dijo Brian. “Y tenía una barba de varios días en su mentón. Pero no parecía que había olvidado afeitarse. Era más como una especie de moda”.

Riley comparó la descripción del muchacho con la foto. En la misma, Peterson tenía el pelo corto y estaba afeitado. No lo recordaba con barba. Tenía razón en asumir que Peterson había cambiado su aspecto.

Al chico le estaba costando recordar más.

“¿Y la forma de su cara?”, dijo Riley.

“Sí, lo recuerdo. Tenía un mentón cuadrado bastante grande”.

Riley recordaba el mentón sobresaliente del hombre, cómo sobresalía en la luz de la antorcha de propano. El mismo mentón era claramente visible en la foto de su teléfono celular.

Pensó fugazmente en mostrarle la foto a Brian para ver si reconocía al hombre. Decidió no hacerlo. Ya no tenía la menor duda de que el conductor había sido Peterson. Pero también sabía que todavía tenía que convencer a sus colegas de la UAC. Para eso, lo mejor sería que Brian describiera al conductor únicamente de su memoria. No debía parecer como si Riley lo hubiera influenciado.

Riley se volvió hacia la madre del chico.

“Carol, necesito que tú y Brian vengán conmigo a la comisaría”, dijo.

Los labios de la mujer temblaban y su voz era temblorosa.

“¿Necesito llamar a nuestro abogado?”, preguntó.

“No, para nada”, dijo Riley. “Brian no está metido en problemas. Sólo necesito que le dé su descripción a un artista. Es un muy buen observador y será útil”.

Carol se veía aliviada.

“Vamos”, dijo. “Estaríamos encantados de ayudarte en lo que podamos”.

Riley se sentía agradecida por su disposición de ayudar. Haría que el chico comenzara con un artista de la policía y los dejaría allí.

Luego iría a la UAC y haría lo que fuera necesario para rastrear a Peterson—y matarlo.

Capítulo 17

La Unidad de Análisis de Conducta del FBI tenía mucha actividad ya que los agentes estaban intentando localizar a April. Ahora todos sabían que Riley había tenido razón todo este tiempo. Peterson todavía estaba vivo y era una amenaza. El volante había disipado cualquier escepticismo que quedaba, y algunos de los agentes se veían avergonzados, como ella creía que debían estar.

La foto policial de Peterson y el boceto realizado de la descripción de Brian estaban lado a lado en el volante. Ambas mostraban a un hombre común que podría no destacarse en una multitud, excepto por su gran tamaño y mandíbula prominente. La semejanza entre el boceto y la foto era inconfundible.

Riley deseaba poder sentirse vindicada. En su lugar, se sentía completamente miserable.

Meredith apareció en su puerta, sus características marcadas anudadas con preocupación compasiva. “¿Cómo lo estás sobrellevando?”, le preguntó a Riley.

Riley tragó saliva. No podía dejarse llorar, tenía que mantener la compostura.

“Me siento tan culpable”, dijo. “¿Eso tiene sentido?”.

“No”, respondió Meredith. “Pero nada tiene sentido en un momento como éste”.

Riley asintió. Meredith tenía toda la razón. Ella tenía que saberlo más que nadie. Pero después de todos estos años como agente de campo, nunca había estado en esta posición. Había sido amenazada, pero sólo había observado este tipo de terror desde afuera. Estas emociones eran nuevas para ella.

“¿Tienes alguna noticia?”, preguntó Riley.

Meredith suspiró cansadamente. “No tengo mucho”, dijo. “Tenemos a los policías yendo puerta a puerta en el vecindario de tu marido con el volante. Nadie ha reconocido a Peterson hasta ahora”.

“¿Y qué hay del carro?”, preguntó Riley.

“Los policías de Fredericksburg localizaron el carro que el chico describió. Peterson lo había robado. Fue encontrado abandonado poco después del aventón que les dio a los chicos. Una vecina al otro lado de la calle dijo que vio a un Cadillac negro salir de la entrada de la casa de tu exesposo. Probablemente fue robado también, y estamos tratando de averiguar más sobre él. Pero la vecina dijo que no vio nada de lo que sucedió”.

El corazón de Riley se colgó en todas las palabras de Meredith, esperando alguna razón para tener esperanza. No oyó mucho que la animara.

Meredith miró a Riley por un momento. Luego dijo, “No hay nada que puedas hacer aquí ahora mismo. Supongo que no puedo convencerte de que te vayas a tu casa y duermas un poco”.

Riley negó con la cabeza.

“Es muy pronto”, dijo.

Además, sabía que no sería capaz de dormir hasta que encontraran a April. Dudaba que gran parte de la UAC dormiría hasta ese momento, tampoco.

“Está bien”, dijo Meredith. “Te informaré de todo de lo que nos enteremos”.

Salió de su oficina. Riley miró el volante de nuevo. Comenzó a descomponer las palabras de Meredith. Él había dicho “*de lo que nos enteremos*”. No había dicho *si* nos enteramos de algo. Riley intentó tomar consuelo en eso. Por supuesto sabía que Meredith había elegido sus palabras con cuidado. ¿Realmente tenía la esperanza de que encontrarían a April viva?

Justo entonces oyó una voz familiar en su puerta.

“Riley”.

Se volteó y vio a Bill parado allí.

“Me enteré de lo que pasó”, dijo.

Sus ojos estaban llenos de preocupación. No mostraban ningún rastro de ira o resentimiento. Sabía que cualquier resentimiento que había habido entre ellos recientemente se había evaporado ante esta tragedia.

Riley hizo un último intento infructuoso para mantener sus emociones bajo control. Pero luego recordó que no tenía que hacerlo. Su amigo había regresado, un amigo que la entendía más que cualquier otra persona en el mundo.

Lágrimas salieron de sus ojos y se puso de pie para echarse en los brazos de Bill.

“Ay, Bill, estás aquí, estás aquí”.

Rompió a llorar incontrolablemente mientras Bill la mecía suavemente en sus brazos.

*

Bill manejaba la camioneta que habían tomado de Quántico. En el asiento del pasajero a su lado, Riley estaba cargando cuatro proyectiles de tres pulgadas en una escopeta Remington 870 calibre 12 que tenía en su regazo. Había solicitado la pistola en la UAC antes de arrancar para D.C.

“Recuerda que esa es un arma del SWAT”, dijo Bill. “Lo más probable es que estemos entrevistando a civiles por un tiempo”.

“La dejaré en el VUD por ahora”, respondió Riley.

Bill sabía que venir con ella había sido lo correcto. Su mejor amiga estaba cruda emocionalmente y necesitaba su presencia. Abandonar su asociación cuando estaba en apuros no hubiese sido lo correcto. Estaba consciente de que irse esta noche podría marcar el final de su matrimonio inestable, pero no podía dejar que Riley fuera sin él.

Ella era brillante, pero podía ser imprudente. Casi la matan la última vez que se fue sola en su caso anterior, y no dejaría que eso volviera a suceder.

“Cuéntame”, dijo Bill. “Sobre Peterson. ¿Has descubierto algo desde la última vez que lo cazamos?”.

“Está cambiando, Bill”, dijo Riley.

“¿Cómo?”.

“Es difícil de precisar exactamente”.

Tras un breve silencio, Bill irrumpió sus pensamientos de nuevo. “Riley, odio pedirte que recuerdes todo. Pero piensa en las cosas que te dijo cuándo te tuvo prisionera. ¿Algo sobresale en tu mente?”.

“Me dijo una vez, ‘Tú no eres mi tipo’”, dijo.

“Mmm, ok, no eras su tipo”, Bill reflexionó. “¿Dijo algo más?”.

“Sí, luego dijo algo como, ‘Pero me gustas de todos modos. Estás abriendo mis horizontes’”.

“¿Qué crees que quería decir con eso?”.

“Hay tantas cosas que no sabemos de él”, dijo Riley. “Nadie está seguro de cuántas mujeres ha torturado y asesinado. Las únicas de las que sabemos son las cuatro que fueron encontradas en tumbas poco profundas. Probablemente hay más por ahí que nadie ha encontrado”.

“Quizás”, dijo Bill. “Y las mujeres que encontramos eran adineradas. La primera estaba casada con un psiquiatra. La segunda era una editora de periódico. La tercera estaba casada con un constructor. La cuarta tenía un muy buen cargo en una gran empresa. Finalmente, estaba Marie, una abogada de Georgetown. Obviamente, esto comenzó como una cosa de clase. Probablemente creció pobre. Estaba resentido. Resentía especialmente a las mujeres que tenían dinero”.

Riley asintió con la cabeza, estando de acuerdo. “Lo hizo sentirse castrado”, dijo. “Así que empezó su matanza de venganza, dirigida a las mujeres que representaban todo lo que odiaba. También eran mujeres que estaban fuera del alcance de individuos de su posición social. Tal vez su primera víctima fue una mujer rica que rechazó sus avances. Probablemente había fantaseado que era una especie de

revolución individual. Así que su ira tenía un componente sexual, a pesar de que la violación nunca fue parte de su MO”.

“Has descubierto cosas que ni siquiera habíamos pensado antes”, dijo Bill. “Sigue”.

“Y llegó a ser muy bueno”, Riley continuó. “Juzgando por las fotos que tenemos de él, probablemente es el tipo de persona que puede camuflarse en cualquier parte. Y el último carro que robó fue un Cadillac. Probablemente puede hacerse pasar por rico tomando la ropa y los accesorios adecuados. Quizás socializó con las mujeres, incluso pudo haber salido en una cita o se pudo haber acostado con algunas de ellas. Lo que importaba era lo que representaban—el tipo de riqueza y privilegio que nunca pudo tener”.

Bill gruñó—el tipo de sonido que hacía cada vez que le venía una idea.

“Riley, es eso”, dijo. “No eres su tipo—no eres una profesional rica, tampoco una ama de casa de la sociedad, no el tipo de trofeo que buscaba hasta ese entonces. Pero le gustaste de todos modos. Eso lo sorprendió. Entró en cuenta que lo de la clase ya no le importaba. No era un combatiente solitario de los oprimidos. Lo hacía por puro sadismo, por el placer de infligir dolor y terror”.

“Diste en el clavo, Bill”, dijo. “No es un asesino en serie ordinario. Puede cambiar. Es flexible. Por eso ha sido tan difícil de atrapar”.

“Esperemos que eso cambie ahora”, dijo Bill.

Llegaron a su destino en ese momento—un bloque de casas adosadas desoladas. Era de noche en el vecindario desvencijado, y estaba más oscuro porque algunas de las farolas estaban apagadas. Todo lo que quedaba de la casa donde Peterson había retenido a Riley era un lote vacío. La explosión había destruido la casa donde Peterson había estado escondiéndose. Las dos casas vacías a ambos lados habían sido dañadas tan gravemente que fueron derribadas no mucho después.

Bill detuvo el VUD en la acera para estacionarse. “¿Quieres llamar a la policía de D.C.? Podrían cubrir mucho más terreno investigando personas”, dijo.

“No”, respondió Riley. “Si la búsqueda se vuelve tan obvia, se asustará y desaparecerá. Hagámoslo nosotros por un tiempo. Tenemos dos carros, así que podemos separarnos. Tú vete al este, y yo me iré al oeste”.

“Está bien”, dijo Bill. “Pero llámame si pasa algo, lo que sea”.

Observó a Riley caminar hacia el terreno vacío donde había encontrado a Peterson anteriormente. Sabía que necesitaba enfrentar sus demonios allí.

Bill siguió por la calle, decidido a encontrar alguna pista, alguna respuesta del lugar en donde Peterson tenía a la hija de Riley. Sabía que si encontraba al hombre primero, probablemente mataría al hombre él mismo.

Capítulo 18

Riley observó a Bill alejarse. Miró el VUD ansiosamente, sintiéndose renuente a dejar la Remington atrás. Pero llevar una escopeta a estas horas de la noche llamaría atención indeseada. El plan ahora era de buscar, no de destruir.

Al menos todavía no, pensó Riley.

Ahora mismo sintió la necesidad de volver a un rincón oscuro de sus recuerdos—un lugar donde ella había llegado a conocer lo poco que sabía de Peterson.

Caminó al terreno estéril. Había vuelto aquí sólo una vez desde su cautiverio y escape. Esa vez había vuelto a plena luz del día. Pero se había sentido segura que había encontrado el lugar que había estado buscando. Ahora volvió a andar en sus pasos de la misma manera. Sus instintos pronto le dijeron que estaba allí, parada en el mismo lugar.

Respiró el aire nocturno profundamente. Sí, este era el momento. No había duda. El lugar exacto donde había encontrado a Marie en ese oscuro y triste sótano de poca altura estaba justo bajo sus pies. Allí fue donde había sido capturada en el preciso momento en el que estaba liberando a Marie. Era donde había sufrido días de dolor, tortura y humillación.

Sintió rabia en todo su ser. Parecía que se filtraba desde el suelo, por sus dedos y pies, tobillos y piernas, a lo largo de su abdomen y brazos, hasta que su pecho y cabeza se sentían listos para reventar. Por un momento, la casa en sí parecía ser una presencia real a su alrededor.

Ojalá todavía estuviera aquí realmente, pensó. *Ojalá él estuviera aquí.*

Haría lo que había hecho antes con mucho gusto—golpearía al hombre hasta casi dejarlo inconsciente, abriría sus tanques de propano, lanzaría un fosforo adentro y vería a todo el lugar estallar en una explosión de fuego.

Si sólo pudiera estar su propia vida en juego de nuevo y no la de April.

Cuando se volvió hacia la calle, vio a un vagabundo que parecía estar familiarizado con esta parte de la ciudad. Detuvo al hombre y le mostró el volante.

“¿Has visto a este hombre?”, le preguntó.

El vagabundo respondió sin dudarle ni un instante.

“Sí, lo he visto varias veces. Definitivamente es el tipo en estas fotos, un tipo alto con un mentón grande. Viene aquí casi todos los días. Esta madrugada fue la más reciente. Estaba al otro lado de la calle, sentado en el encintado. Llegó caminando justo por aquí, como siempre lo hace. Se quedó parado en la acera cerca de donde estamos ahora, mirando el terreno. Luego caminó hasta donde estaba usted, señora. Siempre hace eso. Se queda parado allí mirando el suelo, tal como lo hizo usted. Siempre dice algo también, pero nunca estoy lo suficientemente cerca como para oírlo”.

Riley apenas podía contener su emoción.

“¿Viene aquí en un carro?”, preguntó.

El vagabundo se rascó la cabeza. “No que yo sepa”. Apuntó hacia el oeste. “Hoy se fue por allá. Siempre me lo quedo mirando a lo que se aleja, porque me parece extraño de alguna manera. Siempre cruza en una de las calles laterales. Tal vez estaciona un carro cerca, o tal vez no. No lo sé”.

“Gracias, muchas gracias”, balbuceó Riley. Buscó su monedero en su cartera. No era nada profesional darles dinero a testigos útiles, pero no pudo evitarlo. Le dio al hombre un billete de veinte dólares.

“Se lo agradezco mucho”, dijo. Luego se alejó con su carrito de compras.

Era todo lo que Riley podía hacer para no hiperventilar. Respiró profunda y lentamente. Realmente

estaba aquí. Tal vez estaba cerca ahora mismo. Tal vez hasta vivía cerca de aquí. Tal vez se estaba acercando a encontrar a April.

*

Después de horas de caminar, caminar y caminar, Riley todavía no había descubierto nada. Absolutamente nada. Había merodeado todas las calles hasta Georgetown, hablando con todas las personas con las que se encontraba. Algunas personas habían reconocido al hombre en el volante, y dos dijeron que lo habían visto conducir un Cadillac recientemente. Pero ninguna de las personas con las que habló pudo determinar dónde podría estar.

Esperaba que a Bill le estuviera yendo mejor dondequiera que estaba en este momento, pero lo dudaba.

Peterson me tiene vencida, pensó desesperanzadamente, volviéndose para regresar al VUD. *Estoy haciendo todo mal.*

Para empeorar las cosas, comenzó a caer una ligera llovizna. Dentro de segundos, se convirtió en una lluvia constante. Estaría completamente empapada antes de llegar al vehículo. Le alivió ver que un bar que quedaba más adelante todavía estaba abierto. Entró y se sentó en un taburete.

Mientras que el camarero estaba ocupado atendiendo a otro cliente, Riley se preguntaba que debía pedir. Las bebidas alcohólicas estaban fuera de discusión. Había dejado de beber totalmente después de esa llamada borracha a Bill que casi había destruido su relación. Ahora no era el momento de comenzar a hacerlo de nuevo.

¿O sí lo era?

Los ojos de Riley analizaron las filas de botellas contra el espejo detrás del bar. Su mirada cayó sobre las botellas de bourbon, especialmente las marcas con un volumen de alcohol de 50. Le fue tan, tan fácil imaginar la sensación áspera, ardiente y reconfortante de tragarse un trago. También fue fácil imaginar tragarse otro, y otro, y otro...

Y, ¿por qué no, después de todo? Había hecho todo lo que estaba en sus manos. La situación era descorazonadora, al menos por ahora. Un poco de whisky era justo lo que necesitaba para relajarse, para darle a sus nervios destrozados algún alivio.

El camarero musculoso caminó hacia ella.

“¿Qué desea, señora?”, preguntó.

Riley no respondió.

“Señora, el último pedido es en cinco minutos”, dijo.

Lo pensó. En cinco minutos podía tomar un montón de whisky. Aun así, estaba luchando con la idea. April estaba en las garras de un monstruo. ¿Qué estaba haciendo, siquiera *pensando* en tomarse un trago?

Un hombre alto, de aspecto tosco se apoyó en el bar junto a ella. No le gustaba que estuviera tan cerca de ella.

“Vamos, chica”, dijo. “¿Qué vas a pedir? Yo pago”.

Riley apretó su mandíbula. Lo último que necesitaba ahora era que un tipo se le estuviera insinuando.

“No bebo”, dijo en una voz tensa.

Le alivió escuchar sus propias palabras. Ya lo había dicho, y se sentía a gusto con su decisión.

El hombre se echó a reír. “No lo rechaces aún si no lo has probado”, dijo.

Riley sonrió con un poco de suficiencia. ¿Quién se creía que era este tipo? ¿Realmente pensaba que jamás se había tomado un trago? Tal vez en la luz tenue de este lugar no podía ver la edad que tenía. O tal vez estaba demasiado borracho para ver claramente.

“Dame una soda”, le dijo Riley al camarero.

“No, nada de eso”, dijo el hombre a su lado. “Sé exactamente la bebida que te gustaría”. Mirando al

camarero, dijo, “Clyde, prepárale a esta chica un daiquiri de fresa. Ponlo en mi cuenta”.

“Tráeme una soda”, insistió Riley con seriedad.

El camarero se encogió de hombros. “La señora dice que una soda”, dijo. Abrió el refrigerador de acero inoxidable, sacó una botella y la abrió.

“Como quieras, perra”, dijo el hombre.

Los nervios de Riley se pusieron de punta.

“¿Qué dijiste?”, preguntó.

Pero el hombre ya estaba caminado hacia la puerta. Llamó a un amigo que estaba sentado solo en una mesa.

“Vamos, Red. Ya es la hora de cierre”.

El amigo se puso de pie y los dos hombres salieron del bar.

Luchando para controlar su ira, Riley pagó por la soda. La bebió directamente de la botella. Colocó unas monedas en el bar para las propinas.

“Gracias”, le dijo al barman. El lugar ya estaba vacío y ella fue la última en salir. Le alivió ver que había dejado de llover. La noche todavía era húmeda y oscura, y probablemente llovería de nuevo pronto.

A lo que la puerta del bar cerró detrás de ella, sintió una mano fuerte agarrar su brazo, y escuchó esa voz fea y familiar.

“Hola, chica”.

Riley se volteó para enfrentar al hombre malicioso. Podía sentir la ira creciendo dentro de ella.

“Perdón por esa pequeña pelea que tuvimos allí”, dijo. “¿Hacemos las paces? Luego vemos qué sucede”.

Riley retrocedió, pero otro brazo agarró su cuello por detrás. El amigo del hombre también había estado esperando.

“No hagas un escándalo y no te lastimaremos demasiado”, dijo el hombre detrás de ella.

La rabia de Riley estalló por todo su cuerpo. Era una furia plena—furia contra los asesinos, secuestradores y tipos como estos que pensaban que podían tomar lo que querían.

Clavó su codo fuertemente en el plexo solar del hombre detrás de ella, y su rodilla fue directamente a la entrepierna del otro tipo. Ambos hombres se doblaron de dolor. Sacó su Glock y la agitó. Pero no quería dispararles. Quería golpearlos hasta más no poder, al igual que había hecho con Peterson cuando había escapado de él.

Agitó la pistola en la cara del primer hombre que la había acosado. Luego se dio la vuelta rápidamente y golpeó la cara del otro hombre con su palma proximal. Sintió y oyó como se rompió el puente de su nariz.

Después de eso, todo le vino automáticamente, una secuencia profundamente satisfactoria de patadas, golpes y giros. Cuando se detuvo, ambos hombres yacían en la acera, gimiendo de dolor.

Riley, incapaz de frenar su rabia y su deseo de venganza, se agachó y puso la Glock en la cabeza del primer hombre. Retiró el seguro con un solo clic.

El hombre levantó la mirada, sus ojos llenos de terror, y repentinamente se hizo pis en sus pantalones.

“Por favor”, rogó. “No me mates”.

Era patético.

Riley sabía que lo que estaba haciendo era ilegal, apuntando su pistola a un civil desarmado; sabía que era inmoral, también, a pesar de lo que él había hecho. Estaba sobrepasándose.

Sin embargo, no podía detenerse. Mientras seguía arrodillada allí, sentía su mano temblando de rabia, y por un momento sintió que realmente podría matarlo. Intentó detenerse, pero había una batalla épica en su interior. Habían habido demasiados demonios y muy pocas salidas.

Finalmente, Riley puso su Glock en su funda, sintiendo su furia desvanecerse. ¿Debía arrestar a estos tipos? No, le tomaría demasiado tiempo y tenía cosas más importantes por hacer.

“Si alguna vez vuelvo a ver tu cara”, susurró, “te mataré”.

Se puso de pie y los hombres se levantaron y se fueron cojeando, sin mirar atrás.

Capítulo 19

Riley estaba agachada en la oscuridad nuevamente. Podía oler el moho del sótano de poca altura, sentir la tierra debajo de ella. Pero esta vez estaba preparada. Estaba sosteniendo la Remington firmemente. Estaba cargada y no tenía el seguro.

“Muéstrate, hijo de puta”, añadió.

Estaba tan oscuro que no podía ver nada, ni siquiera su arma. Pero el segundo en el que vio la luz de esa llama, pretendía hacer explotar a Peterson.

Pero entonces oyó la risita familiar.

“No piensas que te la pondré así de fácil, ¿cierto?”.

Apuntó la pistola rápidamente en la dirección de la voz. Pero de repente el sonido vino de una dirección diferente.

“¿Verdad que soy difícil de ver sin mi antorcha?”.

Apuntó el arma en la nueva dirección, pero ahora la voz vino de directamente detrás de ella.

“Ríndete”, dijo. “Estoy mejorando en esto”.

La voz estaba justo a su lado ahora.

“Y la estoy pasando muy bien”.

Ahora se movió a su izquierda.

“Nunca llegarás a ella a tiempo”.

Levantó la pistola y disparó.

El sonido de la voz de Bill despertó a Riley.

“Aquí tienes algo para comer”.

Abrió los ojos, temblando por su pesadilla. Se encontró acostada en la parte trasera del VUD. Bill estaba sentado en el asiento del conductor con una bolsa de papel y dos tazas de café humeantes.

Riley ahora lo recordaba—la búsqueda larga e inútil, las preguntas que no llegaron a nada, y la pelea afuera del bar. Había vuelto al VUD para acostarse. Sólo había querido tomar una siesta corta.

“¿Qué hora es?”, preguntó.

“Casi las cuatro”, dijo Bill.

Riley se sentó y vio que el VUD estaba en un pequeño estacionamiento.

“¿Por qué me dejaste dormir?”.

Bill rebuscó en los contenidos de la bolsa.

“No había nadie más con quien hablar—al menos nadie sobrio. De todos modos, parecía que habías tenido suficiente actividad para una noche. Yo también dormí un poco. Cuando me desperté, conduje a esta pequeña tienda que investigué anoche. Siempre está abierta”.

Le entregó una taza de café y un sándwich envuelto.

“Gracias”, dijo Riley, agradecida de que no le estuviera haciendo preguntas. No quería hablar sobre su tentación de tomarse un trago, ni de la paliza que le había dado a esos dos tipos. Desenvolvió el sándwich. Era de huevo y salchicha y lo mordió con impaciencia. Tenía mucha hambre.

“Tengo buenas noticias”, dijo Bill. “El cajero de la cafetería no es el mismo que estaba la primera vez que fui. El nuevo chico me dijo que ha visto a Peterson. Piensa que trabaja en un supermercado del vecindario cerca de aquí”.

Riley tomó un último trago de café.

“¿Qué estamos esperando?”.

Riley entró en la tienda para utilizar el baño. Cuando salió, ella y Bill caminaron las pocas cuadras al pequeño supermercado. Parecía un negocio familiar. Las luces estaban prendidas, pero el corazón de Riley se hundió al ver que la tienda abría a las nueve. Luego miró a través del panel de vidrio con malla metálica en la puerta y vio movimiento adentro. Alguien estaba doblado sobre una caja, sacando cosas.

Riley tocó duro en la puerta. Una mujer pequeña y de piel oscura se puso de pie y la miró con furia, luego continuó poniendo mercancía sobre una estantería. Probablemente era el dueño reabasteciendo los anaqueles fuera del horario de trabajo. Riley golpeó en la puerta otra vez, colocando su placa en la ventana. La mujer se acercó a la puerta y miró la identificación.

“FBI”, gritó Riley. “Abre la puerta”.

La mujer abrió la puerta, contempló a Bill y a Riley por un momento y finalmente los dejó entrar.

“¿Qué puedo hacer por ustedes?”, preguntó en un acento asiático, cerrando la puerta tras ellos.

“Soy la Agente Especial Riley Paige, y este es mi compañero, el Agente Especial Bill Jeffreys. Estamos buscando un sospechoso de asesinato”.

Bill le mostró el volante.

“¿Ha visto a este hombre?”, preguntó.

“Se parece a...”, comenzó, observando las fotos. Miró a Riley. “Creo que podría ser el hombre que dejó de trabajar aquí hace un par de semanas. Pero, ¿por qué lo están buscando?”.

“Es buscado por secuestro y homicidio”, dijo Riley.

La mujer se veía conmovida. “Siempre se portó muy bien aquí”, dijo, sonriendo como si estuviera recordando algo. “Podía ser bastante encantador”.

Bill le advirtió, “Este hombre es muy peligroso. Nunca deje que se le acerque de nuevo”.

La mujer se puso más seria. Señaló la foto policial. “Pero este no era su nombre. Era Bruce. Déjame ver...”.

Guio a Bill y a Riley al mostrador y buscó una información en su computadora. “Sí, era Bruce Staunton”.

La mujer miró a Riley y a Bill ansiosamente.

“¿Y dicen que él es un sospechoso de asesinato?”.

“Me temo que sí”, dijo Riley. “Necesitamos que nos cuente cualquier cosa que podría ayudarnos a encontrarlo. ¿Tiene su dirección?”.

La mujer miró nuevamente a la pantalla de su computadora.

“Sí, pero no es la actual. Él solía vivir cerca de aquí. Dijo que se acababa de mudar, y que quería trabajar más cerca de su casa. Por eso es que renunció”.

Riley sofocó un gemido de decepción.

“¿Dejó algún tipo de dirección de destino?”, preguntó.

“¿O el lugar en que podría ir a trabajar después?”, preguntó Bill.

“No, pero dijo que era en el noreste. Dijo que planeaba estar cerca del río”.

Riley sabía que Washington, D.C. estaba dividido en cuatro cuadrantes geográficos. Ahora estaban en el noroeste, así que el distrito noreste del que hablaba la mujer estaría directamente al este desde aquí. Pero era un área grande.

“¿Qué río?”, preguntó Bill.

“El Anacostia. Nunca he estado allí pero sé que queda en ese distrito”.

La mujer buscó un mapa en su computadora.

“Allí”, dijo, señalando el lugar donde pensaba que el sospechoso podría estar. “Por lo que dijo, supongo que ese es el sitio al que iba. En algún lugar por allí, en el noroeste y al otro lado del río”.

Riley le dio las gracias a la mujer, que abrió la puerta y los dejó salir.

“Quizás esté equivocada”, dijo la mujer. “Quizás no era el hombre de la foto”.

“Sí era él, definitivamente”, dijo Bill. “No lo deje entrar si regresa. Llame a la policía”.

La mujer negó con la cabeza y cerró la puerta de nuevo.

Riley ya estaba caminando de regreso al lugar en donde habían estacionado el carro. Bill la alcanzó y le dijo, “Voy a investigar ese nombre a ver si sale algo”.

Cuando llegaron al VUD, Riley se metió en el asiento del conductor mientras Bill pasó unos momentos conectándose a la UAC. Pronto miró a Riley con una expresión sorprendida.

“Un hombre llamado Bruce Staunton cambió su dirección postal recientemente”, dijo Bill.

“¿Dónde queda la nueva?”.

Después de unos segundos más, Bill le dijo, “Queda justo en la zona de la que nos habló la mujer del supermercado”.

“Entonces vamos”. Riley encendió el carro.

“No tan rápido”, dijo Bill. “Algo no está bien aquí. Esto fue demasiado fácil. Peterson es un tipo inteligente. Tenía que saber que vendríamos a preguntar por él. Aun así, ¿le dijo a su empleador a donde se mudaría, e incluso cambió su dirección postal para que pudiéramos encontrarla? ¿Qué se supone que debemos hacer con eso?”.

Riley no respondió. Sólo puso el VUD en reversa y salió del puesto de estacionamiento y en dirección a la carretera.

“Tú diriges, yo conduzco”.

Bill tenía razón, y ella lo sabía. Peterson le había esta información a la mujer por una de dos razones. O estaba tratando de despistarla, o le estaba tendiendo una trampa.

Riley tenía la esperanza de que le estuviera tendiendo una trampa. Estaría más que preparada para él.

Capítulo 20

“*Gire a la izquierda en cincuenta pies*”, dijo la voz femenina del GPS.

Cuando Bill encendió su intermitente, Riley se sintió extrañamente consolada por la voz. El saber que alguien sabía hacia donde iban aliviaba su pavor sólo un poco.

Trató de descubrir el camino con un mapa antes de empezar a conducir. Normalmente era muy buena con los mapas, pero su mente siguió llenándose con imágenes terribles de April en cautiverio y de Peterson torturándola con una antorcha de propano. No podía pensar con claridad, no podía descifrar una ruta factible. Bill había insistido en usar el GPS y ahora la voz amigable se estaba encargando de las cosas.

Pronto después de cruzar, el VUD pasó un puente sobre el río. Ahora estaban en el noroeste.

“Estamos cerca”, dijo Bill.

¿*Pero cerca de qué?*, se preguntó Riley.

Todavía estaba muy oscuro afuera, y la lluvia ahora era pesada y constante. No tenía idea de cómo tenía a April, pero sabía que rescatarla no iba a ser fácil. Se preguntó una vez más si deberían llamar un equipo SWAT. Todavía no sabían si la dirección que habían encontrado para el supuesto Bruce Staunton era correcta. Además, si lo era, era mejor que un pequeño ejército no atacara el lugar. Podría ser la forma más segura de que matara a April.

Si ya no estaba muerta.

Ese pensamiento era insoportable. Riley tenía que sacarlo de su mente. No podía ser cierto. No dejaría que fuera cierto.

“*Gire a la derecha. Ha llegado a su destino*”.

“Maldición”, murmuró Bill.

Riley compartió su desaliento. No era una casa, sino una tienda que estaba abierta toda la noche. Su luz interior evidente chocaba con la oscuridad lluviosa. Bill estacionó el VUD. Ambos se bajaron del vehículo y abrieron sus paraguas.

“No creo que sea un completo fracaso”, dijo Riley. “Es poco probable que haya dado esta dirección al azar si no hubiera pasado tiempo en la zona. No está aquí, estoy segura de eso. Pero también creo que ha estado aquí. Creo que está en la zona. Le gusta provocar, después de todo. Le gusta hacernos saber que no nos tiene miedo, y que es más inteligente que nosotros. Así que daría una dirección que no es donde vive, pero que queda cerca de su casa”.

Bill suspiró.

“Al menos está abierta”, dijo Bill. “Entremos y hagamos preguntas”.

“Adelántate”, dijo Riley. “Quiero echar un vistazo”.

“Está bien”, dijo Bill. Entró en la tienda.

Riley estaba parada en el estacionamiento, inspeccionando la zona. Vio que habían llegado a un vecindario familiar de clase media, con pequeñas casas agrupadas. El otro lado de la calle estaba compuesto de casas adosadas. Un par de casas estaban alumbradas, incluso a esta hora. Riley supuso que los viajeros se preparaban para conducir al trabajo.

¿Dónde y cómo podría Peterson estar reteniendo a April en una zona tan densamente poblada? ¿Un vecindario donde era probable que todo el mundo se conociera?

Esto no está bien, pensó.

Aun así, todos sus instintos le dijeron que Peterson no los había engañado—no por completo. Tal vez sólo fue una ilusión, pero Riley estaba segura de que Peterson le había tendido una trampa y que se estaba acercando más y más a encontrarla. Después de todo, una parte de él quería enfrentarla.

Bill salió de la tienda, chapoteando por los charcos de lluvia mientras se acercaba a Riley.

“El hombre piensa que reconoce su cara”, dijo. “Piensa que lo ha visto en una obra cerca del río”.

Riley se sintió animada.

“Vamos a echarle un ojo”.

Ella y Bill se subieron al VUD.

“El tipo dijo que esta calle te lleva allí”, agregó Bill.

Se agudizó el estado de alerta de Riley en el camino. La zona parecía más prometedora y menos poblada. Debería ser fácil encontrar una casa abandonada—algún lugar aislado, donde nadie pudiera oír los gritos desesperados de ayuda de una mujer.

Cuando llegaron a la alambrada que rodeaba la obra, Riley dijo: “Detente aquí”.

Bill detuvo el carro y se bajaron, abriendo sus paraguas. Un gran cartel en la cerca anunciaba la construcción de un nuevo complejo de apartamentos. Solamente había unas pocas casas habitadas cerca. La zona recordaba a Riley de la vivienda donde había sido prisionera. Sintió sus latidos acelerarse.

“Creo que estamos cerca,” le dijo a Bill. “Mira lo aislado que es”.

Bill negó con la cabeza. “No lo sé, Riley. Parece que es así de noche, pero mira todos estos equipos. Este terreno está lleno de obreros durante el día. ¿Puedes ver dónde podría estar escondido Peterson?”.

Riley miró sus alrededores. Esta parte de la obra estaba alumbrada, pero no podía ver a nadie en ningún lado.

“Debe haber un vigilante nocturno por aquí”, dijo Bill. “Tal vez pueda decirnos algo. Vamos al otro lado de la obra. Quizás lo encontremos allí”.

Luego Riley escuchó lo que sonaba como voces de niños. Era un sonido alarmante a esta hora, en la oscuridad y con la lluvia. Se volvió y vio a un grupo de chicos parados bajo un toldo cerca de la obra.

“Adelántate”, le dijo a Bill. “Voy a hablar con esos niños”.

Bill se alejó, y Riley se acercó al grupo de adolescentes. Había siete de ellos, era un grupo mixto de chicas y chicos blancos y negros. Estaban esforzándose para verse como gánsteres y matones, con la vestimenta apropiada y fumando cigarrillos. También detectó un olorcillo a marihuana.

Riley sacó el volante con las fotos de Peterson de su cartera. Se la enseñó a los chicos mientras se acercaba.

“¿Alguno de ustedes ha visto a este hombre?”, preguntó.

Uno de los chicos se acercó a ella. Parecía el mayor y parecía creerse el líder del grupo. Riley vio que le dio una señal silenciosa al chico más grande, que comenzó a moverse a su alrededor. Sabía que tenía que tener cuidado.

“¿Qué eres, una policía?”, preguntó el mayor.

Riley sacó su placa.

“Justo lo que pensaba”, dijo el chico con una mueca. “¿Qué te hace pensar que vamos a hablar con policías?”.

“Una chica inocente está desaparecida”, dijo Riley. “Está siendo retenida cerca de aquí por un psicópata. Probablemente está siendo torturada. La matará pronto si no la encuentro”.

Acercó la foto más al chico que se le había acercado.

“¿Lo has visto?”, preguntó.

El muchacho hizo otra mueca. “Si es así, ¿por qué te lo diría?”.

“Mejor no le hagas eso, Mayshon”, dijo una joven negra. “Probablemente no está aquí sola”.

El muchacho se rio amargamente.

“¿Y?”, dijo. “No hemos hecho nada malo”.

Riley notó que el chico asintió con la cabeza un poco, y sabía que era una señal para que el chico más grande que ya estaba detrás de ella se acercara.

Riley se dio la vuelta y cogió al chico más grande por la muñeca cuando levantó un cuchillo. Colocó su brazo en una llave y lo torció bruscamente al colocarlo detrás de su espalda. Sabía que podría rompérselo fácilmente.

Y a pesar de lo mucho que podía haberla lastimado, no quería lastimarlo a él. Era grande y fuerte, pero todavía era un chico.

Bajó el cuchillo y gimió en agonía, retorciéndose, incapaz de soltarse.

Los otros chicos se quedaron allí con los ojos abiertos mirando fijamente con pánico y sorpresa.

“¡No iba a hacer nada!”, gritó el chico grande. “¡No rompas mi brazo!”.

Riley estaba furiosa. Se imaginó lo que este muchacho podría haberle hecho a alguien no tan capaz como ella.

“Podría enviarte a la cárcel por eso”, le dijo en el oído. “Por mucho, mucho tiempo”.

El chico gimió, mientras que los otros chicos se movieron incómodamente. Algunos de ellos se voltearon y salieron corriendo.

“¡Lo siento, señora!”, gimió. “Nunca lo haré de nuevo”.

Riley finalmente suspiró fuertemente y soltó al chico. Tenía que recordarse a sí misma que este no era el enemigo que estaba persiguiendo y que a veces la misericordia es el regalo más grande que podría darle a alguien. Tenía que darla mientras pudiera; no sabía si le quedaría ni un atisbo para el hombre que había secuestrado a su hija.

Tan pronto como lo soltó, se volvió y corrió, y Riley se agachó y recogió su cuchillo. Miró fijamente al líder, el único chico que quedaba, que se veía demasiado aterrado como para correr.

“Salte de mi vista”, dijo Riley.

El chico se fue corriendo.

Cuando Riley vio que ya estaban lejos, dobló el cuchillo y lo guardó en su bolsillo. Escuchó un ruido y se sorprendió al ver que la chica que había hablado se había quedado atrás. Salió de las sombras y miró fijamente a Riley con una expresión de asombro.

“Eso fue genial”, dijo. “Nunca he visto a una señora hacer algo así. No les hagas caso, sólo son unos pendejos. ¿Quién es esta chica de la que hablabas?”.

“Ella es mi hija”, dijo Riley. “Tiene catorce años”.

Riley notó que sus palabras la habían afectado. Supuso que esta chica tenía casi la misma edad que April.

“Yo he visto al hombre de las fotos”, dijo. “Creo que vive cerca de aquí. Por allá, más allá de todo este material de construcción, casi en el río. No queda lejos. Es una casa pequeña, la única de esos lados. La última vez que lo vi estaba conduciendo un Cadillac grande”.

Los latidos de Riley se aceleraron. Comenzó a caminar en esa dirección.

“Vamos”, le dijo a la chica. “Muéstrame”.

Pero la chica se quedó atrás.

“No”, dijo la chica. “Hasta aquí llego yo. La última vez que me acerqué a ese lugar, me sacó una pistola”.

Sin otra palabra, empezó a trotar hacia la marquesina. Se detuvo a mitad de camino y se volvió hacia Riley.

“Es tremendo hijo de puta”, gritó.

“Lo sé”, se susurró Riley a sí misma.

Regresó al VUD para buscar una linterna. También quería buscar la Remington. Estaba bastante segura de que iba a necesitarla.

Capítulo 21

Quizás ni tenga que matarme, pensó April. Tal vez me moriré de todos modos.

Había una oscuridad total debajo de la terraza de madera. La lluvia estaba golpeando el piso por encima de ella y goteando entre las grietas. Había estado lloviendo de a ratos por horas, y el suelo debajo de ella ya se había vuelto lodo. Aunque era una cálida noche de agosto, estaba completamente empapada y eso la hizo tener escalofríos. Y estaba muy hambrienta y sedienta.

Después de que se había hecho de noche, Peterson se había deslizado debajo de la terraza con ella varias veces, sosteniendo un plato de comida mientras agitaba la antorcha del propano encendida para que no lo tomara. Se rio entre dientes cruelmente en sus intentos desesperados de agarrar la comida con sus dos muñecas atadas.

Así que ahora sabía que este era exactamente el tipo de tortura que Mamá había soportado en sus manos. Pero Mamá había escapado. ¿Podría ella hacerlo también?

Al menos la lluvia lo estaba manteniendo alejado por ahora. Había estado en la casa por un tiempo y no había oído ni un sonido. Tal vez estaba dormido. Tal vez ahora sería su oportunidad de escapar.

Sus manos y pues estaban adormecidos nuevamente de estar atados por las restricciones de plástico. Como lo había hecho muchas veces, rotó y torció sus tobillos y muñecas para que circulara la sangre. Después de un momento de hormigueo agudo y helado, logró tener cierta sensación de nuevo.

Rodó por el lodo hacia el enrejado que él siempre abría y cerraba. No podía ver en la oscuridad, pero sabía exactamente donde estaba, en una esquina de la terraza, lejos de la casa.

Empujó el enrejado con sus pies. No sirvió para nada. Era demasiado sólido en ese lugar. Peterson debía abrir y cerrar ganchos o pernos cuando entraba y salía. No podría abrirlos desde adentro, no con sus manos atadas.

Aún sin poder ver nada en absoluto, se acercó de nuevo a la casa hasta que chocó contra los cimientos de bloques. Pensó que el enrejado pudiera estar más débil donde hacía tope con la casa. Tocó sus bordes, averiguando exactamente donde estaba clavado a un poste de madera grueso junto a la casa. Luego se estiró y empujó contra la esquina superior con sus pies.

Jadeó cuando sintió que el enrejado se movió un poco. ¡Estaba más suelto aquí!

Empujó de nuevo. No se movió mucho, pero oyó el sonido agudo y ruidoso de madera agrietándose. Se congeló de miedo. ¿Podría Peterson oírla en la casa? ¿Cómo *no* podría oírla? En su estado agotado y temeroso, el ruido le parecía casi ensordecedor.

¿Qué haría si la escuchara y la encontrara tratando de escapar? Lo que fuese no podía ser mucho peor de lo que planeaba hacer con ella de todos modos.

Se quedó quieta y escuchó. No oyó pasos. Tal vez no la había oído.

Aun así, tenía que hacer esto de una manera aún más silenciosa. Presionó contra ese rincón con la parte plana de sus muñecas lenta y cuidadosamente, con la esperanza de expulsar los clavos poco a poco. Sintió un pequeño movimiento con cada empuje. Luego un clavo se aflojó por completo.

Siguió empujando y aflojando los clavos restantes poco a poco. Hicieron chirridos alarmantes con cada empuje. Simplemente no había manera que hacerlo silenciosamente.

Por último, con un sonido crepitante, toda la sección cuadrada del enrejado cedió y cayó al suelo. Podía salirse ahora—sólo si Peterson no había escuchado ese último estallido de ruido. Pero, ¿a dónde se iría ahora, y cómo?

Arrastrándose por el lodo como una oruga, agrupando sus rodillas y manos y extendiéndose una y otra vez, finalmente logró salir. Se las arregló para pasar por ese pedazo de enrejado sin lastimarse con los

clavos. De ahí, su rostro se frotaba con el suelo con cada movimiento, raspándose contra hierba fangosa. Supuso que su cara estaba sangrando— y sus muñecas y tobillos también. Pero no había nada que podía hacer al respecto.

Cuando logró salir completamente de la terraza, se sentó y miró a su alrededor. Todavía estaba lloviendo muy duro. Una sola luz que brillaba desde una ventana reflejaba en el acabado cromado de un carro grande y oscuro, estacionado a unos quince pies de distancia. En el patio más cercano a ella había sólo unos pocos arbustos cubiertos de maleza. Podía distinguir las formas oscuras de algunos árboles que estaban más lejos, pero no veía nada más allá de los árboles—ni farolas, ni ventanas iluminadas. No había rastro de tráfico en ninguna dirección.

Un sollozo subió por la garganta de April. Estaba sola, y no tenía idea donde se encontraba el ser humano más cercano. Apretó los dientes y luchó contra un gemido. Pensó en su madre y trató de imaginar lo que haría, pero su imaginación no podía encontrar respuestas fáciles.

Pero su mamá no se daría por vencida. Era lo único que sabía con certeza. Su madre nunca se rendía ante los problemas. De hecho, llegó a su mente el pensamiento que su madre nunca se había dado por vencida con *ella*.

April sabía que tenía que hacer su camino lo suficientemente lejos para encontrar a alguien que la ayudara. Alguien que pudiera llamar a su madre, que llegaría con un equipo SWAT para destruir al monstruo en la casa y liberar a April. Por un momento se imaginó la llamarada de muchas armas disparando y resolviendo la situación de una vez por todas.

Pero no había ningún equipo SWAT a mano y tenía que seguir moviéndose. No importaba donde, sólo importaba que se alejara de la casa y de Peterson.

Decidió que era más fácil, más rápido y menos doloroso rodar que agruparse y estirarse una y otra vez. Se acostó y comenzó a rodar.

Pero en ese momento, una luz brillante irrumpió la oscuridad. Se congeló en su lugar y vio que se había encendido la luz del frente de la casa. La puerta se abrió y Peterson salió. El corazón de April estaba latiendo con fuerza.

Me oyó, pensó. Pero el hombre no estaba mirando a su alrededor como si estuviera buscándola.

Se aplanó en el suelo, tratando de hacerse invisible. Pero, ¿cómo no podría verla, así al aire libre? Había sólo unos pocos arbustos que podían cubrirla para que no la viera.

Aun así, la noche era muy oscura, y todavía estaba lloviendo. Apenas respiró cuando Peterson bajó los escalones delanteros.

Para sorpresa suya, la pasó por completo, apenas a tres pies de distancia. Se metió en el carro, encendió los faros y el motor. Por un momento, April se atrevió a tener esperanza. Si se iba conduciendo, le podría dar tiempo para escapar.

Pero luego abrió la puerta del carro de nuevo y se bajó. Cerró la puerta. April se atragantó de miedo. Tal vez la había visto después de todo. No, se dirigió de nuevo a la casa. Al parecer había olvidado algo.

April se puso a pensar en un nuevo plan de escape. Peterson había dejado el carro encendido.

¡Si tan sólo pudiera robarse el carro e irse conduciendo! Pero, ¿cómo podría hacerlo? Estaba atada de brazos y pies.

Aun así, tenía que intentarlo. Rodó una y otra vez hasta que llegó al carro. Luego se puso de pie y abrió la puerta del conductor. Luchó para meterse en el asiento y se sentó, mirando por el parabrisas lleno de lluvia. De repente esto le pareció una idea completamente loca. No sólo estaba atada, pero jamás había conducido un carro en su vida. Ni siquiera sabía cómo activar el limpiaparabrisas.

Pero no tenía otra opción. Peterson seguramente volvería en cualquier segundo. No era totalmente ignorante respecto a los carros.

“Puedes hacerlo”, dijo en voz alta.

Se las arregló para liberar el freno de mano y luego poner el carro en marcha. Para su alarma, se movió hacia adelante enseguida. Accionó el freno con sus dos pies atados y el carro se detuvo con un sonido discordante.

¿Cómo voy a hacer esto?, se preguntó.

Puso sus manos atadas en el volante, con la esperanza de que pudiera ver lo suficientemente bien como para evitar obstáculos. Luego quitó sus pies del freno y accionó el acelerador. El carro avanzó y siguió avanzando.

Bajo la lluvia, podía ver la forma de los árboles que se acercaban. Conduciendo frenéticamente, se las arregló para evitarlos. No tenía ni idea hacia donde se estaba dirigiendo.

En unos segundos, pasó los árboles y estaba atravesando un campo abierto. Siguió presionando el acelerador para mantener el carro en movimiento.

En un bache irregular, la puerta del conductor se abrió velozmente. No la había cerrado bien, pero ciertamente no se acercaría para cerrarla de nuevo. No tenía puesto el cinturón de seguridad y estaba en peligro de ser lanzada del vehículo mientras atravesaba este terreno irregular.

Un rebote la hizo empujar el acelerador demasiado fuerte, y el carro saltó hacia adelante. Por un momento, el vehículo parecía estar en el aire. Luego golpeó el suelo otra vez y siguió. Vio un gran árbol que venía por los faros, pero ya no le daba tiempo de pisar el freno. Cuando el carro chocó contra el árbol, una bolsa de aire estalló delante de ella, amortiguándola de la colisión.

April se sintió aturdida por un momento, y probó sangre en sus labios. Se percató que el motor del carro no estaba encendido y que estaba saliendo humo del capó. Un faro todavía estaba brillando. Se cayó al bajarse del carro, rodó por una ladera cubierta de maleza y chapoteó en aguas poco profundas. Se las arregló para sentarse y mirar a su alrededor.

En el resplandor del faro, vio que estaba en el borde de un río. Bajo la lluvia, podía ver unas luces en la orilla opuesta vagamente. No parecía estar demasiado lejos, ¿pero qué tan profunda era el agua?

*

¡Maldita niña!, pensó Peterson mientras se tambaleaba bajo la lluvia. Tenía su linterna en una mano y su pistola en la otra.

La linterna había causado el problema. Hace pocos momentos, se había montado en el carro y estaba listo para irse. Había pensado que ya era hora para abandonar este vehículo en algún lugar y robar otro. Probablemente algo menos llamativo. Una noche de lluvia como esta era perfecta para hacer ambas cosas sin llamar la atención.

Y además, la chica estaba completamente desamparada, reducida a un charco húmedo de miedo debajo de la terraza.

Pero justo antes de haber puesto el coche en marcha, había recordado que necesitaba una linterna. Había abierto la guantera y había visto que no la había dejado allí. Todavía estaba en la casa. Se había maldecido a sí mismo por completo. Le gustaba pensar que era más organizado.

Se había apresurado hacia la casa, aún despreocupado, y tampoco tenía prisa, o eso había pensado. Cuando había encontrado la linterna, la había encendido y se había dado cuenta de que las baterías se habían agotado. Tuvo que rebuscar por un cajón de la cocina para encontrar nuevas baterías, y apenas las había puesto en su lugar cuando oyó el carro alejarse.

Había salido de la casa justo a tiempo para ver el coche zigzagueando entre los árboles cercanos y desaparecer completamente en la oscuridad.

Casi no pudo creer lo que había sucedido. Brillando la luz alrededor de la terraza posterior, había visto que un trozo de enrejado estaba roto y tirado en el lodo. Fue entonces cuando se había dado cuenta que la niña se había salido y se había llevado su carro.

Muy parecida a su madre, pensó. Demasiado parecida a su madre.

¿Pero se había soltado de sus ataduras de plástico? Si era así, ¿sabía cómo conducir? Estaba seguro que era demasiado joven para tener una licencia, pero tal vez había estado aprendiendo. Si es así, podría haberse ido a cualquier lugar.

Pero a lo que siguió el camino de huellas de neumático fangosas, lo dudó. Su conducción había sido muy errática, como si no hubiera tenido ningún control real sobre el vehículo. No, aunque supiera cómo conducir, todavía estaba atada. No podría haberse ido muy lejos. Debió haber estrellado el carro con bastante rapidez. Todo lo que tenía que hacer era seguir el rastro. La alcanzaría pronto.

Estaba enojado y frustrado. Ella había echado a perder todo. Su madre probablemente lo estaba persiguiendo ahora y podría llegar pronto. Había estado contando con eso. Tenía la esperanza de hacer que la muerte de la niña fuera dolorosa y dramática, un castigo apropiado para la mujer que lo había frustrado. Estaría tan llena de terror y de culpa que le pediría que la matara también. Y sería un placer para él hacerlo.

Pero ahora todo se había vuelto descuidado y caótico. Simplemente odiaba eso.

Cuando vio el carro chocado, sólo esperó que la niña no hubiera muerto en el accidente. Puso el dedo en el gatillo de su pistola, teniendo ganas de usarla.

No más juegos, decidió. Es hora de matarla.

Capítulo 22

Parada afuera del VUD, Riley sacó la escopeta Remington 870 de calibre 12 de su funda y la colocó sobre su hombro. El peso de la Remington se sentía bien. Luego sacó su Glock, la revisó y la colocó en su funda de nuevo. Cogió una linterna y la colocó en el bolsillo de su chaqueta. Aquí la calle estaba bien iluminada, pero podría necesitarla pronto.

Aunque todavía estaba lloviendo, lanzó su paraguas cerrado dentro del vehículo. Quería tener ambas manos libres para lo que iba a suceder ahora. No le importaba mojarse.

Estoy lista, pensó, apretando los dientes y cerrando la puerta del VUD con fuerza.

Miró a su alrededor, pero no vio a Bill por ningún lado. Se había ido al otro lado de la obra con la esperanza de encontrarse con un vigilante nocturno. No podía esperar a nada ni a nadie ahora, pero tenía que hacerle saber lo que estaba sucediendo.

Sacó su celular y escribió un mensaje de texto.

“Sé dónde está. Al oeste de la obra. Date prisa”.

Luego se preguntó qué tan rápido podría alcanzarla. Quizás ni leería su mensaje de inmediato si estaba hablando con un vigilante. Escribió otro texto.

“Casa aislada cerca de río”.

Caminó rápidamente bajo la lluvia y pronto pasó el resto de la obra. La carretera terminaba en un amplio campo abierto con árboles dispersados por aquí y por allá. Sabía que el río debía estar derecho por allí, pero no podía verlo.

La única luz provenía de una pequeña casa justo a un lado de la carretera. Esa era; esa era la guarida de Peterson. No había duda por lo que le había dicho la chica hace unos minutos. Se acercó a la casa con cautela, la Glock ahora en su mano.

Normalmente, su próximo movimiento sería golpear la puerta y anunciar que era del FBI, pero nada era normal aquí. Peterson tenía a April en algún lugar. Antes de que Riley lo confrontara, necesitaba encontrar a su hija y liberarla.

Se acercó al frente de la casa y revisó sus cimientos. Por experiencia propia, esperaba que Peterson tuviera a su víctima en un sótano de poca altura debajo de la casa. Pero esta tenía unos cimientos de bloques bajos y no vio aberturas en él. Pensó que quizás podría haber acceso por el otro lado.

Riley se movió silenciosamente alrededor de la casa hasta que se encontró con una terraza de madera.

Tiene que estar abajo de ahí, pensó Riley.

Pero en ese momento sus ojos cayeron sobre un pedazo roto de enrejado que yacía en el suelo, dejando una abertura debajo de la terraza. Se agachó y utilizó su linterna para observar adentro. No había nadie allí, aunque podría ver donde el suelo fangoso estaba excavado. Alguien había estado allí recientemente. Tenía que ser April.

¿Pero dónde estaba? ¿Se había escapado o Peterson la había sacado, planeando acabar con ella?

El corazón de Riley latía con fuerza. Dejándose de preocupar si Peterson la escuchara o la viera, subió a la terraza iluminada y caminó a la ventana. No podía ver a nadie adentro de la casa. Luego intentó la puerta. Estaba cerrada con llave. Rompió la ventana, metió su mano, la abrió y gateó por ella.

Riley exploró la casa con su Glock preparada. No le tomó mucho tiempo. Después de echar un vistazo en el dormitorio, baño, sala de estar y cocina, supo que el lugar estaba vacío. Pero con las luces encendidas, parecía como si Peterson hubiera salido apresuradamente. ¿Por qué?

Abrió la puerta trasera y volvió a la terraza. Estaba dejando de llover. Alumbrando el patio con su linterna, vio algo nuevo—huellas de neumático profundas que zigzagueaban hacia el campo abierto.

Corriendo hacia ellas, vio huellas de botas profundas sobre algunas de las huellas de neumático. Pareciera como si alguien, probablemente Peterson, hubiera seguido el carro a pie.

¿Qué significa esto?, se preguntó Riley a sí misma. *¿Qué pudo haber pasado?*

Pero no podía quedarse parada allí tratando de descubrirlo. Guardó su Glock y se quitó la escopeta del hombro, sosteniéndola con su brazo derecho. Si estaba a punto de enfrentarse a Peterson, esta era su arma de elección. Incluso en la oscuridad, si tuviera alguna pista de donde estaba, seguramente le dispararía.

Se apresuró por el camino de las pistas mixtas fangosas. La llevaron a un campo, y se movió violentamente de un lado a otro para no chocar contra los árboles ocasionales.

Finalmente vio una luz adelante. A lo que se acercó más, vio que era el único faro que quedaba de un Cadillac que había chocado contra un árbol. La puerta del conductor estaba abierta, y no había nadie adentro.

El faro del carro estaba inclinado a un cuerpo de agua oscura abajo. Había llegado al río. Abajo en el banco delante de ella, alguien estaba agitando una linterna. Apagó su linterna y la guardó.

Luego oyó los sollozos de April.

“¡Por favor, por favor!”.

“Demasiado tarde, listilla”, dijo una voz familiar masculina. “¡Deja de lloriquear!”.

“¡April!”, gritó Riley.

Dijo el nombre antes de siquiera pensar. Fue un error. Le acababa de anunciar a Peterson su llegada. Había perdido el factor sorpresa.

Riley dio un paso hacia adelante y casi se cae por una pendiente inclinada que daba más allá del árbol. Se detuvo a sí misma y vio a Peterson claramente en la luz del faro. Estaba hasta los tobillos en el río. A pocos pies de él, April tenía la mitad de su cuerpo sumergido en el agua, atada de manos y pies.

Riley se dio cuenta que Peterson podía verla también. Cargando la escopeta, hizo su camino por la pendiente cuidadosamente hacia él. Alzó una pistola y la apuntó a April.

Estaba parada allí, a pocos pies de distancia del hombre que había atormentado sus sueños, y su corazón latía violentamente.

“Ni siquiera lo pienses”, dijo Peterson. “Un movimiento y esto se acaba”.

El corazón de Riley se hundió. Si siquiera levantaba su escopeta, Peterson mataría a April antes de que pudiera disparar.

“Baja la pistola”, ordenó.

Riley tragó grueso. No tenía otra forma de proceder. La vida de April estaba en juego.

Se inclinó y puso la escopeta en el suelo en el borde del agua.

Luego Peterson pivoteó su pistola hacia ella y apretó el gatillo.

Riley se preparó para el impacto.

Nada sucedió. La pistola de Peterson estaba atascada o vacía.

Riley sabía que tenía una fracción de segundo para actuar.

Buscó en su bolsillo el cuchillo que le había quitado al muchacho de la calle. Lo abrió y lo embistió, chapoteando por el agua superficial hacia él.

Apuntó a su plexo solar, ese punto suave donde apuñalarlo le sería más fácil. Pero se deslizó en el río fangoso y la cuchilla entró entre dos costillas. Se quedó atascada allí.

Peterson gritó de dolor y se alejó. El cuchillo se quedó en su pecho, resbalándose de las manos de Riley.

Se abalanzó hacia adelante de nuevo, antes de que pudiera recuperar su equilibrio y se resbaló en el barro. Se cayó sobre su espalda en las aguas poco profundas, sorprendida por lo fría que estaba.

Y un momento después, antes de que pudiera subir sus brazos para detenerlo, vio sus grandes manos carnosas sujetando su garganta, y sintió su cabeza siendo sumergida bajo el agua.

Riley sintió su mundo adormecerse. Incapaz de respirar, se retorció y pataleó, sintiendo su vida desvanecerse poco a poco. Qué horrible, pensó, morir aquí, en estas aguas poco profundas, siendo estrangulada a muerte a pocos pies de su hija.

Pensar en su hija fue lo que la trajo de vuelta. April. Riley no podía morir aquí. Porque su muerte significaría la muerte de April.

Riley redobló sus esfuerzos, moviéndose como un pescado salvaje, hasta que finalmente se las arregló para pegarle entre las piernas con su rodilla. Fue un golpe lo suficientemente potente como para vencer a cualquier otro hombre.

Pero Peterson, para sorpresa suya, no cedió. Aflojó su agarre durante un momento cuando corcovó. Pero luego apretó otra vez, con el doble de esfuerzo.

Riley sabía que iba a morir. Ese golpe era lo mejor que tenía, y no fue suficiente para derribar a este monstruo.

De repente, Riley vio una imagen moviéndose rápidamente a lo alto; su visión estaba limitada debajo del agua superficial, y al principio se preguntó si era un ángel, viniendo a llevársela.

Pero luego entró en cuenta que era April. Había encontrado la escopeta de Riley y la estaba sosteniendo torpemente entre sus muñecas atadas. Dadas sus muñecas atadas, todo lo que podía sostener era el cañón. Riley vio con asombro como April, con sus pies atados, incapaz de caminar, se acercaba a Peterson por detrás, sus rodillas raspándose contra la piedra. Cuando se acercó lo suficiente, la levantó y la pivoteó hacia abajo.

Hubo un fuerte chasquido, audible incluso bajo el agua corriente, cuando la culata de la escopeta se estrelló contra la sien de Peterson, con una fuerza que sorprendió hasta a Riley.

Y Peterson aflojó su agarre demoníaco en su garganta por primera vez, tropezando hacia atrás.

Riley se sentó inmediatamente, jadeando para tomar aire. Limpió el agua de sus ojos para ver a Peterson tambaleándose hacia atrás, agarrándose el lado de su cabeza, su expresión llena de dolor y furia al caerse de rodillas. April se quedó parada allí, viéndose atónita por lo que había hecho y mirando la escopeta en el lecho del río con pánico. Debió haberse deslizado de sus manos. Y Riley vio con horror como la corriente la tomó y se la llevó flotando.

Peterson dejó escapar el rugido de un animal herido a lo que se lanzó encima de April. La tacleó al suelo, la giró y agarró la parte posterior de su cabello. La sumergió en el agua de cabeza con ambas manos. No podía levantar su cabeza y Riley sabía que en pocos momentos estaría muerta.

Recuperándose de su shock, Riley saltó a sus pies, escaneando el lecho del río y agarrando una roca afilada. Dejó escapar un grito primitivo cuando se abalanzó encima de Peterson, balanceando la roca con todo lo que tenía, con la furia de una madre.

Riley sintió cuando la roca hizo contacto con su cabeza. La roca lo golpeó lo suficientemente fuerte para noquearlo lejos de April. Riley la jaló hacia atrás y April se dio la vuelta, jadeando para tomar aire. A Riley le alivió ver que todavía estaba viva.

Riley saltó a la acción; no podía darle a Peterson ni una oportunidad para recuperarse. Saltó sobre él antes de que pudiera levantarse.

Se dio la vuelta, con una fracción de la fuerza que tenía hace unos momentos, débil, con los ojos vidriosos y la mirada perdida mientras ella estaba encima de él. Colocó la roca sobre su cabeza con ambas manos y la sostuvo allí, sus brazos temblando. Allí estaba, en carne y hueso, el demonio que la había acosado todas estas noches.

Le sonrió a Riley demoníacamente.

“No lo harás”, dijo, sangre saliendo de su boca. “Si lo haces, estaremos vinculados para siempre”.

Riley respiró profundamente, y recordó todas las maneras que la había torturado, que había torturado a todas esas mujeres, que había torturado a su hija—y lo dejó salir y golpeó su cabeza con toda la fuerza que tenía. La punta afilada entró en el centro de su frente, y ella la soltó. Fue como dejar ir sus propios

demonios personales, como desprenderse de la roca que tenía sobre su espalda.

El río se oscureció con sangre, y en pocos momentos Peterson yacía allí, con los ojos abiertos, sin vida, el único sonido el goteo de la agua sobre su cara. Esta vez estaba realmente muerto.

“Mamá”, vino la voz.

Riley estaba arrodillada allí, encima de Peterson, y no sabía cuánto tiempo había pasado. Se dio la vuelta y vio a April a su lado. Estaba llorando, extendiéndole una mano temblorosa.

“Mamá”, dijo. “Está muerto”.

Riley miró a Peterson y casi no podía creerlo.

Está muerto.

Un momento después oyeron chapoteos en el río, y levantó la mirada para ver a Bill. Bajó la velocidad al acercarse y bajó su arma lentamente, mirando la escena con incredulidad y horror, claramente demasiado aturdido como para hablar.

Detrás de él, Riley vio rastros de naranja en el cielo. Ya casi iba a amanecer. No parecía posible que el sol pudiera salir de nuevo en este mundo.

Y, aun así, lo hizo.

Capítulo 23

La multitud del funeral estaba dispersándose cuando Lucy divisó a un joven bajito y delgado que se veía sospechoso. Acababa de alejarse de la tumba y la expresión en su rostro no era una de luto. Con su cabeza hacia abajo y manos en los bolsillos, parecía realmente estar sonriendo.

Ese es él, pensó Lucy, sus nervios de punta. *Ese tiene que ser él*.

Se quedó quieta y lo miró mientras la pasó a unos cuantos pies de distancia. Definitivamente tenía una sonrisa en su rostro. El hombre estaba regodeándose y no se sentía afligido, estaba segura de ello. Se volvió y comenzó a seguirlo.

Por detrás, podía ver sus hombros moviéndose un poco—de risa, no de llanto, de eso no había duda. Tomó pasos más largos para alcanzarlo, pensando cuidadosamente en cómo confrontarlo. Pensó que era mejor ser directa—identificarse como una agente del FBI y hacerle algunas preguntas. Si trataba de correr, no llegaría muy lejos—no con la policía local aquí y en gran estado de alerta. Sacó su placa y comenzó a trotar.

En ese momento, una pareja de mediana edad se le acercó al hombre.

“¡Hugh!”, dijo el hombre mayor.

“¿Cómo lo estás sobrellevando?”, preguntó la mujer.

El joven se volvió hacia la pareja, aun sonriendo.

“Estoy bien”, dijo. “Sé que es raro, pero sólo sigo pensando en lo cómica que podía ser la Tía Rosemary. Te acuerdas como solía...”.

Su voz se fue apagando mientras él y la pareja se juntaron más y comenzaron a alejarse de Lucy. Luego escuchó a los tres riéndose tristemente de la historia que les acababa de contar.

Guardó su placa ya que había sido una falsa alarma. El joven había estado sonriendo por los recuerdos felices que las personas solían compartir en los funerales. Estaba agradecida por no haber causado una escena, avergonzándose a sí misma en el proceso.

“*Anda al funeral*”, le había dicho Riley. “*Este podría ser de los que sienten remordimiento. Podría estar allí*”. Pero si el asesino había estado aquí, no lo había descubierto. Hizo un círculo alrededor de la escena, examinándola.

Era una mañana agradable y soleada. Los parientes más cercanos de Rosemary Pickens todavía estaban agrupados bajo la lona azul cerca de la tumba, aceptando el pésame de decenas de familiares y amigos. Otras personas estaban alejándose en grupos.

Lucy se dio cuenta de que había hecho un error de juicio. En un pueblo tan pequeño, había esperado un funeral íntimo y pequeño—y por lo tanto, había esperado que fuera fácil detectar a alguien que pareciera extraño y fuera de lugar. Se había equivocado. No se había dado cuenta del gran número de habitantes que vendrían al funeral. Reedsport no sólo era un lugar donde todo el mundo se conocía, pero donde todo el mundo parecía *preocuparse* por todo el mundo.

Caminó de regreso hacia la tienda, mirando por encima de los grupos de flores que cubrían y rodeaban el ataúd. Tenía que revisar cada planta y ramo con la esperanza de encontrar el nombre de un extraño que podría haber asesinado a la mujer.

Afortunadamente, la policía local recopilaría datos sobre los pedidos que habían sido enviados a través de grandes industrias. Lucy quería ir a los floristas locales en persona y preguntar acerca de sus entregas. Estaba a punto de alejarse de la tumba cuando un hombre joven que estaba al lado del ataúd, otro hombre bajito y delgado que parecía estar aquí llamó su atención. Tenía un aspecto bastante acogedor, con una nariz grande y una frente bastante pronunciada.

¿Podría este ser él?, se preguntó Lucy. Se acercó a él.

Pero cuando se acercó lo suficiente, vio que corrían lágrimas por sus mejillas y que su rostro estaba anudado con dolor genuino. Cuando se alejó del ataúd, sacó un pañuelo de su bolsillo, se sonó la nariz y se secó algunas lágrimas. Cuando levantó la mirada y vio a Lucy, logró sonreír compasivamente. La saludó débilmente y luego se alejó. Lucy estaba segura de que ese hombre no era el que estaba buscando. Su dolor era muy sincero y compasivo.

Sintió una oleada de desaliento. No había progresado nada desde que Riley se había ido. Los pobladores locales habían estado ansiosos por ayudar, pero no le habían dado ninguna información útil. Le había hecho seguimiento a los detalles que la gente pensaba que podían ser importantes—extraños en la ciudad, vehículos desconocidos y cosas por el estilo—pero no la habían llevado a ninguna parte.

Estaba segura de que Riley diría que eliminar sospechosos y posibilidades era una parte importante de su trabajo.

Pero no es tan emocionante, pensó Lucy.

*

Más tarde esa mañana, Lucy había visitado las últimas tres floristerías del pueblo. En las dos primeras, había preguntado si algún extraño había comprado flores para el funeral, pero no había descubierto ni una pista. Los floristas habían conocido a todos sus clientes.

Cuando entró a esta última tienda, se percató de lo mucho que se parecía a las otras que había visitado—le faltaba flores y estaba un poco desordenada después de la intensa actividad. Pero en los lugares anteriores, Lucy no había detectado ninguna satisfacción por el aumento en las ventas. Los floristas habían conocido a Rosemary Pickens y se sentían afligidos por su pérdida.

Una anciana estaba limpiando una vitrina refrigerada que ahora estaba vacía.

“¿Es la dueña de la tienda?”, preguntó Lucy.

“Sí”, respondió la mujer con una voz cansada.

Lucy sacó su placa.

“Soy la Agente Especial Lucy Vargas”, dijo. “Estoy investigando el asesinato de Rosemary Pickens. Me gustaría hacerle algunas preguntas”.

“Por supuesto”, respondió la mujer. “¿Cómo puedo ayudarla?”.

“Estamos tratando de cubrir todas las posibilidades”, dijo Lucy. “¿Recuerda algo extraño de cualquier persona que compró flores para el funeral aquí? De alguien desconocido, por ejemplo”.

La mujer se veía pensativa.

“Hubo un hombre joven que no reconocí”, dijo. “Y hubo algo raro. Déjame pensar por un momento”.

Frotó su frente con su mano.

“Que día tan triste”, dijo ella. “Estaba tan abarrotada esta mañana, y se me estaba acabando todo. Probablemente no lo hubiera notado, pero me llamó la atención porque... sí, ya recuerdo. Tenía un tartamudeo horrible. Casi no podía ni hablar”.

La mujer llevó a Lucy al mostrador.

“Cuando llegó, casi no quedaba nada en la tienda”, dijo. “Le resultó tan difícil hablar que escribí algo. Ven, te lo mostraré”.

La mujer le entregó a Lucy una de las tarjetas de presentación de la tienda. En la parte posterior estaba escrito en una letra limpia y esmerada...

“Por favor deme unas margaritas”.

“Por suerte me quedaban algunas margaritas”, dijo la mujer. “Así que se las vendí”.

Lucy sacó su bloc de notas para anotar la información.

“¿Podría describirlo?”, preguntó.

La mujer anudó su frente nuevamente en pensamiento.

“No, en realidad no”, dijo. “Lo único que recuerdo es que era joven y no muy alto. Y obviamente el tartamudeo”.

“Inténtelo, por favor”, dijo Lucy.

La mujer pensó más.

“Lo siento, pero había una multitud de clientes, y simplemente no le presté mucha atención. Y soy nada buena con las caras, de todos modos. Lo único que recuerdo era que no podía decir lo que quería decir, así que le di una tarjeta y un bolígrafo para que lo escribiera”.

Lucy logró esconder su decepción.

“Me gustaría llevarme la tarjeta”, dijo. “Podría producir algún tipo de evidencia”.

La florista le entregó la tarjeta, pidiendo disculpas por no ser más útil. Lucy le dio las gracias y salió de la tienda, guardando la tarjeta mientras caminaba. La metió en su cuaderno y se dirigió hacia su carro, que estaba estacionado a un par de cuadras de distancia.

Se sentía un poco animada ahora. Parecía probable que el comprador de las margaritas podría haber sido el asesino en sí. La tarjeta podría producir algunas huellas digitales, y la letra podría revelar algo. Y ahora sabía algo más, por supuesto.

Tartamudea, pensó. Al menos eso es una pista.

Había estacionado su carro a un par de cuadras de distancia. Mientras caminaba en esa dirección, sacó su teléfono. Quería llamar a Riley para darle una actualización y pedirle un consejo.

Cuando llegó a la esquina y se volvió para cruzar la calle, se sorprendió al ver que una furgoneta blanca estaba moviéndose lentamente muy cerca de ella. El sol que reflejaba de la ventana delantera ocultaba el rostro del conductor. Lucy se detuvo en la acera para dejarla pasar.

De repente, la furgoneta aceleró. Giró bruscamente a la derecha y anduvo a toda velocidad en la calle transversal.

Sorprendida, Lucy levantó su teléfono celular y le tomó una foto.

¿Qué le pasa?, se preguntó. La furgoneta cruzó en otra esquina y desapareció.

Lucy sintió ganas de llamar a la policía local para reportar al conductor imprudente. Pero se dijo a sí misma que la furgoneta no había hecho ningún daño. Quizás ni siquiera iba tan rápido. Sólo le había sorprendido su aceleración y giro repentino.

Cuando cruzó la calle y llegó a su carro, tomó asiento y llamó a la UAC.

“Habla la Agente Especial Lucy Vargas”, le dijo a la operadora. “Estoy trabajando en el caso del asesino en serie en Reedsport, Nueva York. Por favor conécteme con la oficina de la Agente Riley Paige,” solicitó.

“La Agente Paige no se encuentra en la UAC en estos momentos”.

“No se preocupe”, dijo Lucy. “Llamaré a su teléfono personal”.

La voz de la mujer se llenó de urgencia.

“No debe hacer eso, Agente Vargas”, dijo. “La Agente Paige no debe ser molestada”.

“¿Qué pasó?”, dijo Lucy. “¿Riley ha sido lastimada?”.

“Lo siento, pero no tengo autorización para decir más nada”.

“Estamos trabajando en un caso juntas. Tengo que saber si está bien”.

“Espere un minuto”.

Tras un breve silencio, oyó la voz de Brent Meredith en la línea.

“¿Agente Vargas?”.

“Sí. ¿Está bien Riley?”.

“Está bien. Su hija fue secuestrada, pero ya todo terminó”.

“¿April fue secuestrada? ¡Dios mío!”.

“Ya la tienen de vuelta. Los Agentes Paige y Jeffreys están en camino para acá con la chica”.

Lucy quedó atónita. “Está bien”, dijo. “Gracias por decirme”.

“Te pondremos al día más tarde. ¿Hay algo más?”.

“Yo, eh..”, Lucy intentó recordar por qué llamó en primer lugar. “Tengo algo que podría ser evidencia en este caso”.

“Te conectaré con el laboratorio de evidencias”.

“Gracias”.

Lucy estuvo distraída durante su conversación con el técnico de laboratorio. “Tengo una tarjeta de presentación con la letra del sospechoso”, dijo. “Posiblemente huellas también. Voy a llevarla a la policía local ahora mismo. Buscarán huellas y te enviaré lo que encuentren”.

“¿Algo más?”, preguntó el técnico.

“El sospechoso probablemente tartamudea”, dijo.

El técnico de laboratorio dijo que tomaría nota de eso y finalizó la llamada.

Lucy guardó su teléfono celular en su cartera sin pensar en la foto que acababa de tomar.

Capítulo 24

Cuando la furgoneta recorrió la vuelta de la esquina y aceleró, las cadenas en el asiento del pasajero sonaron fuertemente.

“¡Silencio!”, le dijo a las cadenas.

Pero luego vino un bache en la carretera, y las cadenas sonaron de nuevo. No había ninguna duda, las cadenas estaban llamando su atención. Exigían que ejerciera su dominio sobre ellas—o probarían su dominio sobre él, manteniéndolo cautivo como las cadenas lo habían hecho cuando era niño.

“Sean pacientes”, les rogó.

Se obligó a reducir la velocidad de la furgoneta. No serviría de nada quedar atrapado por una violación de tráfico ahora. Necesita salir de Reedsport sin ser notado.

Pero sabía que las cadenas estaban furiosas. Habían esperado que se llevara a la agente del FBI para ellas. Habían pensado que la atacaría justo allí en la calle por donde caminaba. Pero se había volteado y lo había visto siguiéndola en su furgoneta. No había ninguna oportunidad de tomarla por sorpresa, y estaba seguro que tenía una pistola.

“Ella no era la correcta”, les dijo.

El camino estaba lleno de baches y las cadenas sonaron nuevamente.

“Sé que ella es una autoridad”, argumentó. “Vi su placa del FBI cuando la sacó en el funeral. Pero no llevaba uniforme. Nos gusta ver un uniforme”.

El ruido de las cadenas aún era enojado.

“Era demasiado joven”, explicó. “Realmente no era nada como las mujeres que elegimos antes”.

Condujo con mucho cuidado el resto del camino fuera del pueblo.

“Hubiera sido insensato tomar otra mujer en este pequeño pueblo”, le dijo a las cadenas.

“Conduciremos hacia el norte, hasta Albany. Hay un montón de uniformes allí. Muchas mujeres del tipo y edad adecuada. Encontraré a una que les guste”.

Las cadenas se calmaron por un tiempo y él pensó que había hecho un argumento convincente. Mientras conducía a Albany, evitó la interestatal y tuvo cuidado de no excederse el límite de velocidad. Le explicó a las cadenas que no quería llamar la atención. Aun así, sonaban suavemente de vez en cuando, recordándole que estaban allí y que no estaban contentas con él.

Había perdido el coraje allí en Reedsport, y no debía hacerlo de nuevo.

“Encontraré a otra”, les prometió una y otra vez a las cadenas. “Encontraré a otra pronto”.

Capítulo 25

“Acabo de leer tu informe, Agente Paige”, dijo el Agente Especial Meredith cuando Riley entró en su oficina. “Te mereces unas felicitaciones”. Le dio la mano y añadió, “Por cierto, te ves horrible”.

Riley sonrió débilmente y se sentó. Meredith tenía razón en ambas cosas. Se merecía unas felicitaciones por derribar a Peterson de una vez por todas. También se sentía horrible, aunque trataba de no demostrarlo. Había pasado las últimas horas tratando de componerse.

Bill se había tomado la molestia de notificarle a la policía de D.C. y a la UAC de la muerte de Peterson. Había envuelto a Riley y a April, mojadas, fangosas y emocionalmente quebrantadas, en mantas y las había llevado directamente a Quántico. Riley y April se habían abrazado durante todo el viaje, llorando de alivio desesperado.

Riley había llevado a April a la clínica de la UAC para que se ocuparan de su gran cantidad de arañazos y cortadas, ningunos de los cuales eran graves. Ambas se habían bañado en el edificio y se habían puesto la ropa limpia que la joven agente Emily Creighton había tenido la gentileza de traerles. April se había acomodado en la zona de descanso, y Riley había pasado un par de horas escribiendo su informe final sobre el caso Peterson.

El Agente Meredith ojeó el informe escrito.

“Estoy impresionado”, dijo Meredith. “Fue un trabajo bastante sorprendente”.

“Gracias, señor”, dijo Riley. “Pero tenía a mi hija. De ninguna manera iba a salirse con las suyas”. Luego añadió: “¿Qué tan pronto puedo regresar al norte de Nueva York?”.

Meredith se rio entre dientes. “Quieta. No vas a ningún lado”.

Riley se sorprendió. “¿Por qué no, Señor?”.

“¿Por qué no? ¿Te has visto en un espejo? Estás agotada y por una muy buena razón. Necesitas un descanso. Además, no te necesitamos por allá. Este caso no va a ninguna parte”.

“¿Ninguna pista en absoluto?”, preguntó Riley.

Meredith se encogió de hombros. “No lo suficiente para continuar. La Agente Vargas encontró una tarjeta de una florista que podría tener la letra del asesino. Pero aparte de las huellas de la florista y las de Vargas, sólo había una huella parcial que no podemos rastrear. Vargas sólo está dando vueltas por allá, probablemente la traeremos de regreso pronto”.

Meredith se reclinó en su silla.

“Además”, dijo, “los locales están haciendo un buen trabajo, y si encuentran alguna pista nos lo harán saber. El asesino probablemente ya está en una zona completamente nueva. Por desgracia, podríamos no saber dónde hasta que ataque de nuevo”.

Riley se sintió extrañamente desanimada.

Comenzó a protestar. “Pero señor —”.

“Te vas de licencia, Agente Paige. Considéralo una orden”.

Meredith se inclinó hacia delante y miró a Riley con preocupación.

“Tienes a una hija que necesita toda tu atención ahora”, dijo. “La vi en la sala de descanso. Allí es donde debes estar”.

Riley le dio las gracias a Meredith de nuevo y salió de su oficina. Fue directamente a la sala de descanso, donde encontró a April sosteniendo una lata de refresco con la mirada perdida en el espacio. El corazón de Riley dolía por su hija.

Se sentó junto a April y tomó su mano.

“Lo siento”, dijo por la milésima vez.

April tragó grueso y dijo, “Él dijo que yo era una asesina”.

Riley apretó la mano de April con firmeza.

“Él era el asesino”, dijo firmemente. “Y lo vencimos. Ambas lo hicimos. Hiciste un buen trabajo. Nunca olvides eso”.

Una lágrima rodó por la mejilla de April.

“Sólo no me hagas quedarme con Papá esta noche”, dijo. “No me hagas quedarme allí nunca más”.

A Riley le sorprendió que tal cosa estuviera en la mente de April. Pero al analizarlo, le encontró sentido. Había llamado a Ryan cuando habían llegado a Quántico. Le había dicho lo que había sucedido, pero sin todos los detalles desgarradores. Había sonado sorprendido, luego aliviado, luego no tan interesado.

No, Ryan no era lo que April necesitaba en este momento.

“Vámonos a casa”, dijo Riley.

“No”, dijo April con un suspiro. “Todavía no. Tampoco quiero estar allá”.

Riley entendía esta reacción muy bien. Su casa había sido el lugar en donde Peterson había acechado a ambas. Riley no estaba deseosa de volver allá tampoco. Se percató de que era un buen momento para hablar de algo que había estado en su mente por un tiempo.

“April, he estado pensando en mudarnos”, dijo.

April la miró con súbito interés.

Riley continuó, “Creo que podré comprar una casa en Fredericksburg. De esa manera no estaríamos tan aisladas. Y estarás más cerca de tu escuela y tus amigos”.

Pudo ver a todo el cuerpo de April relajarse un poco.

“Y he estado pensando”, agregó Riley, “que tal vez Gabriela podría irse vivir con nosotros. No se lo he preguntado todavía”.

April sonrió. A Riley le parecía no haber visto esa sonrisa en mucho tiempo.

“Yo se lo preguntaré”, dijo April. “Ella lo hará. Sé que lo hará”.

Riley apretó la mano de su hija y sonrió también. Le alivió el ver que tal vez tenía una buena solución para al menos uno de los problemas. Y ahora estaba de permiso, así que ella y April podrían tener algún tiempo juntas. ¿Pero en dónde? Ambas estaban agotadas y necesitaban un descanso.

En ese momento le vino algo a la mente.

“April”, dijo, “vamos a Nueva York. Disfrutemos por unos días”.

El rostro de April se iluminó aún más.

“¿De veras? ¿La Ciudad de Nueva York? ¿En serio?”.

“Sí. Ahora mismo. Bill nos puede llevar al aeropuerto. No tenemos que ir a casa. Vámonos y ya”.

“Pero, ¿qué me pondré?”, dijo April, bajando la mirada a los vaqueros y la camisa que Emily Creighton le había prestado.

Riley se rio con placer por la pregunta tan típica de una adolescente.

“No te preocupes por la ropa”, dijo. “Compraremos lo que necesitemos allá. Nos daremos unos lujos. Conseguiremos una habitación de hotel agradable y veremos un par de espectáculos”.

“¿Pero realmente podemos costearlo?”, preguntó April.

Riley se encogió de hombros. “No, pero lo contaré como todas las vacaciones que no hemos tomado. Le daré duro a la cuenta de ahorros. Lo merecemos”.

April se rio en voz alta.

“¡Eso suena simplemente genial, Mamá!”.

La risa de April era el sonido más dulce que Riley podía esperar escuchar.

Más tarde, Riley y April se bajaron de un taxi en frente a su hotel en Manhattan. La expresión de April era de puro impacto mientras miraba el tráfico bullicioso y los edificios imponentes. El corazón de Riley se alegró al ver esa mirada en el rostro de su hija.

“¡Ay, Mamá!”, dijo April. “¿Dónde empezamos?”.

Riley se echó a reír. “Lo primero es lo primero”, dijo. “Creo que tenemos que hacer unas compras. ¿Quieres que registremos nuestra llegada primero?”.

“¿Podemos ir de compras ahora mismo?”, rogó April. “Esta ropa que me dio Emily es un poco vergonzosa”.

“Déjame pensar”, dijo Riley. “Tengo mucho tiempo sin venir aquí”.

El hotel estaba a sólo unas cuadras al sur de Central Park. Riley guio a April por la Séptima Avenida hacia Times Square. Recordó un par de tiendas en el centro que no tenían precios exorbitantes.

En su primera parada, April compró una camisa y pantalones de tobillo. Riley eligió un traje de pantalón que desafió su presupuesto pero, después de todo, tenía que usar algo decente en la ciudad. En su siguiente parada, Riley tuvo que recuperar el aliento cuando vio a April en el vestido que había elegido. Su hija claramente se estaba convirtiendo en una mujer joven, ya no era una niña.

“Por favor, Mamá”, dijo April. “Me encanta”.

El vestido realmente era muy bonito y le quedaba bien a April. Lo compraron y ambas terminaron sus compras con zapatos y carteras.

Finalmente hicieron su camino hacia el hotel, cargadas de bolsas y riendo alegremente. Se registraron y tomaron el ascensor hasta su habitación en el duodécimo piso.

Mientras colgaban la ropa, Riley notó que April se veía cansada. No era de extrañarse, después de todo lo que le había sucedido.

“Creo que no deberíamos salir esta noche”, dijo Riley. “Pediremos la cena en la habitación y hacemos nuestras cosas turísticas mañana”.

“Me parece bien”, dijo April y luego entró en el baño.

Riley se quedó mirando por la ventana del hotel. Su habitación tenía una vista excelente del horizonte de la ciudad. Empezó a correr algunos planes por su cabeza. Tal vez podrían ver una matiné en Broadway mañana. Revisaría para ver lo que estaba disponible.

Riley suspiró. ¿Cuándo había dejado de llevarse a su hija de vacaciones? ¿Cuándo había olvidado cómo disfrutar una ella misma? Cuando April era pequeña, ella y Ryan la habían llevado de vacaciones. Habían ido a Chincoteague a ver caballos salvajes y a los resorts en las montañas.

¿Pero en los últimos años? No mucho. Hace varios años, había tomado unos días libres cuando April había estado de vacaciones de verano y Ryan había estado demasiado ocupado para ir a ninguna parte. Así que ella y April habían alquilado un condominio en la playa de Virginia. No habían hecho nada como eso desde ese entonces.

Sabía que April siempre había soñado con venir a Nueva York. Pero se preguntaba si este viaje realmente se sentiría como un sueño hecho realidad para April. Su hija había pasado por muchas cosas. La emoción de estar aquí y de las compras se agotaría pronto.

Cuando April salió del baño, se sentó en el borde de una de las camas. Tenía esa mirada distante y preocupada de nuevo.

“Mamá”, dijo, “no puedo mirarme en el espejo”.

Riley se sentó y puso su brazo alrededor de April.

“Sé cómo es eso”, dijo.

No necesitaba preguntarle a April por qué se sentía así. El rostro de la pobre muchacha aún tenía cortadas y moretones. Sólo mirarlo era suficiente para traer de vuelta el horrible trauma que había sufrido a manos de Peterson.

April inclinó su cabeza contra el hombro de Riley.

“Mañana es mi cumpleaños”, dijo April.

El corazón de Riley se hundió. Obviamente se le había olvidado.

“Lo siento”, dijo.

“No, no quiero que te sientas así”, dijo April. “Me acabas de comprar un montón de cosas. No es por eso que te lo estoy diciendo. La cosa es, mañana es mi cumpleaños y...”.

April dejó escapar un único sollozo.

“Y de repente ni me importa”, dijo. “No me importa nada”.

“Sé cómo te sientes”, dijo Riley.

“Yo sé que sí”.

Se quedaron sentadas allí por unos momentos. ¡Cómo había cambiado la vida en estos últimos días! Una de las frustraciones más grandes de Riley como madre siempre había sido tratar de hacer que April entendiera su trabajo—por qué estaba tan obsesionada con él, lo importante y lo peligroso que era.

Ahora April entendía todo perfectamente. Y Riley deseaba con todo su corazón que no fuera así.

Era el turno de Riley de ir al baño. Pero vaciló. Recordó algo que Meredith le había dicho...

“¿Te has visto en un espejo?”.

Al igual que su hija, a Riley le inquietaba mirarse en el espejo. Sabía lo que podría ver allí, los rostros de las innumerables víctimas y sus verdugos. Y, en su rostro, vería algo que realmente no quería ver.

Vería el rostro de una mujer que no tenía ningún derecho a desear una vida normal y feliz, que fue una tonta por pensar que podría criar a una hija en este mundo terrible. Todavía había demasiados monstruos por ahí.

En el núcleo de su ser, Riley siempre había sentido que era crucial acabar con ellos, quienesquiera que fueran, dondequiera que estuvieran. Y a pesar de lo que Meredith había dicho, no podía dejar de pensar en el monstruo que aún estaba suelto en el norte de Nueva York.

Capítulo 26

El hombre estaba cabizbajo, casi dormido, cuando las cadenas en el asiento del pasajero empezaron a sonar de nuevo. Su furgoneta estaba en un estacionamiento de un centro comercial en Albany. Las cadenas no estaban sonando realmente, pero él podía oír las quejarse. Y sabía por qué se estaban quejando. Era por esa mujer del FBI de ayer—la que él no se había llevado.

“¿Cuántas veces tengo que decirles que ella no era la correcta?”, espetó. “Si la hubiera raptado, ustedes no estarían felices. Preguntarían por qué no era más vieja, por qué no llevaba uniforme, por qué no había hecho lo que había tenido que hacer. Sólo se quejarían”.

Las cadenas se calmaron un poco, pero no dejaron de quejarse por completo. No le sorprendía que las cadenas estuvieran en desacuerdo en este momento. Habían estado juntos en la furgoneta por más de veinticuatro horas. Naturalmente se estaban sacando de quicio.

Después del incidente de ayer con la mujer, había conducido directamente a Albany y había hecho de este estacionamiento su base. Tarde o temprano, sabía que encontraría a la víctima adecuada. Pero el resto del día vino y se fue sin que eso sucediera. Después de que el centro comercial cerrara esa noche, había movido la furgoneta a una calle cercana y había dormido en su suelo. Regresaría mañana a primera hora.

Ya estaba oscureciendo, y se preguntaba si iba a tener que pasar otra noche aquí. Las cadenas definitivamente se volverían más irritables. No estaba seguro de cuánto tiempo podía aguantar eso.

Él también estaba cansado e irritable. Pero la paciencia y la vigilancia eran esenciales. Sacó una barra de chocolate de su guantera y comenzó a comer. No era mucho, pero tendría que ser suficiente para su nutrición y energía. No podía salir de la furgoneta e ir a comprar algo para comer. Las cadenas no se lo permitirían. Y tenían razón, por supuesto. Si dejaba su puesto incluso por unos instantes, podría pasar por alto a la víctima perfecta.

A esta hora, más personas estaban saliendo del centro comercial que entrando en él. Consistían en su mayoría de parejas jóvenes sin hijos y familias con niños. No vio a nadie que estuviera ni cerca de satisfacer lo que tanto él como las cadenas necesitaban.

Aun así, la barra de chocolate levantó sus ánimos. Se sintió mejor sobre todo. En realidad, él tenía todo lo que necesitaba en la vida. Estaba especialmente satisfecho con su furgoneta. Lo había traído aquí años atrás y lo había servido bien todo este tiempo. Era lo suficientemente grande como para que durmiera en ella cuando lo necesitaba y también conveniente para transportar a las mujeres. Rápidamente se había dado cuenta de que las mujeres también podían dormir aquí—el principio de su sueño final.

Y ciertamente nunca había lamentado dejar su antiguo hogar. Había sido la escena de muchos horrores de su infancia. Se había sentido muy feliz de alejarse de todo hasta que finalmente había decidido mudarse a una nueva ciudad y se había instalado.

Había tenido dieciocho años en ese entonces. Le había gustado su nuevo hogar desde el principio, y la gente era amable con él. Durante varios años había vivido tranquilamente y no le había causado ningún daño a nadie. Eso cambió hace cinco años cuando cobró su primera víctima.

Mordisqueando el último pedazo de la barra de chocolate, se preguntó qué había salido mal. Él nunca había querido lastimar o matar a alguien. Todavía no quería hacerlo.

Tal vez no debía haber robado esas camisas de fuerza cuando había sido dado de alta del hospital psiquiátrico. Es sólo que había tenido esa sensación irresistible de que algún día las necesitaría. Y las cadenas que poco a poco había acumulado durante los años insistieron en que las guardara.

Pero, ¿qué iba a suceder ahora? Si no cobraba otra víctima, sabía que las cadenas lo vencerían, lo

atarían, cerrarían su puerta para que no pudiera salir, lo dejarían igual de indefenso como había sido de niño. Necesitaba encontrar una tercera víctima, y rápidamente.

De repente, las cadenas murmuraron, diciéndole que se mantuviera alerta. Efectivamente, dos mujeres estaban saliendo del centro comercial, ambas vestidas con uniformes de enfermera. Una era demasiado joven y esbelta. Pero la otra era corpulenta y de mediana edad, exactamente la mujer que estaba buscando.

Vio como ambas caminaron a un carro en el próximo carril de estacionamiento. La mujer que necesitaba iba a conducir. Encendió el motor y comenzó a seguir el carro.

Al seguir el carro a un vecindario suburbano, sabía que algo andaba mal. Aunque pudiera coger a la mujer, todavía no podría llevársela. El problema era simple.

No elegí a las otras, ellas me eligieron a mí.

La primera vez, hace cinco años, esa pobre mujer en Eubanks lo había provocado cuando había recogido algo de cambio que ella había dejado en una tienda.

“¡Qué muchacho tan dulce!”, había dicho.

Esas palabras y ese tono—tan condescendiente, como si fuera un retrasado. Le resultó insoportable y recordó a su madre y las monjas.

Pasó lo mismo con la mujer en Reedsport.

“¡Qué buen muchacho!”, había dicho cuando la había ayudado con sus compras.

Ambas mujeres habían sellado sus destinos con esas palabras bien intencionadas. Pero esta mujer no le había dicho nada en absoluto. Sin tal impulso, sin tal provocación, era incapaz de actuar.

Y si no actuaba, estaría a la merced de las cadenas.

El carro que estaba siguiendo se detuvo en frente de una casa. La mujer más joven se bajó, se despidió de la conductora y entró a la casa. La otra mujer comenzó a conducir de nuevo, y él continuó siguiéndola. Todavía no tenía ni idea qué hacer ahora.

Pero ahora las cadenas le estaban hablando, explicándole todo. De alguna manera iba a tener que provocarla a *ella* para que lo provocara a *él*. Y las cadenas tenían sus propias ideas sobre cómo hacerlo. Iba a requerir una sincronización perfecta, y las cadenas no estaban muy seguras de que él fuera capaz de hacerlo. Decidió demostrarles que estaban equivocadas.

Ahora estaba siguiendo a la mujer por una carretera que atravesaba un parque. No veía a nadie por ningún lado. Parecía el lugar perfecto para actuar.

“¿Aquí?”, le preguntó a las cadenas.

Las cadenas sonaron, estando de acuerdo.

Más adelante, en el borde del parque, había un semáforo. La luz estaba en verde, pero las cadenas le aseguraron que estaba a punto de cambiar. Pasó el carro de la mujer cuidadosamente y condujo directamente en frente a ella. La luz se puso amarilla, y él aceleró un poco, como si quisiera pasar la intersección antes de que se pusiera la luz roja.

Luego apretó los frenos con fuerza. Efectivamente, el carro de la mujer chocó contra la parte trasera de la furgoneta. La colisión no fue lo suficientemente fuerte como para causar mucho daño, pero sirvió su propósito.

Puso la palanca de velocidades en estacionar y se bajó de la furgoneta. La mujer alejó su carro de la furgoneta unos pies, y luego se bajó, viéndose muy preocupada. Caminó a la parte trasera de la furgoneta e inspeccionó los daños menores a ambos carros. Cuando la mujer se acercó, intentó explicarle lo que había sucedido y pedirle disculpas.

“Yo—yo—yo—”, tartamudeó.

El rostro de la mujer se llenó de compasión.

“¡Hay, pobrecito!”, dijo. *“Fue mi culpa obviamente. Buscaré la información de mi seguro”.*

Volvió a su carro y abrió la guantera.

Sintió exactamente la agresión y la ira que necesitaba.

“¡Hay, pobrecito!”, había dicho.

¿Qué pensaba que era, un bebé?

Abrió la parte trasera de su furgoneta y sacó un montón de cadenas. Luego se quedó parado allí, esperando, con las cadenas en su espalda sujetadas con una mano. Cuando la mujer salió de nuevo, señaló nuevamente a su parachoques trasero, como si estuviera tratando de enseñarle más daños.

“¿Qué pasa?”, preguntó.

Cuando se inclinó un poco para ver mejor, golpeó la parte posterior de su cabeza con las cadenas. Se derrumbó perfectamente, cayendo la cabeza en el suelo de la furgoneta, completamente inconsciente. Todo lo que tenía que hacer era meter sus piernas en la furgoneta y cerrar las puertas.

Cuando se alejó conduciendo, las cadenas estuvieron silenciosas. Entendía el por qué. Estaban un poco asombradas. No esperaban que lo hiciera de una forma tan audaz y hábil. Lo habían subestimado. Había demostrado que era su maestro—al menos por ahora.

*

Llegó a su casa una hora más tarde. Estacionó la furgoneta a un lado de la casa, cerca de la puerta del sótano. Luego se bajó, caminó hacia la parte trasera de la furgoneta y abrió las puertas.

Allí estaba ella, totalmente quieta, un charco de sangre alrededor de su cabeza. Se inclinó sobre ella para asegurarse de que todavía respiraba. Afortunadamente, estaba respirando. Las cadenas querían que estuviera viva, al menos por ahora.

Se había detenido en la carretera en las afueras de Albany para ponerla en la camisa de fuerza. Tarde o temprano, recuperaría el conocimiento, y a las cadenas les había parecido mejor ponerla en la camisa de fuerza enseguida.

Ahora venía la tarea difícil de meterla en el sótano. La mujer era un poco más pesada que las otras, y él no era nada fuerte. Jaló y jaló hasta que pudo sacarla de la furgoneta y luego jaló y jaló un poco más hasta que llegó a la puerta del sótano. Abrió la puerta y la empujó adentro.

Emitió un gemido fuerte cuando la rodó por el piso de cemento, pero luego se quedó callada de nuevo. Tenía el catre preparado. Colocó el cuerpo de la mujer encima del mismo torpemente, luego también sus piernas.

Desde ese momento, las cosas se volvían mucho más fáciles. Comenzó a envolver las cadenas alrededor de ella, atándola firmemente al catre. Las cadenas se rieron de deleite. Estaban bastante contentas con su trabajo.

Cuando terminó de envolverla, la escuchó hablar.

“¿Dónde estoy?”, dijo, empezando a recuperar el conocimiento. “Dios mío, ¿dónde estoy? ¿Qué está pasando?”.

Le exigió silencio. Si sólo pudiera hablar, le explicaría que no debía decir ni una palabra. En este lugar, sólo las cadenas podían hablar.

No sirvió de nada.

“¿Dónde estoy?”, dijo de forma lenta, aterrorizada. “Que alguien me ayude”.

Metió un trapo en la boca de la mujer y luego la amordazó, envolviendo una cadena alrededor de toda su cabeza. Continuó moviéndose y gimiendo. Sus ojos abiertos contemplaban toda la habitación. Siguió su mirada y vio que estaba observando el pequeño altar que había hecho.

Un tablero de anuncios reclinado sobre una mesa que estaba contra la pared. Sobre la mesa había puesto zapatos, una insignia de una guardia de prisión, el uniforme y la credencial de una enfermera, unos botones y otros objetos que habían pertenecido a las otras dos mujeres. En el tablero estaban sujetos obituarios, folletos de funerales y fotos que le había tomado a las flores que había dejado en las tumbas.

Le alegraba que estuviera observándolo. Debería darle algún consuelo. Seguramente entendía que ella también sería conmemorada allí cuando llegara el momento. Una lágrima vino a sus ojos y pensó como había llorado por las otras dos mujeres—y cómo lloraría por esta.

Pero la mujer gimió fuertemente contra la mordaza. Ella no lo entendía y era exasperante. Todo esto sucedería de la misma forma que antes. Aflojaría las cadenas y le quitaría el trapo para darle un poco de agua, y ella gritaría incontrolablemente.

Tal vez podría hacer que esta entendiera. Tomó su navaja de su bolsillo, la abrió y la colocó cerca de la garganta de la mujer, exigiéndole silencio de nuevo. Seguramente entendería que no quería cortar su garganta, y que la elección era suya. Todo lo que tenía que hacer era guardar silencio.

Sus gemidos se calmaron un poco. Aun así, todavía vio un rastro de desafío en sus ojos. No servía para nada. Tarde o temprano, ésta también iba a gritar y no tendría ninguna otra opción que matarla.

Y, como la última vez, la colgaría para que todos la vieran. La advertencia era absolutamente necesaria. El mundo tenía que saber. El mundo tenía que entender. Tenía que decirle al mundo que lo dejara en paz. Todavía no sabía cómo y dónde la exhibiría. Las cadenas le dirían qué hacer.

Eso es lo que siempre pasaba. Matar a las mujeres nunca fue su intención. Pero tarde o temprano las cadenas no le darían otra opción. Sólo era un hecho de la vida, y nunca sería capaz de cambiarlo.

Capítulo 27

El mensaje llegó en su tercer día en Nueva York, mientras que Riley y April estaban sentadas en la zona de restaurantes del Museo de Historia Natural. Estaban comiendo perros calientes con una variedad de guarniciones. A Riley le sorprendió ver que su celular mostraba un texto de Lucy.

“Disculpa por molestarte en tus vacaciones. Llámame si puedes”.

El interés de Riley se despertó.

“¿Qué pasa, Mamá?”, le preguntó April a Riley.

“Es Lucy, digo la Agente Vargas. La conociste la noche en que tuvimos el allanamiento”.

April se veía intrigada. Riley no había visto esa mirada de interés honesto en el rostro de April desde que habían llegado a la ciudad.

Habían estado haciendo todas las cosas de turistas, visitar la Estatua de la Libertad, subir todo el Empire State Building y ver una matiné en Broadway. Todavía conmocionada por su terrible experiencia, el entusiasmo anterior de April había desaparecido.

Riley no podía culparla. La verdad era que estaba pensando que este viaje podría haber sido una mala idea desde el principio.

“¿Qué quiere?”, preguntó April.

“Quiere que la llame”, dijo Riley. “Puede esperar”.

“¿Por qué esperar?”, preguntó April, encogiéndose de hombros.

Era una buena pregunta. No era como si Lucy fuese a estropear algo. Riley marcó el número.

“¡Riley!”, casi gritó Lucy al contestar. “¡Me alegra mucho hablar contigo!”.

“¿Qué está pasando?”.

“Tenemos otra víctima”, dijo Lucy.

Los nervios de Riley se pusieron de punta. Había tenido un presentimiento que el asesino iba a atacar de nuevo, más temprano que tarde. A veces no le gustaba tener razón.

“Estoy en Albany”, explicó Lucy. “Una mujer de por aquí desapareció de su carro. Ella era enfermera. En uniforme, como la otra mujer”.

El interés de Riley se despertó. Eso confirmaba un patrón definido—una guardia de prisión y ahora dos enfermeras, todas mujeres uniformadas

“¿Estás segura de que es nuestro tipo?”, preguntó Riley.

“Sí, nuestros agentes en la oficina también están seguros. La policía encontró una cadena en el pavimento. Sabían sobre el asesino de las cadenas, así que hicieron un informe para la oficina de campo del FBI y los agentes me contactaron en Reedsport. La cadena podría sólo haber sido una coincidencia, pero...”.

“Pero las cadenas señalan que es nuestro psicópata”, dijo Riley, respirando profundamente. Luego notó que April estaba mirándola y escuchando con aprensión.

“¿Por qué querías hablar conmigo?”, preguntó Riley.

Cayó un silencio. Riley sentía que Lucy se estaba preparando para pedirle un favor.

“Riley, llamé a Quántico”, dijo la agente junior. “El Agente Meredith dijo que enviarían a alguien para que fuera mi compañero. No sé a quién todavía. Y ya estoy trabajando con la oficina de campo aquí, por supuesto, pero...”.

La voz de Lucy se quebró.

“No, esto es loco”, dijo. “Estás de vacaciones. No debí haberte molestado. Hablamos luego”.

“Dímelo”, dijo Riley.

Hubo otra pausa.

“Mira, no importa a quién envíen, probablemente seré la investigadora principal, porque ya estoy en este caso. No estoy segura que estoy preparada para eso. Ya siento que esto supera mis habilidades. Me preguntaba si podías venir y...”.

Lucy se detuvo de nuevo, pero no tuvo que terminar su oración. Riley entendía perfectamente que Lucy quería que ella tomara las riendas nuevamente.

“No estoy segura de esto, Lucy”, dijo Riley. “Meredith me tiene bajo órdenes muy estrictas de permanecer en licencia”.

“Lo entiendo”, dijo Lucy. “Sabía que era una locura. Lamento haberte molestado”.

“No, espera, no cuelgues”, dijo Riley.

Vino otro silencio. Riley no sabía qué decir.

“Te llamaré de nuevo”, dijo finalmente.

“Está bien”, respondió Lucy.

Finalizaron la llamada.

“¿Qué fue eso?”, preguntó April.

“Hubo otro secuestro en el norte de Nueva York”, dijo Riley. “Lucy quiere que vaya para trabajar en el caso”.

Los ojos de April se abrieron.

“¿Y qué vas a hacer?”, preguntó.

“Creo que debo ir”, dijo Riley. “Tendría que montarme en el próximo tren a Albany”.

April se veía alarmada.

“Ay, no, Mamá”, dijo. “Ni siquiera lo pienses. No me vas a enviar a quedarme en casa de Papá. No iré para allá”.

Riley suspiró. April tenía razón. Pero, ¿cuáles eran las alternativas?

“¿Por qué no voy contigo?”, dijo April.

Estaba sonriendo. A Riley le pareció agradable verla sonreír de nuevo.

“Tal vez podría ayudar”, agregó April.

“Absolutamente no”, dijo Riley. “Si vienes, te quedarás quietecita en nuestra habitación de hotel. No quiero oír quejas al respecto”.

April hizo una pequeña mueca.

“Está bien”, dijo. “Pero más te vale que el hotel tenga piscina. Y tendré que comprar un traje de baño. Todavía estoy de vacaciones, incluso si tú no lo estás”. April se quedó callada por un momento y luego añadió, “Prometo que te dejaré hacer tu trabajo. Me mantendré al margen”.

“Trato hecho”, dijo Riley. Llamó a Lucy para decirle que iba en camino.

*

Riley llegó a Albany unas cuatro horas más tarde y estaba montada en un carro que Lucy conducía. Iban dejando a April en una linda habitación que Lucy había reservado. Se conectaba directamente a otro cuarto donde se estaba hospedando Lucy. Riley y April pudieron comprar un traje de baño ahí en el hotel, y había dejado a su hija chapoteando felizmente en la piscina. Se sentía bien el saber que April estaba en un lugar seguro.

Lucy las llevó a un parque y se detuvo cerca de un carril bloqueado donde un carro vacío todavía yacía en el camino. Un par de agentes de policía de Albany estaban cerca de allí. La porción del parque que lo rodeaba también estaba acordonada del público con una cinta de escena del crimen.

“Aquí estamos”, dijo Lucy. “Les pedí que dejaran todo en su lugar hasta que llegaras”.

Se bajaron del carro y fueron a inspeccionar la escena. Riley pudo ver que la parte delantera del

carro estaba abollada, pero no seriamente. Obviamente no había sido un accidente en alta velocidad. La puerta del conductor todavía estaba abierta.

“Su nombre es Carla Liston”, dijo Lucy. “Iba en camino a su casa después de terminar su turno en el hospital y hacer unas compras con una amiga. Esa amiga era Myra Cortese, otra enfermera. Liston había dejado a Cortese antes de llegar a este lugar”.

Lucy señaló la acera delante del carro.

“Aquí hay un pequeño frenazo”, dijo. “Y algunos fragmentos de vidrio en la carretera, pero son de su faro”.

Riley se inclinó y examinó la abolladura en la parte delantera del carro. “Manda a analizar estas marcas blancas”, dijo. “Seguro son del vehículo del asesino e identificarán la marca. Eso también significa que tiene un parachoques trasero abollado”.

“El vehículo del secuestrador debió haberse detenido de repente en el semáforo. Supongo que fue deliberadamente para que ella le llegara por detrás. La atacó cuando se bajó de su carro para inspeccionar los daños”.

Riley asintió con la cabeza, estando de acuerdo.

“Y estamos seguras de que es pequeño y que no es amenazador”, agregó Riley. “Así que no se asustó al verlo. ¿Tienes alguna novedad respecto a su perfil?”.

“Sí”, dijo Lucy. “Creo que tartamudea. Eso lo descubrí de una florista que recordó a un extraño que no podía decirle lo que quería comprar para el funeral”.

“Buen trabajo”, dijo Riley. “Eso podría ser una pista importante”.

Miró la parte delantera del carro de la mujer más de cerca.

“Los daños están más arriba de lo que esperarías de un carro de tamaño normal. Eso significa que probablemente es una furgoneta o camioneta. Ya habíamos supuesto que probablemente utiliza una furgoneta. ¿Y la cadena que dijiste que los policías encontraron?”.

Lucy sacó una fotografía a color de una carpeta y se la entregó a Riley. La foto había sido tomada mientras la cadena aún yacía en el pavimento. Era una cadena de cobre corta y pequeña, del tipo que podría utilizarse para cerrar una puerta.

“No es el tipo de cadena que utilizó para atar a las víctimas”, dijo Lucy. “¿Crees que la dejó como una especie de mensaje?”.

“No lo creo”, dijo Riley. “Deja su mensaje cuando cuelga a la víctima. Supongo que esta sólo se cayó de la parte trasera de su furgoneta sin que se diera cuenta. Probablemente conduce con todo tipo de cadenas en su furgoneta”.

“¿Pero por qué?”, preguntó Lucy. “Quiero decir, ¿aparte de tenerlas para atacar a sus víctimas?”.

Riley no respondió. Era una buena pregunta, y también una importante. Lo que estaba impulsando a este asesino no se le estaba haciendo evidente. Quería otra opinión.

“Voy a hacer una llamada telefónica”, dijo Riley.

Caminó a un banco del parque y se sentó, y luego marcó el número de Mike Nevins en su teléfono celular. Su amigo psiquiatra forense tenía una amplia gama de experiencia con varios tipos de asesinos y otros criminales. El FBI lo llamaba a menudo para que fuera consultor en casos difíciles.

Cuando contestó, Riley dijo, “Mike, necesito tu opinión. Estoy en Albany trabajando en el caso del asesino de las cadenas. Secuestró a otra mujer”.

“Pensé que estabas de licencia”, dijo Mike.

Riley suspiró. Realmente no quería hablar de esto con Mike. No aprobaría que estuviera desafiando las órdenes de Meredith.

“Bueno, lo estaba, pero ya no lo estoy. No me hagas preguntas sobre eso, ¿vale? Asumo que estás familiarizado con el caso”.

“Sí, me he estado manteniendo al tanto. Ha cometido dos asesinatos. Las víctimas fueron encontradas

con camisas de fuerza y envueltas con cadenas en ambos casos”.

“Eso es correcto”, dijo Riley. “Y las envuelve con muchas más cadenas de las que se necesitan para atar a cualquier persona. Incluso las envuelve alrededor de la boca de la víctima. Parece que está obsesionado con cadenas de todo tipo. Debe recolectarlas donde quiera que vaya. Dios sabe cuántas tiene en su casa. Es como si las cadenas fueran una especie de fetiche”.

Riley se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro.

“La cosa es que no lo entiendo”, dijo. “¿Por qué cadenas? ¿Por qué no otra cosa? ¿Y para qué son necesarias encima de una camisa de fuerza? Es por eso que necesito saber lo que piensas de esto”.

Hubo un momento largo de silencio.

Finalmente, Mike dijo, “Puedo pensar en posibles razones, pero en este punto sólo sería especulación. Conozco a alguien con el que deberías hablar, pero tendrás que visitarlo en Sing Sing”.

Capítulo 28

Un guardia guio a Riley a una pequeña habitación con paredes de color crema y una ventana enrejada. En una de las paredes había un espejo con marco que obviamente era una ventana de observación para las personas que estaban viendo desde el otro lado. El guardia miró a Riley inquisitivamente y ella dijo, “Está bien”. Salió y cerró la puerta detrás de él.

El prisionero, revestido en un mono verde oscuro, ya estaba sentado en la mesa, esperando. Estaba sonriéndole.

Riley todavía no estaba segura qué pensar de esa sonrisa. Después de todo, era la sonrisa de un asesino despiadado que estaba cumpliendo una cadena perpetua. Se sentó en la silla libre al otro lado de la mesa en frente a él.

Shane Hatcher era un afroamericano robusto. Mike Nevins le había dicho a Riley que tenía cincuenta y cinco años, pero que se veía más joven. Riley supuso que se cuidaba bien y que usaba los equipos de ejercicio de Sing Sing.

“Debes ser la Agente Riley Paige”, dijo Hatcher. “Mike Nevins me ha hablado de ti”.

“Espero que te haya dicho cosas buenas”, dijo Riley.

Hatcher no le respondió, y su sonrisa se volvió más inescrutable.

Llevaba gafas de lectura pequeñas que estaban en el puente de su nariz. Pero no lo hacía parecer un ratón de biblioteca. Su cara era demasiado imponente para eso.

El día de ayer Mike le había dicho a Riley que debía hablar con Hatcher, y rápidamente había programado la visita para esta mañana. Había hecho el viaje de dos horas de Albany al Centro Penitenciario Sing Sing sola, porque Lucy estaba esperando que llegara su nuevo compañero en la oficina de campo del FBI en Albany.

“Mike me agrada”, dijo Hatcher. “Me contactó después de haber leído uno de mis artículos. He publicado en algunas revistas, sabes. He estudiado mucho aquí. Criminología, más que todo. Ya me he vuelto un experto. Me he ganado algo de respeto en el campo. Supongo que quizás pueda compartir algunas ideas con el mundo, es una especie de expiación”.

Se inclinó hacia ella y añadió con un poco de confidencialidad, “He cambiado mucho. No soy el mismo chico que entró aquí”. Tras un breve silencio, dijo, “Pero nadie permanece igual por mucho tiempo aquí”.

Riley sintió que eso era cierto, pero no estaba segura en qué manera. Este hombre había estado en Sing Sing por mucho tiempo. ¿Estaba rehabilitado y listo para regresar a la sociedad libre? Ninguna junta de libertad condicional había creído eso en varias décadas. No, había una razón por la cual Shane Hatcher todavía estaba tras las rejas. También había una razón por la cual había sobrevivido. Quizás era un mejor ser humano que el chico que entró aquí, pero también era más astuto, tal vez más retorcido. En realidad podía ser más peligroso.

Miró a Riley de cerca, aparentemente catalogándola.

“¿Entonces por qué debo hablar contigo?”, preguntó. “¿Qué sacaré yo de este trato?”.

No era una pregunta completamente inesperada. Antes de venir aquí, Riley se había preguntado si debía traer un poco de contrabando—un paquete de cigarrillos o una botella pequeña de whisky. Los presos siempre querían algo de los visitantes. Hatcher no iba a ser la excepción.

“¿Qué tienes en mente?”, le preguntó Riley con cautela.

Hatcher le dio unos golpecitos a la mesa con sus dedos.

“Bueno, te diré lo que quieres saber—siempre y cuando *tú* me digas algo a cambio cuando

terminemos. Algo que no quieres que las personas sepan. Algo que no quieres que nadie más sepa”.

Riley intentó ocultar su incomodidad. Esto podría ser difícil. Probablemente esperaba que le dijera algo que pudiera utilizar como chantaje.

Pero lo que realmente la sorprendía era que no le estuviera pidiendo este favor por adelantado, antes de siquiera hablar con ella. Riley podía decir que no, por supuesto.

¿Pero de verdad podría hacerlo? ¿La había señalado correctamente como alguien cuya palabra era confiable?

“Trato hecho”, dijo.

“Comencemos entonces”, dijo Hatcher.

Riley decidió ir directo al grano.

“Mike me dice que sabes mucho sobre cadenas”, dijo.

La sonrisa de Hatcher se volvió un poco más oscura.

“Sí, me llamaban ‘Shane de las Cadenas’ cuando era un pandillero en mi época. Peleaba mucho con cadenas, era como un distintivo. Eso me hacía un tipo bastante escalofriante, así que subí en la jerarquía rápidamente. Y maté a unas cuantas personas con esas cadenas. No me importaba el número. Era un guerrero callejero, después de todo”.

Su mirada se volvió lejana al perderse en el recuerdo.

“Había un policía que la tenía tomada conmigo”, dijo. “Juró que me vencería, y juré que lo mataría si lo intentaba. Bueno, ese día llegó, y lo pulvericé con unas cadenas para llantas. No quedó mucho de él cuando terminé. En su funeral se mantuvo el ataúd cerrado”.

Sus ojos se estrecharon.

“Debo mencionar que tiré su cuerpo en su porche delantero para que su esposa y sus hijos lo encontraran. Allí fue cuando me atraparon. Y así es como llegué aquí y por qué sigo aquí”.

A Riley le sorprendió lo tranquilamente que lo dijo, como si estuviera hablando de otra persona. Estudió su expresión para ver si había algún rastro de arrepentimiento, pero no pudo detectar nada. Su historia dejaba claro por qué no había sido puesto en libertad condicional.

Hatcher continuó, “Mike me habló del asesino en serie que estás buscando. Cómo ata a mujeres con cadenas, las tortura y deja sus cuerpos encadenados. En camisas de fuerza, también”.

“Eso es correcto”, dijo Riley. “Está obsesionado con las cadenas. Parece que colecciona todo tipo de cadenas”.

“Puedo entender el por qué”, dijo Hatcher. “Las cadenas te dan una sensación de poder. Para mí, empezaron siendo un artilugio, una forma de intimidar. Nunca había planeado matar a nadie. Pero las cadenas se volvieron en una adicción. Realmente llegué a amarlas. Y matar se sentía genial, nunca quería parar. Las cadenas me hicieron llegar al límite, me hicieron pasar de un niño estropeado a un monstruo sanguinario”.

Hatcher se rascó su mentón pensativamente.

“¿Qué tipo de evidencia física tienes?”, preguntó. “Digo, ¿aparte de su interés en las cadenas y camisas de fuerza?”.

Riley lo pensó por un momento.

“Mi compañera encontró una tarjeta de presentación que podría tener una muestra de su letra”, dijo. Sacó una imagen ampliada de la tarjeta de su carpeta y la rodó al otro lado de la mesa. Hatcher la tomó y la miró, subiendo sus gafas de lectura por el puente de su nariz.

“Supongo que ya chequearon para ver si tenía huellas dactilares”, dijo.

“Sí, sólo encontramos una parcial y no pudimos coincidir”.

Hatcher ajustó sus gafas para ver mejor.

“¿Qué han dicho los expertos en letras de la UAC sobre ella?”, preguntó.

“No nos han dicho nada todavía”.

Hatcher parecía estar cada vez más fascinado con la tarjeta.

Dijo lenta y tentativamente, “Hay algo en esa letra. Pero no sé qué exactamente...”.

Luego chasqueó los dedos.

“Sí, ya sé lo que es. Se parece mucho a la letra de David Berkowitz. Has oído hablar de ‘El Hijo de Sam’, ¿cierto?”.

“Claro que sí”, dijo Riley.

Había estudiado a David Berkowitz en la Academia. Fue un asesino en serie psicótico que asesinó a seis personas e hirió a siete más a mediados de la década de 1970. Antes de ser capturado dejó atrás cartas firmadas con “El Hijo de Sam”. El nombre había quedado desde entonces.

Riley también sabía que Berkowitz había pasado algún tiempo en Sing Sing. Se preguntaba si Hatcher había llegado a conocerlo. Hubiera sido una relación fascinante.

Hatcher se refirió a detalles en la escritura.

“Son las mismas letras verticales”, dijo. “También se ve tensa, como la de Berkowitz. Apuesto a que tu chico tiene mucho en común con él”.

“¿Por ejemplo?”, preguntó Riley.

Hatcher se reclinó en su silla.

“Bueno, Berkowitz fue dado en adopción cuando fue bebé. Creció sintiéndose abandonado. Tenía cuestiones sin resolver con su madre”.

Hatcher pensó un poco más.

“Comienza a tener sentido”, dijo. “A Berkowitz no le gustaban las cadenas, pero he conocido a otros que sí. He hablado con ellos sobre eso. Una cosa que la mayoría de los tipos a los que les gustan las cadenas tienen en común es trauma en la infancia, tal vez abandono. Fueron maltratados con cadenas cuando niños, golpeados con ellas, restringidos con ellas. Estaban indefensos, así que se apoyaron en las cadenas para tener poder”.

Ahora Hatcher se estaba animando más. Evidentemente disfrutaba tener a alguien con quien hablar, especialmente a alguien quien pudiera educar.

Continuó, “Obviamente las cadenas nunca les *darán* esa sensación de poder, porque las cadenas los hicieron sentirse indefensos para empezar. Pero estoy seguro que has oído hablar de la definición de Einstein de la locura”.

Riley asintió. “Dijo que era hacer algo una y otra vez y esperar un resultado diferente”.

“Ahora, ese no es *mi* perfil, porque no soy ningún psicópata”, dijo Hatcher. “Pero si estamos hablando de un verdadero asesino en serie, bueno...”.

Hatcher miró a Riley fijamente a los ojos y dijo, “Creo que lo mejor es que investigues orfanatos y cosas por el estilo. Busca a alguien que ha sido abandonado y restringido. Alguien que ha sido torturado”.

Golpeó sus nudillos contra la mesa.

“¿Hay algo más que puedo hacer por ti?”, preguntó.

Riley se sentía más que satisfecha.

“No, esto es más que suficiente”, dijo.

“¿Entonces qué es lo que no quieres que las personas sepan de ti?”, preguntó.

Riley se quedó callada por un momento. Vaciló. Ahora simplemente podía levantarse de la silla e irse, rompiendo su parte del trato. El hombre no constituía ninguna amenaza para ella, después de todo. Nunca iba a salir de este lugar.

Pero sus ojos estaban puestos en ella. Su voluntad era extremadamente fuerte. Y él la entendía de una forma muy incómoda. Sabía que no rompería su palabra. Aunque no sabía el por qué, no podía hacer eso. Pero, ¿qué podría decirle que no le daría más poder sobre ella que el que ya tenía?

“Soy una mala madre”, dijo.

Hatcher negó con la cabeza y se rio entre dientes.

“Vas a tener que darme algo mejor”, dijo. “No quiero escuchar algo que ya todos los que te conocen saben de ti. Hasta yo descifré eso”.

Riley sintió un escalofrío. Probablemente realmente había descubierto muchas cosas de ella. Pensó en silencio por unos instantes.

Finalmente dijo, “Me dijiste que matar con cadenas se sentía bien. Conozco esa sensación”.

“¿De veras?”, preguntó, intrigado.

“Recientemente maté a un hombre con una piedra afilada”, dijo. “Se la partí en la cabeza, una y otra vez. Y la cuestión es que no me arrepiento, ni un poco. Ojalá pudiera hacerlo de nuevo”.

Sonrió ampliamente, aparentemente disfrutando de su respuesta.

“Y ahora, si no te importa, me gustaría irme”, dijo.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, se preguntó, *¿por qué le estoy pidiendo permiso?* Realmente tenía una tremenda fuerza de voluntad.

“Sólo una cosa más”, dijo Hatcher. “Me gustaría una respuesta honesta a una pregunta simple. ¿Crees que vale la pena mantener a un hombre como yo con vida?”.

Riley sintió una sonrisa formarse en su rostro.

“No”, dijo.

Hatcher se rio entre dientes y se levantó de su silla.

“Regresa a verme cuando quieras”, dijo. Luego, encogiéndose de hombros y guiñando el ojo, añadió, “Aquí estaré”.

*

Después de su charla con Hatcher, Riley regresó al vehículo del FBI para su viaje de regreso a Albany. Antes de arrancar el carro, llamó a Lucy a la oficina de campo. Le dijo lo que había hablado con Hatcher y le pidió a Lucy que le solicitara a la UAC que empezara a investigar orfanatos, casas de acogida y servicios de adopción con referencias cruzadas de impedimentos del habla, especialmente de tartamudeo.

“¿Quieres decir que investiguemos los lugares que han sido acusados de usar restricciones excesivas?”, preguntó Lucy.

“Sí, pero también deben verlo de otra forma, buscar registros de niños que han sido restringidos. Sobre todo con cadenas. Deben hacer referencias cruzadas de todo eso con lo que proyectamos que es la edad y el físico probable del asesino de las cadenas. Todavía no sabemos exactamente lo que estamos buscando, pero sería un comienzo”.

“¿Está bien, algo más?”.

“Realmente deben hacer referencias cruzadas de todo lo que tenga que ver con cadenas”.

Lucy estuvo de acuerdo y luego colgó. Riley tenía la esperanza que la búsqueda de la UAC fuera más útil que las entrevistas que les habían hecho a los familiares y compañeros de trabajo de la víctima de secuestro. Los familiares de la mujer estaban emocionalmente devastados y en grave estado de negación. Se negaban a creer que había sido secuestrada. Ellos insistían que tal vez había sido lastimada en el accidente y que estaba deambulando en un estado de confusión. Aun así, estaban ansiosos por que la policía y el FBI se encargaran de todo, que la encontraran y que la devolvieran a casa.

La enfermera que había sido dejada en su casa por la víctima había intentado ser de ayuda. Había descrito todo lo que habían hecho en el centro comercial después del trabajo, pero se había detenido y corregido su historia varias veces, poniendo los acontecimientos en un orden diferente.

“Lo siento mucho”, había dicho. “Sé que debería recordar más. Sólo estábamos pasando un buen rato de compras después del trabajo. Todo era tan normal”.

Riley le había pedido a la mujer angustiada que llamara si se acordaba de otra cosa, hasta de cualquier pequeño detalle. Pero esa posibilidad no parecía probable.

Riley se sentía triste mientras conducía a Albany. Pero esperaba que la UAC descubriera algo útil para cuando llegara.

*

Riley entró en la oficina de la oficina de campo del FBI ni dos horas después. Cuando vio quien estaba con Lucy, se detuvo en seco. El hombre que estaba registrando su llegada era Bill Jeffreys. Se apartó del escritorio justo a tiempo para ver a Riley.

“¿Qué estás haciendo aquí?”, preguntó.

“¿Qué estás haciendo *tú* aquí?”, respondió Riley.

“Meredith me envió para ayudar a la Agente Vargas”, dijo. “Sé que no te envió a ti. Se supone que debes estar de licencia. Me dijo que era una orden”.

Lucy se veía mortificada.

“Ay no”, dijo. “Todo esto es mi culpa”.

“No, no lo es, Lucy”, dijo Riley con cansancio. “Fue mi decisión”.

Bill parecía como si apenas podía creer lo que veía.

“Riley, ¿qué crees que estás haciendo? Ya te despidieron una vez. ¿Quieres que te despidan de nuevo? Y después de todo lo que pasaste con tu hija, ¿crees que estás en un estado mental como para poder volver al trabajo?”.

“Mi mente se encuentra en buen estado”, dijo Riley.

Bill negó con la cabeza. “¿Y qué hay de April?”, preguntó. “¿Dónde está en este momento?”.

“Está aquí en Albany”, dijo Riley. “Está segura, Bill, y así seguirá”.

Lucy intentó ponerse entre Riley y Bill. Dijo, “Agente Jeffreys, asumo toda la responsabilidad. Le pedí que viniera”.

Antes de que Bill pudiera responder, oyó una voz tímida cerca.

“Eh, Agente Paige...”.

Riley y sus compañeros se dieron la vuelta. Un joven técnico tímido y ñoño acababa de entrar en el área.

“Creo que tenemos algunas pistas”, dijo.

Capítulo 29

Las cosas estaban bastante incómodas en la sala de reuniones de la oficina de campo. A Bill claramente no le gustó que Riley estuviera en Albany. Él y Lucy estaban sentados en un extremo de la mesa, repasando la lista de posibles sospechosos. Riley estaba sentada directamente enfrente de ellos, cerciorándose de echarle un vistazo a todos los elementos bajo escrutinio.

Paul Nooney, el técnico tímido que los había llamado en la oficina principal, estaba sentado cerca de todos, ordenando su carpeta de posibles sospechosos. Su computadora portátil estaba abierta y estaba realizando búsquedas a intervalos.

“¿Qué tal este?”, preguntó Bill, pasándole a Lucy una hoja de papel.

“No, no lo creo”, dijo Lucy. “Este hombre se resistió a ser arrestado, y tres policías hicieron falta para someterlo. No estamos buscando a alguien así de fuerte”, dijo.

Riley se acercó y deslizó el papel para poder verlo. Sólo asintió.

“Oigan, aquí hay uno”, dijo Nooney. “Su nombre es Wayne Turner y vive en Walcott. Tiene 28 años de edad, mide cinco pies, seis pulgadas y pesa ciento quince libras. Según la hoja, tiene un leve tartamudeo. Era un huérfano y pasó algún tiempo en un orfanato antes de que fuera adoptado. Hace siete meses fue arrestado por atacar a una mujer afuera de una sala de cine. Ese es su único delito, pero...”.

El interés de Riley se despertó.

“¿Puedes encontrar más información acerca de él?”, preguntó.

Nooney realizó una búsqueda en su computadora portátil. “Recientemente empezó a trabajar con una empresa mayorista de ferretería”, dijo. Mirando los demás, agregó, “Eso significa que tendrá acceso a un montón de cadenas. También significa que viajará bastante por el valle del río. Tal vez ya lo esté haciendo”.

Bill miró a Lucy y dijo, “Me parece que es alguien a quien deberíamos visitar.”

Lucy asintió con la cabeza, y ella y Bill se pusieron de pie. Riley se puso de pie también.

“Tú no”, le dijo Bill a Riley. “No estás asignada a este caso. Sólo vuelve a tu hotel y pasa un tiempo con April. Necesita de tu atención”.

Riley se sentía impedida. Oyó el implícito “y nosotros no” al final de su oración. Sabía que Bill tenía razón. April había estado bastante bien, pero probablemente apreciaría tener compañía.

Luego Lucy dijo: “Volveré al hotel. Puedo trabajar allí y ver cómo está April”.

Riley y Bill miraron Lucy con sorpresa.

Lucy se encogió de hombros y dijo: “Mira, no entiendo lo que está pasando entre ustedes dos, pero tienen que resolverlo. Y yo sólo estorbaré. Vayan y hagan su trabajo”.

Bill dirigió su mirada a Riley. Luego refunfuñó, “Está bien, vamos”.

*

Durante el viaje de media hora de Albany a Walcott, Riley intentó entablar una conversación con Bill un par de veces. No le fue tan bien. Se aventuró una o dos veces para disculparse por haber venido a Albany en contra de las órdenes de Meredith. También había sugerido que tal vez debían discutir las causas de la tensión entre ellos, incluyendo su llamada borracha.

Pero Bill no quería hablar de nada de eso. Eso preocupaba a Riley. Su actitud taciturna no era un buen augurio para entrevistar a un potencial sospechoso.

Bill estacionó el carro del FBI frente a una casa blanca pequeña—una casa ordinaria en un pueblo

pequeño ordinario. Pero a Riley le pareció que era justo el tipo de lugar donde pudiera vivir el asesino de las cadenas.

Riley caminó a la puerta y la tocó. Un individuo con cara de bebé respondió a la puerta. Era bajito y muy delgado.

Por un segundo, Riley casi le pregunta, “¿Se encuentra tu padre?”, pero se detuvo a sí misma.

“¿Eres Wayne Turner?”, preguntó.

“S-sí, ¿p-por qué?”, el hombre tartamudeó nerviosamente.

Bill sacó su placa y le dijo: “Somos los Agentes Jeffreys y Paige del FBI. Nos gustaría pasar y hacerte algunas preguntas”, dijo Bill.

“N-no entiendo”.

“Te explicaremos todo”, dijo Bill. “Sólo déjanos pasar”.

Wayne Turner los llevó a una sala de estar ordenada y modestamente decorada. Con un gesto silencioso, invitó a Bill y a Riley a sentarse.

Turner respiró profundamente para controlar sus facultades de expresión. Luego dijo, muy lentamente pero con fluidez, “Les pido disculpas por mi tartamudeo. Sucede cuando estoy nervioso. He ido mucho a terapia por eso. Generalmente puedo controlarlo”.

“¿Puedes decirnos dónde estabas la noche del pasado miércoles, entre el atardecer y la medianoche?”, dijo Bill.

Turner se veía inquieto, pero logró controlar sus facultades de expresión. “Estaba conduciendo. Entre aquí y Dudley. Estaba visitando a mis padres allá”.

“¿Alguien puede confirmar tu paradero durante ese tiempo?”, preguntó Bill.

“N-no entre las horas de las que estás h-hablando”, dijo Turner, sintiéndose más ansioso. “S-salí de la casa de mis padres como a las ocho. N-no llegué a casa hasta casi la medianoche. Es-es un largo viaje”.

La expresión de Bill demostró su creciente sospecha.

“¿Y el domingo por la noche? ¿Entre las ocho y las diez?”, preguntó.

Los ojos de Turner se movieron de un lado a otro.

“¿El domingo? Yo-yo estaba en c-c-casa”, dijo.

“¿Solo?”, preguntó Bill.

“S-sí”.

Riley podía ver que Turner estaba entrando en pánico. Pero eso no significa necesariamente que él era el hombre que buscaban. Riley había visto a personas perfectamente inocentes asustarse por preguntas como estas. Sabía que esta entrevista iría mejor si ella y Bill no lo ponían a la defensiva. Decidió que sería mejor si ella hacía las preguntas.

“Nos enteramos de que tienes un nuevo trabajo”, dijo Riley de forma agradable. “Felicidades. ¿Puedes hablarnos acerca de él?”.

Turner se veía confundido, pero también un poco halagado. Fue capaz de hablar de forma más calmada ahora.

“Acabo de empezar a trabajar para Herramientas Hermanos Decatur. Una mayorista. Soy un representante de ventas. Estaré viajando bastante. Me gusta eso. Me gusta viajar”.

“¿Y antes de que te dieran este trabajo?”, preguntó Riley.

Turner bajó la cabeza. Notó que había tocado un tema que lo incomodaba.

“M-me costó encontrar trabajo por un tiempo”, dijo. “N-no es fácil cuanto t-tienes problemas para hablar. P-puede pasar en el momento equivocado”.

“Espero que este nuevo trabajo te funcione”, dijo Riley.

“Gracias”.

“Supimos que te arrestaron hace unos meses”, agregó Bill. “¿Podrías hablarnos de eso?”.

Por la reacción de Turner, Riley notó que Bill había tocado un tema que era aún más delicado que sus dificultades de empleo. Esperaba que no saboteara toda la entrevista.

“Ah, e-eso”, dijo Turner, viéndose muy avergonzado. “Una mujer s-se me c-coló en una cola para ver una película. M-me quejé. S-se burló de mi t-tartamudeo”.

Sacudió la cabeza.

“No s-sé lo q-que me entró”, dijo. “La g-golpeé. Nunca había h-hecho nada como eso”.

Riley estudió su expresión. Podría estar diciendo la verdad o no. No lo sabía con certeza.

“Sr. Turner, espero que no te importe que te pregunte esto. Fuiste adoptado, ¿cierto?”.

Turner asintió.

“Dijiste que visitas a tus padres en Dudley”, dijo Riley.

Turner tomó el control de su voz. “Voy allí todas las semanas”, dijo.

“¿Estás en buenos términos con tus padres?”, preguntó Riley.

“Pues claro”, dijo. “Siempre han sido buenos conmigo”.

Riley hizo una pausa y luego dijo, “Estuviste en un orfanato antes de ser adoptado, ¿cierto?”.

Turner asintió de nuevo.

En la voz más suave posible, Riley preguntó, “¿Alguna vez fuiste maltratado allí?”.

Turner la miró directamente a los ojos y habló con calma.

“No me gustó el lugar”, dijo. “En realidad prefiero no hablar de eso”.

A Riley le sorprendió un poco su calma repentina.

Luego Turner preguntó, “¿Soy un sospechoso de un crimen?”.

“Estamos investigando dos asesinatos y un secuestro”, dijo Bill.

Riley sofocó un suspiro. La respuesta de Bill no fue nada elegante. Aun así, Turner no se veía perturbado.

“No he matado, ni lastimado, ni secuestrado a nadie”, dijo Turner. “Ya terminé de contestar preguntas, si eso está bien con ustedes. Si necesitan preguntar algo más, querré que mi abogado esté presente”.

Bill estaba a punto de decir otra cosa. Riley lo silenció con un gesto.

Turner se levantó de su silla y caminó a su escritorio. Rebuscó por unas tarjetas, tomó una y se la entregó a Riley.

“Aquí tienen la tarjeta de mi abogado”, dijo. “Por favor contáctenlo si tienen más preguntas”.

Riley sonrió amablemente y dijo: “Entendemos, Sr. Turner. Gracias por tu tiempo”.

Bill y Riley salieron de la casa y entraron al carro.

Cuando Bill comenzó a conducir, dijo, “¿Viste cómo cambió sus facultades de expresión? Casi ni tartamudeó al final. ¿Qué te parece eso?”.

Riley no respondió. La verdad era que no sabía qué pensar de eso. El cambio en el comportamiento de Turner podría ser una característica de un psicópata sanguinario. Por otro lado, un hombre que vivía con los problemas de expresión de Turner seguramente había desarrollado muchas estrategias de afrontamiento. Tal vez lo que habían visto y oído hace un momento demostraba lo fuerte que era en su interior.

Mientras meditaba en eso, pasó sus dedos por la tarjeta que Turner le había dado. De repente, algo se le ocurrió.

“Bill, él no es nuestro hombre”, dijo Riley.

“¿Por qué no?”.

“¿Recuerdas la tarjeta de presentación de la que te habló Lucy? ¿La que le dio la florista?”.

Bill asintió. “Sí, la que probablemente tiene la letra del asesino”.

“Fue como ordenó las flores”, dijo Riley. “Él la escribió a mano. Wayne Turner no hubiera hecho eso. Habría hablado con la florista, aunque le hubiera costado. Sería una cuestión de orgullo para él. El hombre que estamos buscando no es así. Casi no puede hablar, según la florista. Algunas personas

realmente podrían pensar que es mudo. O que tiene necesidades especiales”.

Bill asintió y agregó, “Y no sería capaz de encontrar trabajo como vendedor”.

El celular de Riley zumbó en ese momento. La llamada era de Lucy.

“Riley, ¿han avanzado en algo?”.

“No”, dijo Riley. “No es el que buscamos. Ya vamos de regreso”.

“Ah, qué bueno”, dijo Lucy, sonando emocionada. “Más te vale que vuelvas a Albany tan pronto como puedas”.

Riley sintió una oleada de pánico.

“¿Ha sucedido algo con April?”, preguntó.

“No, no, April está bien”, dijo Lucy. “Estoy en la oficina de campo ahora. Le pedí a una de las señoras de limpieza del hotel que vigilara a April. Le di una propina bastante alta para que lo hiciera. April estará bien con esta señora”.

Riley dio un suspiro de alivio. Lucy probablemente había encontrado a una mujer hispana, alguien quien hiciera que April recordara a Gabriela. Era una movida inteligente.

“¿Entonces qué pasa?”, preguntó Riley.

“Myra Cortese viene a la oficina de campo”, dijo Lucy. “Ella es la enfermera que había estado con la víctima de secuestro. Dice que está recordando algunas cosas”.

Capítulo 30

Quizás al fin obtendremos algo bueno, pensó Riley. Tal vez la enfermera había recordado algo que les diera alguna dirección, alguna idea de dónde empezar a buscar a Carla Liston. Tal vez encontrarían a este asesino de las cadenas extraño antes de que matara a la mujer que tenía secuestrada.

Cuando ella y Bill volvieron a la oficina de campo, Lucy y Myra Cortese ya estaban esperándolos en una sala de reuniones. La mujer esbelta y de pelo oscuro no tenía puesto su uniforme de enfermera en este momento. Se veía cansada. Indudablemente no había dormido mucho desde que su amiga había desaparecido. Pero también se veía dispuesta a ayudar.

“Lamento no poder haberles dicho más cuando hablaste conmigo la última vez”, dijo Myra cuando Bill y Riley se sentaron en la mesa. “Estaba hecha pedazos. Estaba en shock. No podía pensar con claridad. Creo que recuerdo más ahora. Por lo menos estoy recordando algunas partes”.

“Agradecemos tu ayuda, Srta. Cortese”, dijo Bill. “Cualquier cosa que puedas recordar será de gran ayuda”.

Riley podía ver que Bill ya estaba preparado para empezar a hacer preguntas. Riley negó con la cabeza e hizo un gesto sutil hacia Lucy. Riley prefería que Lucy pusiera en práctica su sensibilidad y habilidad en esta entrevista. Bill entendió el mensaje, asintió con la cabeza y se quedó callado.

“No estoy segura por dónde empezar”, dijo Myra. “Estoy recordando detalles, pero no sé cuáles son los que importan. Sólo pensé que debía venir e intentarlo de nuevo”.

“No te preocupes”, dijo Lucy. “Te guiaremos en los pasos. Comencemos en el centro comercial. Tú y Carla se fueron de compras después del trabajo y...”.

“En realidad, eso no es cierto”, explicó Myra. “Realmente no estábamos de compras. Hay un pequeño café en el centro comercial que nos gusta. Vamos casi todos los días después de cerrar la clínica. Sólo compramos unos capuchinos y hablamos un rato sobre cualquier cosa que no sea del trabajo”.

Riley se sintió alentada. Podía notar por el tono de voz de Myra que estaba en un mejor estado mental que en su entrevista anterior.

“Muy bien, Srta. Cortese”, dijo Lucy. “Espero que no te importe si te hacemos algunas de las mismas preguntas que antes”.

“Para nada”.

Lucy la miró con una expresión agradable y paciente.

“En la cafetería, ¿notaron algo extraño?”, preguntó Lucy. “¿Alguien te llamó la atención? ¿Un empleado o un cliente?”.

Myra se detuvo a pensar.

“No”, dijo. “Jenna era la barista, como de costumbre. De lo contrario, no había mucha gente en el café. Había una pareja de ancianos en una mesa cercana. Y una mujer que Carla y yo conocíamos estaba en otra mesa, una buena amiga. Una pareja joven... un grupo de chicas... No creo que había más nadie”.

“¿A qué hora se fueron?”, preguntó Lucy.

“Como a las nueve, creo”, dijo Myra. “Caminamos por todo el centro comercial hasta el estacionamiento. No quedaba muy lejos”.

Lucy le dio unas palmaditas a la mano de la mujer.

“En el camino por el centro comercial, ¿recuerdas a alguien especialmente?”, preguntó Lucy.

Myra cerró sus ojos.

“Había un hombre”, dijo. “Era alto, fuerte, pelirrojo, tenía una barba. Hizo contacto visual conmigo. Me estaba mirando lascivamente. No me gustó”.

A Riley le pareció que todos estos detalles eran muy alentadores. El hombre que mencionó no encajaba con su perfil, por supuesto. Pero si ella le había echado un buen vistazo al asesino, podría recordarlo y describirlo.

“Muy bien”, dijo Lucy. “¿Y cuándo salieron?”.

“Sólo habían personas, la mayoría de ellas se dirigían hacia sus carros, como nosotras. Había un montón de adolescentes. Nadie me llamó la atención”.

Los ojos de la mujer todavía estaban cerrados. Lucy no la presionó con más preguntas durante unos segundos. Riley sabía el por qué. Era mejor dejar que los recuerdos de la mujer flotaran a la superficie.

“¿Y los vehículos?”, preguntó Lucy finalmente. “Menciona todos los que puedas recordar”.

“Bueno, estábamos estacionadas al lado de algún tipo de carro deportivo bajo”. Hizo otra pausa y luego dijo, “Había una camioneta en frente al carro de Carla. Tenía un pequeña autocaravana. Creo que había un VUD grande al otro lado”.

Riley comenzó a tomar notas. No era imposible que el asesino condujera un VUD o una autocaravana.

Luego Myra dijo, “Ah, y recuerdo una furgoneta blanca. Salió justo cuando nosotras salimos. Era una furgoneta de reparto, de esas que no tienen ventanas a los lados”.

Lucy retiró su mano. Quedó en shock.

“Dios mío”, dijo Lucy.

A Riley le sorprendió la pérdida de compostura repentina de Lucy. Myra abrió los ojos, también sorprendida.

“¿Es eso importante?”, preguntó. “Sabes, creo que vi una furgoneta blanca de nuevo cuando Carla me dejó en mi casa. No sé si era la misma”.

Lucy estaba buscando algo en su teléfono celular. Luego le mostró a Myra una foto.

“¿Se veía así?”, preguntó.

“Pues sí”, dijo Myra. “Estoy bastante segura de que la que estaba en el centro comercial se veía exactamente así”.

Lucy se puso pálida y tembló un poco.

“Myra, has sido de gran ayuda”, dijo con una voz temblorosa. “¿Podrías esperar aquí un minuto mientras hablo con mis colegas a solas?”.

“Claro”, dijo Myra.

Lucy se levantó de su silla. Riley y Bill la siguieron.

“Dios mío”, dijo Lucy. “Me temo que cometí una embarrada muy grande”.

“¿Qué pasa?”, dijo Riley.

Lucy caminó de un lado a otro.

“En Reedsport, luego del funeral de Rosemary Pickens, estaba caminando y una furgoneta blanca se detuvo cerca de mí. Me pareció que estaba demasiado cerca en ese momento”.

Le mostró a Bill y a Riley la imagen en su teléfono celular.

“Luego aceleró y se alejó conduciendo, y yo tomé esta foto. Fue casi automático, pero pueden ver que no agarré el número de la matrícula. No le di mucha importancia—hasta ahora. Debió haber sido él. No lo alcancé. Dejé que se escabullera”.

Riley sintió una oleada de decepción. Era la primera cosa tonta que Lucy había hecho. Pero parecía que Bill no se sentía igual.

“Tómalo con calma”, le dijo a Lucy. “Todavía no estamos seguros que la furgoneta que viste es la que Myra recordó. Hay un montón de furgonetas blancas. Podría ser sólo una coincidencia”.

Riley dudaba de eso. Juzgando por su expresión angustiada, Lucy también lo dudaba.

“Tengo que arreglar esto”, dijo Lucy. “Tengo que hablar con Paul, el técnico. Puede contactar al centro comercial, ver sus fotos de seguridad”.

A poco tiempo después de darle las gracias a Myra Cortese por ser útil y dejarla irse a casa, Riley, Bill y Lucy estaban en el laboratorio, esperando a ver lo que Paul Nooney pudiera encontrar. Inmediatamente le había dicho que la camioneta en la foto de Lucy era marca Ford, de unos diez años. No tenía letras a los lados, ni ninguna otra identificación, aunque la pintura estaba definitivamente rayada.

Ahora el técnico informático estaba buscando una coincidencia en las imágenes de las cámaras de seguridad del centro comercial.

“La encontré”, dijo Paul. “Échenle un vistazo”.

Riley se colocó detrás de Paul con Bill y Lucy. Efectivamente, la cámara había capturado la parte trasera de una furgoneta de reparto blanca marca Ford saliendo del estacionamiento del centro comercial.

“¿Cómo podemos estar seguros de que es el mismo vehículo?”, preguntó Bill.

Lucy colocó la foto de su teléfono móvil junto a la foto de la computadora.

“Justo allí puedes ver que la pintura está rayada en el mismo lugar. Definitivamente es la misma furgoneta. Realmente la embarré. Pero al menos tenemos una foto clara de la matrícula. Es una matrícula de Pennsylvania. Paul, ¿qué tan rápido piensas que puedes rastrear al propietario?”.

“Dame sólo un minuto”, dijo Paul. Se puso a trabajar de nuevo.

Riley tocó el codo de Bill y lo alejó un poco de Lucy.

“Estoy tan decepcionada de ella, Bill”, dijo en voz baja para que Lucy no pudiera escuchar. “Pensé que era mejor que esto”.

“Por favor, Riley”, dijo Bill. “No me digas que no cometiste tus propios errores cuando eras una novata. Yo sí que los cometí. Y aunque lo arruinó al principio, no lo olvidó completamente. Hizo su parte a la final”.

Riley sabía que Bill tenía razón. Casi siempre tenía razón y eso la molestaba a veces. Se volvió y vio que Lucy se veía miserable.

Riley caminó a la joven agente y le dijo: “No pasa nada”.

“No, no es así”, dijo Lucy.

Paul habló justo en ese momento.

“Aquí está. Vengan para mostrarles”.

Todos se colocaron detrás de Paul y miraron sobre su hombro. La foto de seguridad aún estaba en la pantalla, junto a algunos documentos del Departamento de Vehículos Motorizados.

“El registro está vencido”, dijo. “Lleva años vencido. La etiqueta de la fecha en la foto parece actual, pero sospecho que está falsificada. El nombre y la dirección en el registro también aparecen en la licencia de conducir. Todavía está en el mismo lugar. Su nombre es Walter Sattler, y todavía vive en Hoxeyville, Pennsylvania. Queda justo al pasar la frontera estatal, a sólo un par de horas de aquí”.

La foto de la licencia de conducir mostraba una cara delgada y juvenil. El hombre tenía una altura de cinco pies siete pulgadas. Tenía treinta y tres años.

“Ese tiene que ser él”, dijo Bill. “Obtengamos una orden judicial y vamos para allá”.

Riley asintió.

“Quizás todavía tengamos tiempo para salvar a Carla”.

Capítulo 31

Riley pensó que quizás este largo día sería exitoso después de todo. Empezando por el viaje a Sing Sing, las partes que se habían juntado apuntaban a esta dirección en Hoxeyville, Pennsylvania. Ella y Bill se acercaron a la casa cautelosamente.

Obtener una orden de allanamiento les había tomado más de lo previsto y el viaje había sido de un par de horas, así que ya era muy tarde y estaba muy oscuro. El modesto vecindario obrero parecía agradable y tranquilo. Aunque no había ninguna luz encendida dentro o fuera de la casa, la calle estaba bien iluminada. Riley podría ver que la casa tenía ventanas del sótano—el lugar exacto donde alguien podía estar preso. Aunque ningún vehículo estaba estacionado cerca de la casa, había un garaje cerrado. La furgoneta probablemente estaba allí.

“¿Armas?”, preguntó Riley en voz baja, preparándose para sacar su Glock. Habían decidido que la prisionera podría tener una mejor oportunidad de sobrevivir si no irrumpían en el lugar con un equipo SWAT.

“Todavía no”, dijo Bill. “Con suerte no las necesitaremos. No es un tirador y no es muy fuerte”.

Mientras subían los escalones que daban al porche delantero, Riley esperaba que tuviera razón. Aun así, no había lidiado con muchos asesinos despiadados que no se habían resistido. Y la mayoría de ellos estaban armados.

Bill tocó el timbre y también golpeó la puerta principal bruscamente. Nadie respondió por un tiempo, así que Bill tocó de nuevo.

“FBI”, gritó Bill. “¿Esta es la residencia de Walter Sattler? Tenemos una orden judicial”.

No hubo ninguna respuesta, pero Riley pensó que escuchó movimientos detrás de la puerta. Sacó su pistola instintivamente, a pesar de la renuencia de Bill de utilizar armas.

La puerta se abrió repentinamente. Un hombre pequeño que llevaba pijamas estaba parado adentro, apuntándolos con una escopeta. Riley niveló su Glock a su rostro.

“Baja el arma”, gritó Bill, sacando su propia pistola.

“Con calma”, dijo el hombre, pivoteando el cañón entre Riley y Bill. “Tómenselo con calma. No quiero problemas. Sólo quiero ver sus placas”.

Bill y Riley mostraron sus placas con sus manos libres. El hombre bajó su arma.

“Coloca el arma en el suelo”, dijo Bill de nuevo.

“Está bien. Dios”. El hombre se inclinó y puso el arma en el suelo. Riley la tomó.

“Manos en la cabeza”, dijo Bill.

El hombre obedeció. “Estoy cooperando”, dijo. “¿De qué trata todo esto?”.

El corazón de Riley se hundió.

Puede hablar bien, pensó. El hombre estaba igual de nervioso como cualquier otro estaría en esta situación, pero no había ni rastros de un tartamudeo.

Aun así, reconoció al hombre cuya foto habían visto en la licencia de conducir. Este definitivamente era Walter Sattler. Tenía que haber una razón por la cual la evidencia los había llevado a él.

¿Podrían estar lidiando con dos perpetradores trabajando en equipo?

Pero no, eso no encajaba.

Riley se preparaba para guardar su arma cuando la voz de una mujer llamó su atención.

“Walter, ¿qué está pasando? ¿Debo llamar al 911?”.

La mujer estaba parada en la parte superior de las escaleras en su camisón. Tenía rulos en el pelo.

“No, no tienes que hacer eso, Peg”, dijo Walter Sattler. “Es el FBI. No sé qué quieren. Sólo asegúrate

de que los niños no estén asustados. Vuelve a la cama. Yo me encargaré de esto”.

La mujer regresó al segundo piso. Sattler aún tenía sus manos en un lugar visible.

Bill lo palpó rápidamente para ver si tenía otras armas. Guardó su pistola al no encontrar nada, pero Riley mantuvo la de ella afuera.

“Tenemos una orden judicial para registrar su casa”, dijo Bill, sacando el documento.

“¿Y si no quiero que lo hagan?”, dijo Sattler.

“Puedes hablar eso con tu abogado después”, dijo Riley y, volviéndose a Bill, agregó, “El sótano parece el sitio más probable”.

Bill entró a la casa y desapareció.

“¿A qué se debe todo esto?”, le preguntó Sattler a Riley. “¿Qué están buscando de todos modos?”.

“¿Es dueño de una furgoneta blanca?”.

Sattler se veía totalmente desconcertado.

“¿Qué? ¡No! Tenemos una ranchera Nissan. Está en el garaje. No he tenido una Ford desde...”.

Su voz se quebró. Parecía estar recordando algo. Bill entró de nuevo a la sala.

“Nada sospechoso en el sótano”, dijo Bill. “¿Debería verificar el ático?”.

“No”, dijo Riley. “Espera unos minutos”.

Con una esposa e hijos en el segundo piso, sabía que no era probable que la mujer desaparecida fuese una prisionera aquí. Parecía bastante evidente que Sattler no tenía a nadie secuestrado, al menos no en esta casa.

El comportamiento de Sattler estaba mucho más dócil que antes.

“Mira, ha habido un malentendido”, dijo. “Siéntense. Creo que tal vez podemos arreglar esto”.

Riley y Bill se sentaron con él en la sala de estar.

“Cuéntame más acerca de esta camioneta Ford de la que estás hablando”, dijo Sattler.

“Te la mostraré”, dijo Riley.

En su teléfono celular, buscó la foto que Lucy había tomado, junto con la foto de seguridad. Se la mostró a Sattler.

“Maldita sea”, gruñó Sattler. “Pensé que no vería esa furgoneta más nunca”.

“Por favor explícanos, Sr. Sattler”, dijo Riley.

Sattler respiró profundamente.

“Mira, no soy el hombre que buscan”, dijo. “El que buscan es mi primo, Eugene Fisk. No lo he visto en años. ¿Qué ha hecho?”.

“Él es sospechoso de dos asesinatos y un secuestro”, dijo Bill.

La boca de Sattler se abrió en shock.

“¿Cómo terminó con tu furgoneta?”, le preguntó Riley.

“Se la di hace nueve años”, dijo Sattler. “Quería que se fuera con tanta prisa que ni me molesté en transferir la titularidad. Sólo le entregué las llaves y le dije, ‘Aléjate de aquí, no quiero saber de ti más nunca’. Eso es lo que hizo”.

Sattler bajó la cabeza, sintiéndose culpable.

“Sé que no fue lo correcto”, dijo. “He tenido dudas sobre eso desde entonces. Pero si conocieran a Eugene... Bueno, sólo quería sacarlo de mi vida por completo”.

Sattler miró fijamente al otro lado de la habitación con una expresión de vergüenza y arrepentimiento.

“¿Qué puedes decirnos sobre él?”, preguntó Riley.

“Eugene era el hijo de la hermana de mi madre”, dijo Sattler. “Su nombre era Sherry Fisk. No la conocí bien. Toda la familia, incluyendo a mis padres, pensaba que sólo era chusma. La gente también decía que estaba loca”.

Sattler hizo una pausa por un momento.

“Nadie sabía quién era el padre de Eugene”, dijo. “Y nunca conocí a Eugene—al menos no como

niño. Su madre fue asesinada cuando yo era un adolescente. Eugene tenía diez años, creo. Nunca me enteré de los detalles de cómo sucedió. Era uno de esos secretos familiares de los que nadie quería hablar. Nunca atraparon al asesino”.

Riley estaba tomando notas.

“¿Qué le pasó a Eugene después del asesinato de su madre?”, preguntó.

“Creo que estuvo en una casa de acogida”, dijo Sattler. “Se metió en problemas y terminó internado por problemas mentales”.

Sattler pausó de nuevo.

“Lo dejaron salir a los dieciocho años. Estaba en mis veintitantos, casado, con un muy buen comienzo en la vida. Como dije, realmente nunca lo conocí cuando éramos niños. Pero de repente actuó como si siempre hubiésemos sido cercanos. Y él era...”.

Sattler negó con la cabeza.

“Bueno, él era raro, eso es todo. Apenas podía hablar. Era tan fuerte a veces que te escribía notas en vez de hablar. Y era necesitado. Siempre quería que le diera dinero e iba a mi casa durante las comidas. No sólo era incómodo. Daba miedo. Casi era acoso. Tenía esta sensación rara cuando él estaba cerca...”.

Su voz se quebró de nuevo.

“De todos modos”, dijo, “allí fue cuando le di la furgoneta. Y le dije que no volviera nunca más”.

Riley se tomó un momento para reflexionar sobre todo lo que había aprendido. Tal vez había alguien en Hoxeyville que podría decirles más sobre Eugene Fisk.

“¿Tus padres están vivos?”, preguntó Sattler.

“No, yo soy el último de la familia. Excepto Eugene”.

“¿Dónde fue internado Eugene?”.

“En el Centro Psiquiátrico Hoxeyville, aquí mismo en la ciudad”.

Riley supuso que esa sería su próxima parada. Seguramente descubrirían más allá. Pero tal vez podría sacarle otra cosa a Sattler.

“¿Tienes fotos de tu primo?”, preguntó.

“Ninguna que les mostrarían cómo se ve ahora”, dijo Sattler. “Pero creo que tengo una foto vieja...”.

Se levantó de su silla y abrió una gaveta. Rebuscó hasta que encontró una instantánea. Se la entregó a Riley.

“Esta fue tomada cuando éramos niños”, dijo. “La guardé porque era bastante inusual que estuviéramos juntos en una foto”.

Riley se quedó mirando la foto mientras Bill le hacía algunas preguntas finales. La foto mostraba a dos niños pequeños. El más alto era Sattler. El más bajito era un niño de aspecto extraño, sus rasgos un poco exagerados.

Sin embargo, Riley no podía dejar de pensar...

¡Qué dulce sonrisa tiene!

No podía imaginar lo que había convertido a ese niño sonriente en un asesino en serie.

Capítulo 32

Carla no sabía cuánto tiempo había estado encadenada en el catre en este sótano. Las ventanas en las paredes de la habitación estaban cubiertas con cartón, sellando todo vestigio de luz exterior. Cuando la luz de arriba estaba apagada, como ahora, estaba en completa oscuridad.

Sabía que estaba hambrienta, sucia y adolorida. No había comido nada en todo el tiempo que había estado aquí. A veces el hombrecito monstruoso aflojaba la mordaza de cadena de su boca y le daba un sorbo de agua, y eso era todo.

Ya le había dejado de molestar su propio hedor. Su dignidad ya no le importaba, pero su supervivencia sí.

Pero no había podido escaparse.

La había golpeado con una cadena cuando la había raptado en Albany. Ahora que había pasado el delirio de su conmoción cerebral, estaba deslumbrada y aturdida de dolor y hambre. Se dormía o se desmayaba de vez en cuando y luego se levantaba sin ninguna idea de dónde estaba o qué le había sucedido.

Pero siempre se las arreglaba para recordar su horrible realidad. La lucidez era esencial. Había una forma de escapar, estaba segura de ello. Se había movido un poco en la oscuridad, rodando su cuerpo hacia adelante y hacia atrás. Había estado haciendo eso todo este tiempo cuando él no estaba. Había envuelto las cadenas alrededor de ella y el catre, pero al parecer realmente no estaban sujetadas. Poco a poco las había sentido aflojarse.

Ahora adivinaba que colgaban lo suficiente como para que tratara de deslizarse por ellas. La camisa de fuerza era otro problema, pero se ocuparía de eso después.

Empezando con sus hombros, se movió y se retorció para que las cadenas comenzaran a deslizarse.

Pero oyó sus pasos en ese entonces. Probablemente venía para acá. Ahora no era el momento de luchar con las cadenas. Dejó que su cuerpo cansado se aflojara.

Oyó la puerta abrirse en la parte superior de las escaleras que daban de la casa al sótano. Luego fue cegada por la luz del techo. Ella cerró sus ojos, fingiendo estar dormida. Escuchó el sonido de sus pasos bajando las escaleras.

En un momento, podría oír su respiración mientras se inclinaba sobre ella. Podía sentir que estaba tocando las cadenas. Como lo hacía a menudo, comenzó a susurrarles—en una voz tan baja que no podía descifrar sus palabras. Era como si no estuviera aquí, y que las cadenas eran los únicos seres vivientes en el sótano.

Siendo enfermera, había tratado con pacientes psicóticos en el pasado. Este hombre era un enfermo mental, y ella lo sabía. A menudo iba a su mesa de trabajo y estiraba las otras cadenas que guardaba allí. Entablaba largas conversaciones con ellas, a veces les rogaba, a veces juraba su lealtad a ellas, a veces les aseguraba que todo iba como ellas lo deseaban.

Cuando ella intentaba decirle algo, siempre era sacudido por un tartamudeo desesperado. Pero siempre podía hablarles a ellas perfectamente.

Respiró lenta y regularmente, como si estuviera dormida. Después de un rato, oyó sus pasos volviendo a subir las escaleras y atravesando la casa. Oyó la puerta frontal abrir y cerrarse. Abrió sus ojos. Estaba negro como boca de loco de nuevo.

Escuchó atentamente. No oía más pasos por encima de ella. Eso significaba que se había ido. A veces se iba por horas, y eso es lo que deseaba en este momento.

Todo su cuerpo gritó de dolor cuando comenzó a retorcerse de nuevo. Como una polilla que luchaba

por salir de su capullo, se las arregló para hacer que las cadenas se deslizaran por su abdomen. Pronto estaba libre de ellas hasta su cintura.

Luchando contra la camisa de fuerza, se las arregló para sentarse. Por un momento se sintió mareada y casi se desmaya. Pero se recuperó y movió sus piernas hasta que las cadenas se deslizaron hasta sus tobillos. Dobló sus rodillas y liberó sus pies.

Estaba sentada en el borde del catre, aún atada con la camisa de fuerza. Ahora era el momento de enfrentar ese problema. Había estado pensando en cómo salir de ella durante todo el tiempo que había estado aquí. Había estado inconsciente cuando se la había puesto, pero debió haberlo hecho con prisa porque no se la había apretado tanto.

Recordó cuando vio a un escapista en la televisión que mostraba cómo salirse de una camisa de fuerza. En su mente, repasó los pasos que había utilizado cuidadosamente.

Puedo hacerlo, pensó. Voy a hacerlo.

Primero se relajó y exhaló, volviendo su cuerpo tan pequeño como era posible. La camisa de fuerza se sentía más suelta. Entonces hizo pivotar su brazo externo hacia el hombro opuesto. Desde esa posición, no era difícil levantar el brazo y jalar la correa sujetadora sobre su cabeza y hasta la parte delantera de su cuerpo. Levantó la hebilla en su manga a su rostro y luego la abrió con los dientes. Después hizo lo mismo con el otro brazo.

Ahora sus manos estaban completamente libres. Fue fácil desajustar las hebillas restantes, levantarse y salirse de la camisa de fuerza por completo.

Pero, aunque estaba libre, el dolor era peor que nunca, y se cayó de nuevo al catre. Los músculos que no habían sido utilizados durante días estaban agonizando, y partes de su cuerpo estaban entumecidas por la falta de circulación.

Se sacudió a sí misma, juntó toda su fuerza de voluntad y se obligó a levantarse de nuevo. Sabía que había una puerta del sótano que daba a las afueras de la casa. Había también una escalera que daba a la casa. El hombre que la tenía secuestrada había entrado y salido utilizando ambas.

Tanteando con sus pies y manos, llegó hasta la puerta trasera. Rebuscó hasta encontrar la perilla de la puerta. Giró la cerradura de la perilla. La puerta no se abrió. Pasó sus dedos por la perilla de la puerta y entró en cuenta de que no podía abrirla sin llave.

Por unos instantes, Carla pensó en darse por vencida. Para salir del sótano, tendría que subir y atravesar la casa. Finalmente reunió su coraje para hacerlo. Realmente no tenía ninguna otra opción.

Aunque el sótano estaba oscuro, tenía una idea razonable de cómo llegar a las escaleras. Se tambaleó hasta que encontró el pasamano y el escalón inferior. Paso a paso, subió lo más silenciosamente que pudo. Cuando llegó a la puerta en la parte superior, no estaba cerrada con llave.

Carla abrió la puerta con un empujón y entró en la casa del asesino. La sala de estar estrecha y sucia estaba silenciosa. El asesino no debía estar allí.

La debilidad de Carla casi la alcanza en ese momento. No había comido durante varios días y los mareos casi la vencen. Pero juntó su determinación y se movió por la pequeña sala de estar a la puerta principal.

Cuando abrió la puerta, observó la tenue luz del día. No podía descifrar si era temprano por la mañana o si estaba a punto de anochecer. Una furgoneta blanca estaba en la entrada—la misma furgoneta que el hombre había utilizado para raptarla. Más allá de eso, vio otra casa a poca distancia por la carretera que pasaba por la casa.

Allí es a dónde tengo que ir, se dijo a sí misma.

Pero a lo que empezó a moverse en esa dirección, el hombrecito horripilante apareció desde el otro lado de la furgoneta. Debió haber estado pasando el rato detrás de allí, y salió justo a tiempo para verla. Estaba sosteniendo un montón de cadenas pesadas en una mano cuando sus ojos se encontraron. Abrió la boca e intentó gritar, pero nada salió.

Volvió a la casa y trató de cerrarla de golpe para que el hombre se quedara afuera, pero él era demasiado rápido. Entró de un empujón.

Carla intentó utilizar todos sus recursos en ese momento. A pesar de su dolor y mareos, agarró lo que pudo encontrar para lanzárselo. Volcó una pequeña mesa en su camino. El hombre esquivó la mesa y se acercó a ella despiadadamente.

Entró en la pequeña cocina y arrebató una cacerola pesada de una encimera. Golpeó un lado de su cabeza fuertemente, y él cayó de rodillas.

Lo miró y lo evaluó, y se dio cuenta que ella era más corpulenta que él. Prácticamente era diminuto.

Carla nunca había lastimado a nadie en su vida, pero ahora un instinto primitivo se había activado. Descubrió que su cuerpo estaba inundado de rabia y saltó encima de su potencial asesino. Lo tacleó al suelo y se sorprendió al descubrir que ella era más fuerte que él. Aterrizó sobre él y levantó sus puños y lo golpeó en la cara, una y otra vez.

El asesino intentó defenderse, pero no podía vencerla. En cambio, gimió como un niño pequeño.

Finalmente, con su rostro sangriento, dejó de moverse.

Carla miró hacia abajo, atónita. También sintió que la sala daba vueltas y, mientras tambaleaba, se dio cuenta de lo débil y mareada que estaba.

Se alejó de él, no queriendo tocarlo o estar cerca de él. Escupió en su cara, caminó encima de él y salió por la puerta abierta con una ráfaga de alivio.

De pronto, Carla no podía respirar. No podía entender lo que estaba sucediendo, hasta que lo oyó detrás de ella y subió sus manos y sintió una longitud de cadena envuelta alrededor de su garganta. Luchó y dio patadas, pero esta vez él era demasiado fuerte.

Y en otros pocos segundos, el mundo se volvió oscuro.

*

Eugene arrastró a la mujer por el cuello hasta la puerta del sótano. Estaba inconsciente y pesada, y se cayó en los escalones. Cuando se acercó y la miró de cerca, se dio cuenta que estaba muerta. Había roto su cuello por arrastrarla de esa manera.

“¡Ay no!”, jadeó.

Sintió lágrimas de dolor y pánico en sus ojos. Esto no era lo que tenía que suceder. Había tenido la intención de mantenerla viva por al menos otra semana más.

Abrió la puerta trasera, encendió la luz del sótano y empujó el cuerpo por las escaleras. Vio que las cadenas que habían restringido a la mujer yacían alrededor del catre. Sabía que estaban enojadas con él. Las había decepcionado.

Tal vez pensó que podría apaciguarlas con un gesto familiar, haciendo lo que había hecho para matar a las otras mujeres. Así que cogió su navaja y cortó su garganta. Pero no funcionó. No podía pretender que había hecho lo que las cadenas exigían.

Ahora tendría que llevarla al lugar en donde la había capturado y exhibirla para que todos la vieran. Después de eso necesita encontrar una nueva víctima, y rápidamente. Las cadenas harían de su vida un infierno hasta que lo hiciera.

Capítulo 33

Registrarse en el motel había sido bastante incómodo.

“¿Quieren habitaciones separadas?”, había preguntado la mujer en el mostrador.

Bill se había vuelto para mirar a Riley, como si estuviera esperando su respuesta. Bill le había dicho a la mujer que sí, ya que Riley no había reaccionado.

Ya era de día, y estaban conduciendo. Riley se preguntaba qué hubiera sucedido si ella hubiera dado su aprobación en ese momento crítico. ¿Cómo hubiera sido la noche de ayer?

Esta mañana no estaban discutiendo ni esa pregunta, ni ninguna otra cosa. Casi no habían ni hablado durante el desayuno que compartieron en el hotel. Casi ni habían hablado en el camino al Centro Psiquiátrico Hoxeyville, donde Eugene Fisk había pasado gran parte de su vida.

Riley había llamado al hospital esta mañana. Le había sorprendido el hecho de que el médico de Eugene no le molestara en lo absoluto reunirse con ellos. Los médicos normalmente se mostraban reacios a este tipo de entrevista por el privilegio médico-paciente. Por alguna razón, al Dr. Joseph Lombard no parecía preocuparle eso, y ella estaba ansiosa por averiguar el por qué.

Cálmate, pensó cuando vio el edificio del hospital. *No hay tiempo para pensar en lo que pasó anoche.*

Después de todo, Bill estaba tratando desesperadamente de arreglar las cosas con Maggie, y Riley tenía que lidiar con un montón de problemas personales. También tenían trabajo por hacer, y su compenetración que antes era sólida ya estaba inestable.

Aun así, no pudo dejar de cuestionar la llamada borracha que le había hecho a Bill, la que casi había arruinado hasta su amistad. ¿Realmente se había sentido ofendido por ella, o simplemente lo había atemorizado? ¿Atemorizado de que algo iba a suceder entre ellos tarde o temprano? ¿Esa posibilidad todavía existía?

Miró de lado a Bill. Se veía como el agente del FBI bien disciplinado que era, con su cabello oscuro cuidadosamente peinado. De hecho, había hecho un mayor esfuerzo para verse más profesional de lo normal. No siempre usaba un traje y una corbata. Por los momentos, parecía estar completamente enfocado en conducir, pero no podía dejar de preguntarse si él se estaba haciendo preguntas similares a las suyas. Su rostro fuerte no le daba ninguna pista.

Riley dejó todos esos pensamientos a un lado cuando Bill detuvo el carro en el estacionamiento de visitantes. Entraron en el hospital, se registraron y fueron escoltados directamente a la oficina del Dr. Lombard.

El médico, un hombre alto de aproximadamente sesenta años, se levantó de su escritorio para saludarlos.

“Agentes Paige y Jeffreys, supongo”, dijo. “Por favor siéntense”.

Bill y Riley se sentaron en las sillas cerca del escritorio del doctor. Por un momento, el doctor se quedó mirándolos con una expresión ansiosa.

“Me dijiste que querían hablar conmigo acerca de Eugene Fisk”, dijo. “Estuvo bajo nuestro cuidado hace unos diez años”.

El médico se sentó y continuó. “Cuando llamaste mencionaste que estabas en Pennsylvania buscando información sobre un asesino en Nueva York. Mencionaste cadenas, camisas de fuerza, gargantas rajadas. ¿Y dijiste que hay otro cautivo? Que horrible”.

Hizo una pausa por un momento.

“¿Tengo razón en entender que el Sr. Fisk es un sospechoso?”, preguntó.

“Es nuestro único sospechoso”, dijo Bill.

El Dr. Lombard no respondió, pero su expresión era de profunda preocupación.

Riley dijo, “Dr. Lombard, como le señalé, tener información es importante. Apreciamos su disposición de hablar con nosotros sobre el Sr. Fisk sin una orden judicial”.

“Sí, estoy seguro que eso es inusual”, Lombard respondió. “Pero la ley de Pennsylvania es muy específica al respecto. Sólo tengo prohibido intercambiar información médica que ‘manche’ el carácter de mi paciente”.

El Dr. Lombard miró a Riley seriamente, luego a Bill.

“Me aseguraré de no cruzar esa línea”, dijo.

Riley entendió. El doctor estaba dispuesto a cooperar. Esperaba que no fuera una entrevista típica. Lo que no se decía era igual de importante que lo que sí se decía. Riley sabía que tenía que estar alerta ante pistas tácitas.

El doctor abrió un archivo.

“Tengo su historia médica aquí”, dijo, mirando sus contenidos. “Ingresó aquí hace dieciséis años. Tenía once años. Era un huérfano, y había estado viviendo en una casa de acogida que se había incendiado. Estaba... profundamente traumatizado después de eso”.

El doctor se detuvo. Riley detectó que había dejado mucho sin decir.

“Entendemos que permaneció bajo su cuidado hasta los dieciocho años”, dijo Riley.

“Correcto”, dijo Lombard. “Cuando llegó aquí por primera vez, apenas era comunicativo. Siempre estaba solo e ignoraba a las personas que intentaban hablar con él. Pero mejoró poco a poco. Salió de su cascarón”.

El doctor frunció el ceño, recordando.

“Tenía un problema del habla terrible”, dijo. “Nunca se fue por completo, incluso después de que empezara a mejorar. Estoy seguro de que lo tenía desde la infancia. Podía hablar conmigo sólo un poco. Pero a menudo escribía lo que quería decir en lugar de intentar hablar”.

Lombard se reclinó en su asiento.

“Progresó de una manera lenta, pero excelente”, dijo. “O eso pensé. Aprendió mucho cuando estuvo aquí. Aprendió sobre jardinería, cómo usar una computadora, tomó algunas clases. Era extremadamente bondadoso, generoso y amable. Nunca fue agresivo. Les agradaba a todos, a los otros pacientes y al personal. A mí me agradaba”.

Sacó una fotografía del archivo y se las pasó. El adolescente tenía una sonrisa cálida, pero a Riley le pareció que sus ojos se veían bastante vacíos.

El doctor continuó, pero con un cierto tono de pesar en su voz.

“Parecía que estaba más que preparado para salir al mundo. Lo dimos de alta. Tratamos de estar al tanto de su paradero y actividades. Pero pronto desapareció por completo. Eso me preocupó. Fue hace nueve años”.

La voz del doctor se quebró. Riley sabía que iba a tener que sacarle más información.

“Le haremos algunas preguntas, Dr. Lombard”, dijo. Si legalmente puede contestarlas, por favor hágalo. Si no puede hacerlo, no tiene que decir nada. ¿Le parece?”.

“Me parece bien”, dijo el médico.

Riley miró a Bill. Él asintió con la cabeza. Riley podía ver que entendía esta táctica y estaba listo para formar parte de ella.

“Dr. Lombard”, dijo Riley, “cuando se quemó la casa de acogida de Eugene, ¿alguna vez se sospechó que se trató de un incendio deliberado?”

El médico miró hacia adelante fijamente y se quedó callado.

“¿Alguien murió en el incidente?”, agregó Bill.

El doctor se quedó callado de nuevo.

“¿Alguien fue asesinado?”, preguntó Riley.

El doctor la miró sin decir una palabra.

Finalmente dijo, “Creo que eso es lo único que puedo decirles”.

“Tal vez podría ayudarnos con algo más. ¿Fue reconstruida la casa de acogida? ¿Está operando ahora?”, dijo Bill.

“Sí, lo está”, dijo Lombard. “Les daré la dirección”.

Lombard anotó la dirección y se la entregó a Bill.

Riley miró la fotografía de Eugene Fisk de nuevo. “¿Podría darnos una copia de esta foto?”, preguntó.

“Puedes quedártela. Imprimiré otra para el archivo”.

Bill y Riley les dieron las gracias por su ayuda y salieron de su oficina.

“Eso fue informativo,” dijo Bill mientras caminaban al carro. “Vamos directo a esa casa de acogida”.

“Llamaré a Sam Flores en Quántico mientras conduces”, dijo Riley. “Lo pondré a buscar noticias sobre lo que sucedió en el orfanato”.

*

El Hogar de Niños St. Genesius estaba situado en Bowerbank, Pennsylvania, a media hora de Hoxeyville. Mientras Bill estaba conduciendo, Riley recibió un artículo periodístico de Sam Flores. Lo que leyó la hizo estremecerse.

Hace 16 años, la casa de acogida quedó reducida a cenizas. Se sospechó que se trató de un incendio provocado. El cuerpo de un niño de doce años de edad, Ethan Holbrook, había sido encontrado en las ruinas. El artículo no especificó la causa de la muerte.

“Ese pobre niño podría haber sido la primera víctima de Eugene”, dijo Riley después que haber terminado de leerle el artículo a Bill.

“Dios”, murmuró Bill. “¿Empezó cuando era un pre-adolescente? ¿Con qué clase de monstruo estamos lidiando?”.

Riley recordó el silencio frío del Dr. Lombard cuando le había preguntado si alguien había sido asesinado. Pensó en el niño sonriente que había visto en la fotografía en la casa de Walter Sattler. ¿Qué tan pronto se había convertido ese niño en un asesino?

Riley observó que el hogar grupal estaba ubicado en un edificio limpio y moderno cuando Bill estacionó el carro. Había un parque infantil con equipos coloridos en el frente con decenas de niños jugando alegremente.

Dos monjas sonrientes vestidas de gris estaban vigilándolos. Riley y Bill se acercaron a la más cercana.

“Disculpe, Hermana”, dijo Riley. “¿Podría llevarnos al director de estas instalaciones?”.

“Esa soy yo”, dijo la monja agradablemente. “Hermana Cecilia Berry. “¿Qué puedo hacer por ustedes?”.

A Riley le sorprendió lo joven que se veía. No parecía probable que ella había estado a cargo de este lugar hace todos esos años. Riley se preguntaba lo que podían esperar aprender de ella.

Riley y Bill sacaron sus placas.

“Somos los Agentes Jeffreys y Paige del FBI”, dijo Bill. “Nos gustaría hacerle algunas preguntas”.

La Hermana Cecilia dejó de sonreír y se palideció. Miró a su alrededor, como si estuviera asegurándose de que nadie estuviera mirando.

“Vengan conmigo, por favor”, dijo. Le dijo a otra monja que se hiciera cargo de la supervisión del parque infantil.

Riley y Bill entraron con ella en el edificio. En camino a la oficina de la monja, Riley notó que el edificio estaba organizado como un dormitorio. Vio filas de habitaciones por un pasillo, muchas con sus

puertas abiertas. Un par de monjas amables estaban inspeccionando los chicos, deteniéndose para hablar con ellos mientras pasaban. Se oía música, conversación y risa.

Por lo que Riley pudo ver, el Hogar de Niños St. Genesis era un lugar cálido y acogedor.

¿Entonces por qué está tan inquieta esta mujer?, se preguntó Riley.

Riley y Bill se sentaron en la oficina de la Hermana Cecilia. Pero la hermana no se sentó. Caminó de un lado a otro, agitada.

“No sé por qué están aquí”, dijo. “No hemos tenido ninguna queja desde la apertura de estas nuevas instalaciones. Tenemos abogados que se ocupan de los casos antiguos. Si se comunican con el DSH, les dirán que pasamos todas las inspecciones con una puntuación perfecta. Les mostraré el último informe”.

Empezó a abrir un archivador.

“Hermana Cecilia, no creo que entienda la naturaleza de nuestra visita”, dijo Bill.

“Estamos aquí para preguntarle sobre un niño que estuvo aquí hace dieciséis años”, agregó Riley.

“Eugene Fisk. Estamos tratando de encontrarlo. Es un sospechoso en la investigación de un asesinato”.

“Ah”, dijo la hermana, asombrada. Se sentó detrás de su escritorio.

“Por favor disculpen mi error”, dijo. “Estamos tratando de dejar nuestro pasado atrás. Estoy segura que pueden entenderlo”.

La verdad es que Riley no lo entendía, y estaba segura de que Bill tampoco.

“¿Qué puede decirnos acerca de Eugene Fisk?”, preguntó Riley.

La Hermana Cecilia se veía desconfiada.

“¿Qué es lo que ya saben de él?”, preguntó.

“Sabemos que fue trasladado a un hospital psiquiátrico después de que se quemaran sus antiguas instalaciones”, dijo Bill. “Un niño murió en ese incendio, Ethan Holbrook. Estamos aquí para averiguar más sobre lo que sucedió”.

“Fue antes de mi tiempo, por supuesto”, dijo la Hermana Cecilia, levantándose de su escritorio y volviendo al archivador. “Pero conozco bien la historia de Eugene”.

Abrió un cajón, sacó un archivo y se sentó de nuevo.

“Fue una historia terrible”, dijo, abriendo el archivo y ojeando su contenido. “La mayoría de las monjas pensaron que Eugene había iniciado el incendio. Incluso pensaron que podría haber matado a Ethan. Nunca se probó nada”.

“¿Por qué habría matado a otro niño?”, preguntó Riley.

Mirando el archivo antiguo, la Hermana Cecilia explicó, “Parecía que Ethan Holbrook era un matón horrible. Se portaba particularmente desagradable con Eugene. Eugene era pequeño, débil y torpe. Y tenía un problema del habla terrible. Ethan lo atormentaba y se burlaba de él sobre eso”.

“¿Por qué las monjas no pararon el acoso?”, preguntó Riley.

La Hermana Cecilia se quedó callada.

“Me da la impresión de que hay algo que no quiere decirnos”, dijo Riley.

Lentamente y a regañadientes, la Hermana dijo, “Realmente hay muchas cosas que no quisiera decirles. No es exactamente un secreto. No es un secreto en absoluto. Puede encontrar registros judiciales acerca de eso, así como también viejas noticias. Es tan horrible tener que sacar a relucir el pasado. Y odiaría que todo saliera en las noticias de nuevo. Con la ayuda del Señor, hemos tratado de dejar todo eso atrás. Sólo hacemos una buena labor. Realmente es así”.

“Estamos seguros de que eso es cierto”, dijo Riley. “Pero nos ayudaría si nos lo dice”.

La Hermana Cecilia se quedó callada por un momento. Luego continuó, “Después del incendio, cuando la casa estaba empezando a ser reconstruida, la verdad comenzó a salir a la luz. La directora en ese entonces fue la Hermana Verónica Orlando. Tenía más de diez años a cargo de las instalaciones. Ella y sus monjas eran despiadadas. Alentaban a los niños a que se intimidaran entre sí. Y ella y las monjas castigaban a los niños horriblemente por las cosas más pequeñas, como estornudar o mojar la cama”.

La expresión triste de la hermana sorprendió a Riley. Podía ver que la Hermana Cecilia realmente estaba haciendo todo lo posible para redimir el hogar de su historia horrible. Aun así, la pobre mujer no podía evitar sentirse atormentada por un pasado por el cual no era responsable.

“Hermana Cecilia”, le preguntó Riley en un tono suave, “¿algunos de esos castigos involucraban cadenas?”.

“Si está preguntando si encadenaban a los niños, pues no”, dijo. “Pero la Hermana Verónica y sus monjas a veces los encerraban, poniéndoles cadenas en sus puertas”.

La Hermana Cecilia inclinó su cabeza inquisitivamente.

“Pero es interesante que preguntara sobre cadenas”, dijo, verificando el registro de nuevo. “Eugene llegó aquí cuando tenía diez años de edad. Había sido encontrado con un grillete en un tobillo, encadenado a un poste en su casa. Estaba hambriento, y no podía hablar”.

“¿Y dónde estaba su madre?”, preguntó Bill.

“Había sido asesinada. Su cuerpo fue encontrado ahí en la casa, justo en frente del niño que había visto todo. Nunca atraparon al asesino”.

“¿Cómo fue asesinada?”, preguntó Riley.

“Fue degollada”, dijo la Hermana Cecilia. “La navaja de afeitar que la mató fue encontrada allí mismo, arrojada en el piso cerca de ella. Pero no encontraron huellas en la misma”.

Luego la monja miró por la ventana, todavía con esa expresión atormentada.

“Los periódicos no lo mencionaron”, dijo, “pero así fue cómo Ethan Holbrook murió también”.

Capítulo 34

Lucy despertó a Riley cuando entró por la puerta entre sus habitaciones de hotel contiguas.

“¡Enciende el televisor!”, dijo Lucy.

Riley se colocó en una posición sentada. “¿Qué?”, preguntó. Vio que era de mañana. Ella y Bill habían vuelto a Albany la noche anterior. “¿Qué está pasando?”, dijo April medio dormida desde la otra cama.

“Yo lo hago”, dijo Lucy. Encontró el botón y lo encendió ella misma. Las primeras palabras que Riley oyó fueron las de un locutor de noticias.

“Debemos advertirles a nuestros televidentes que algunas de las imágenes que están a punto de ver son gráficas”.

Riley vio inmediatamente que el locutor hablaba en serio. La primera imagen fue de un cuerpo encadenado colgando de una rama de árbol. Afortunadamente, el cuerpo estaba alejado de la cámara.

El locutor continuó, “Una mujer fue brutalmente asesinada anoche, su cuerpo dejado en el Parque Curtis de Albany. Este parece ser el último de una serie de ‘asesinatos con cadenas’ que ha aterrorizado a la zona del río Hudson en los últimos cinco años. La identidad de la víctima se mantendrá oculta hasta que los familiares sean informados...”.

“No”, dijo Riley. “No puede ser. Aún no”.

La rama de árbol colgaba por encima de una carretera, y parecía el mismo parque donde Carla Liston había sido secuestrada. El cuerpo colgante seguramente era el de Carla Liston. Pero era demasiado pronto. La había secuestrado sólo hace unos días.

Mientras el locutor continuaba, la cámara recorría el área para mostrar que una pequeña multitud de curiosos se habían agrupado a las afueras de la zona que la policía había acordonado. La situación era la pesadilla de un investigador.

Ahora el reportero que estaba en la escena estaba hablando con el hombre que había descubierto el cuerpo hace un par de horas.

“Estaba conduciendo por el parque en camino a mi trabajo”, dijo el hombre. “Casi choco al verlo. Pensé que era un muñeco que había sido colgado por unos bromistas enfermos. Pero cuando miras más de cerca puedes notar...”.

En aquel momento se produjo un fuerte golpe en la puerta de la habitación de hotel. Mientras Riley miraba la pantalla del televisor, Lucy fue a la puerta y dejó entrar a Bill.

“Acabo de recibir una llamada de Harvey Dewhurst, el jefe de la oficina de Albany”, dijo Bill. “Está vuelto loco. Ese hombre que ven allí llamó a los medios de comunicación antes de llamar a la policía”.

Riley negó con la cabeza. “Bueno, de seguro está obteniendo sus quince minutos de fama”, dijo.

Bill continuó, “Tan pronto como se enteró la policía, supieron que el caso era nuestro y llamaron a la oficina. Pero para cuando Dewhurst y los suyos llegaron, los medios de comunicación estaban encima de la escena. Y los turistas también han comenzado a llegar”.

“Tenemos que ir para allá”, dijo Lucy.

Riley ya se había salido de la cama y estaba buscando ropa. Llevó sus cosas al baño y se vistió a toda prisa. Sabía que no había tiempo para desayunar. Tal vez podrían coger un café en la sala de desayuno del hotel.

Cuando salió del baño, Bill y Lucy ya estaban esperándola en la puerta.

“Tenemos que irnos, April”, le dijo Riley a su hija. “Tú quédate aquí”.

“Es su trabajo”, dijo April. “Váyanse. Estaré bien”.

Durante el viaje a Curtis Park, Riley todavía estaba tratando de entender todo lo que había sucedido.

“No entiendo lo que está pasando”, dijo. “Está rompiendo su propio MO. Debe tener a sus víctimas secuestradas por más tiempo. Por semanas. ¿Por qué la mató tan rápido?”.

Una oleada de desaliento recorrió su cuerpo.

“Pensé que teníamos más tiempo para encontrar a Carla Liston”, añadió tristemente.

“Hicimos todo lo posible”, dijo Lucy desde el asiento trasero.

Pero Bill no dijo nada mientras conducía. Riley sabía que él se sentía exactamente igual que ella. Después de todos estos años realizando este trabajo, nunca se habían acostumbrado a perder a una víctima. Era más difícil cuando se sentían que se estaban acercando a atrapar al asesino.

Cuando llegaron al parque, Riley vio que las furgonetas de equipos televisivos estaban mezcladas con las patrullas. La muchedumbre afuera del área acordonada había crecido, y las personas estaban tomando fotos con sus teléfonos celulares. Ella y Lucy siguieron a Bill mientras hacía su camino a la cinta de la policía. Les mostraron sus placas a un par de policías que estaban haciendo lo mejor que podían para controlar el área.

Luego los tres caminaron por la carretera hacia el lugar en donde el cuerpo aún colgaba a plena vista. Riley podía ver que la víctima tenía una camisa de fuerza, al igual que las víctimas anteriores. Y había sido colgada con una cuerda que pasaba por una polea, al igual que Rosemary Pickens.

Riley se detuvo y lo miró fijamente, sacudida por la audacia de la exhibición. Eugene Fisk debió haberse estacionado aquí antes del amanecer, subido en la rama saliente, colocado la polea en su lugar, bajado y luego haber colgado el cuerpo de Carla Liston.

Y todo sin ser visto, pensó Riley. Había sido más que osado, pero también había tenido suerte.

Esta no era un almacén abandonado por una vía de tren, sino una carretera bastante transitada que pasaba por un parque de la ciudad. Con cualquier otro asesino en serie, Riley hubiera asumido que se estaba volviendo cada vez más descarado, faltándole el respeto a las autoridades. Pero sabía que Eugene Fisk era una criatura diferente. Lo más probable es que eso fuera un acto de pura desesperación. Se preguntó lo que estaba sucediendo con el asesino maniático de nuevo.

El Agente Especial Harvey Dewhurst caminó hacia ellos. Era de mediana edad y tenía sobrepeso, y en estos momentos estaba ansioso, ruborizado y sudoroso. También estaba echando chispas.

“Odio cuando sucede esta mierda”, dijo Dewhurst. “Ustedes son los expertos de Quántico. Díganme lo que podemos hacer para remediar la situación”.

“En primer lugar, deben bajarla de allí”, dijo Bill.

Riley estaba de acuerdo. Le había pedido al Comisario Alford que dejara el cuerpo de Rosemary Pickens colgando hasta que pudiera llegar a la escena, pero esto era otra cosa. La policía de Reedsport había tenido un mejor control de la escena del crimen. Aquí ya habían tomado demasiadas fotos del cadáver. Y ella y el resto del FBI en el sitio ya habían visto todo.

Dewhurst se dirigió al policía local que estaba a cargo.

“Dile a los tuyos que la bajen”, dijo. “Y dile al forense que se ponga a trabajar en el cuerpo inmediatamente”. Miró a su alrededor y añadió, “Y saca a estos espectadores de aquí. Muevan la cinta hacia atrás donde no pueden tomar fotos y abre un espacio para que el forense pueda pasar con su ranchera”.

El policía se apresuró para llevar a cabo las órdenes de Dewhurst.

“¿Y ahora qué?”, preguntó Dewhurst.

Riley lo pensó por un momento.

“Deberíamos de aprovecharnos de los medios de comunicación”, dijo. “Haz que los canales locales

alerten al público que estamos buscando una furgoneta de reparto blanca marca Ford con un parachoques trasero abollado, sin ningún otra marca conocida, una matrícula de Pennsylvania. La Agente Vargas puede darte una foto que tomó de ella. Asegúrate de que el público la vea”.

Luego Riley buscó en su cartera y sacó la foto de Eugene que el psiquiatra le había dado.

“Esta foto muestra al sospechoso como adolescente”, explicó Riley. “Ahora tiene veintisiete años. Llévala a la oficina de campo y pásala por el programa de progresión de edad. Debemos obtener una buena imagen de cómo luce ahora. Luego asegúrate de que salga en la televisión y por internet”.

Pensó por un momento y dijo, “No menciones que el perpetrador tartamudea. Eso ayudará a filtrar las llamadas”.

En ese momento el forense llamó a Dewhurst, “Debes echarle un vistazo a algo aquí”. Estaba agachado sobre el cuerpo que había sido bajado con cuidado al suelo.

Riley, Bill y Lucy siguieron a Dewhurst para ver lo que estaba indicando el forense. Los ojos de la mujer estaban abiertos y todavía llevaba una expresión aterrorizada en su rostro. El forense señaló su garganta.

“Fue degollada”, dijo, “y tengo entendido que así es como acabó con las otras víctimas. Pero miren. No sangró mucho”.

Se volvió y los miró. “No fue la causa de la muerte. Esta vez rompió su cuello primero”.

Bill miró a Riley con sorpresa.

“Otro cambio en su MO”, le dijo. “¿Qué le está pasando a este tipo?”.

“No sé por qué está cambiando todo tan rápidamente”, dijo Riley. “No me parece el tipo de asesino que cambiaría lo que hace. Pero sé a quién se lo debemos preguntar”.

Capítulo 35

Riley estaba nuevamente en el Centro Penitenciario Sing Sing. Esperaba que esto resultara ser una buena idea. Bill estaba con ella, aunque había ido de mala gana, insistiendo que era un desvío de la investigación. Pero los instintos de Riley le decían que Shane Hatcher todavía tenía información valiosa para compartir.

“Espero que tengas razón sobre esto”, dijo Bill mientras el guardia los escoltaba a la sala de visita, la misma sala color crema donde Riley se había reunido con Shane Hatcher hace dos días.

Hatcher fue escoltado a la sala por un par de guardias justo cuando se sentaron a la mesa. Se sentó frente a ellos, y por un largo momento se quedó mirando a Bill fijamente por encima de sus gafas de lectura. Luego se dirigió a Riley.

“Veo que viniste con un amigo”, le dijo.

“Este es el Agente Especial Bill Jeffreys, de Quántico”, dijo Riley. “Ha venido a Albany para participar en la investigación”.

Hatcher estaba sentado con esa sonrisa inescrutable y ahora familiar en su rostro endurecido. Observó a Bill de nuevo como había observado a Riley la última vez—evaluándolo, descifrando lo que lo hacía ser lo que era.

Riley sabía que a pesar de, o quizás debido a, estar encerrado por tanto tiempo, Hatcher era un observador ingenioso de la naturaleza humana. Se preguntaba qué tipo de observaciones estaba haciendo sobre Bill en este momento.

“No necesitas decirme la razón por la que estás aquí”, dijo Hatcher. “Vi todo en la televisión. Tremenda escena. Supuse que volverías”.

Sacudió la cabeza con desaprobación.

“Todos esos buitres, reporteros, curiosos y ejecutivos de TV locos para tener ratings. ¿No te enloquece eso? Una cosa sobre este lugar es que no tienes que lidiar con ese tipo de barbarie. Obviamente tenemos nuestras propias clases de barbarie, pero realmente prefiero estas. Es como se le digo a todo el mundo, la libertad está sobrevalorada. ¿Me creen? No”.

Riley oyó el resoplido burlón de Bill. A ella también le pareció un poco raro estar escuchando este tipo de moralismo de un asesino múltiple. Pero se recordó a sí misma que Shane Hatcher no era un asesino ordinario. Pensó que, aunque hablara con él cada día durante años, siempre sería capaz de sorprenderla, y probablemente también asustarla.

“Tenías razón sobre todo”, dijo Riley. “El perpetrador fue atormentado de niño. Su madre lo encadenó y fue intimidado en un orfanato— era acosado por otros niños y también por las monjas cuyo deber era cuidarlo”.

“¿Qué más has descubierto?”, preguntó Hatcher.

“Ha estado matando desde niño”, dijo Riley. “Degolló a su propia madre cuando tenía diez años. Un año más tarde degolló a otro niño e incendió el orfanato. Estuvo internado durante años, pero convenció a todos que estaba bien, incluyendo a su médico. Es por eso que está libre ahora”.

Hatcher asintió con la cabeza a sabiendas.

“Algo es diferente ahora, ¿no?”, dijo. “Ha cambiado su *modus operandi*. Es por eso que quieres hablar conmigo”.

Riley podría ver que Bill se estaba inclinado hacia adelante y prestando atención ahora. Su compañero podía ser despectivo, pero nunca tenía un problema para valorar las fuentes de información.

“Este tipo se está moviendo más rápido ahora”, dijo Bill. “No está manteniendo a sus víctimas vivas”.

por mucho tiempo”.

“Y no mató a su última víctima al igual que las otras. Si la degolló, pero cuando ya estaba muerta”.

“¿Cuál fue la causa de la muerte?”, preguntó Hatcher.

“Esta vez tenía el cuello roto”, dijo Bill.

Hatcher entrecerró los ojos con interés.

“Puedo decirles con certeza que él no quiso hacer eso. Fue un accidente. El degollamiento es parte de su ritual, él no puede cambiarlo, no deliberadamente. Así que lo hizo después, pero no le funcionó. Está perdiendo el control. Va a actuar aún más rápido ahora, para tratar de recuperar su equilibrio. Pero no puede. Nada funcionará para él. Nada le sale bien. Seguramente cometerá errores”.

Hatcher hizo una pausa y se puso a pensar por un momento.

“No subestimen el poder de su psicosis. Lo que hace no es para tratar de obtener alguna ventaja, como dinero o estatus. No se trata de tomar venganza. Y definitivamente no lo hace por la emoción. Este tipo está absolutamente impulsado por algo que no entiende. Quizás ni quiera hacer lo que está haciendo”.

Riley se dio cuenta de que había estado pensando prácticamente lo mismo todo este tiempo.

“Está arrepentido”, dijo Riley.

“Correcto. Se siente muy culpable. Y la única manera que piensa que puede absolverse de la culpa es...”.

Hatcher le hizo un gesto a Riley para que ella terminara su pensamiento.

“Seguir matando”, dijo. “Para apaciguar a los demonios que lo impulsan”.

Hatcher asintió y sonrió. “Qué inteligente. No tiene sentido, pero así es él. Su desesperación va en aumento y eso podría darles una ventaja. No desaparecerá, ni se esconderá. No por mucho tiempo”.

Hatcher le dio unos golpecitos a la mesa con sus dedos y añadió con una pequeña sonrisa de superioridad, “Si puedes o no atraparlo antes de que mate a otra persona depende de ti. Ese es tu trabajo, no el mío. Esa es otra cosa que no forma parte de la vida aquí en Sing Sing”.

De repente, Hatcher dijo, “Guardia, creo que ya terminamos”.

Riley se sobresaltó. Esperaba poder hacerle unas preguntas más. Hatcher obviamente tenía ideas diferentes, y sabía mejor que discutir con él sobre ello. Además, les había dicho mucho en muy poco tiempo.

Hatcher se inclinó sobre la mesa hacia Bill y Riley.

“Y otra cosa”, dijo en voz baja. “Puedo sentir todas las peleas que hay entre los dos. Supérenlo. No estoy diciendo que son buenos el uno para el otro. Probablemente son malísimos el uno para el otro. Pero hacen cosas buenas cuando están juntos. Eso importa más a la larga que las otras cosas”.

Miró de cerca a Bill y luego señaló el anillo de boda en su dedo y dijo, “Y olvídate de tratar de arreglar las cosas con tu esposa. No es posible. Nunca entenderá la clase de vida que has escogido. O que te ha escogido a ti”.

Riley notó que Bill quedó con la boca abierta.

Hatcher se volvió hacia ella y dijo, “Y tú. Deja de oponerte”.

Riley estuvo a punto de preguntar, “¿Oponerme a qué?”.

Pero no, tenía que poner límites en cuanto a aceptar consejos personales de un asesino implacable. Eso no era saludable.

Ni siquiera si tiene razón, pensó. Y probablemente la tiene.

“Ah, y algo más”, dijo Hatcher. “Ustedes dos son iguales a todos los policías e investigadores que he conocido. Se mentalizan en el hecho de que son inmortales, aunque saben que no es así. No hagan eso con este tipo”.

La voz de Hatcher se llenó de urgencia.

“Está herido en donde más le duele, en su alma. No hay nada más peligroso que un animal herido.

Tengan cuidado. No se vuelvan igual de descuidados que él”.

Hatcher se levantó de su silla y sonrió con superioridad de nuevo.

“Capaz mate a uno de ustedes antes de terminar”.

Capítulo 36

Las palabras de Hatcher vibraban en la mente de Riley a la mañana siguiente.

Capaz mate a uno de ustedes antes de terminar.

Antes de eso, no había considerado al asesino de las cadenas como una amenaza directa para ella u otros agentes. Las víctimas que buscaba, secuestraba y asesinaban eran de un tipo específico. Pero ella sabía que no era inteligente ignorar la advertencia de Hatcher. El hombre tenía un entendimiento sorprendente, aparentemente un resultado de haberse enfocado en el comportamiento humano desde su perspectiva única en una prisión de alta seguridad.

Incluso aquí, en la oficina de campo del FBI ultra segura de Albany, considerar esas palabras creaba una sensación irracional, pero palpable, de peligro. Era casi como si Eugene Fisk estuviera entre ellos aquí y ahora, invisible pero preparado y listo para secuestrar a uno de estos agentes desde un escritorio. No tenía sentido, pero allí estaba.

Riley caminaba por el área abierta donde agentes en sus escritorios contestaban llamadas telefónicas y recopilaban pistas. El aire estaba lleno de conversaciones telefónicas. Riley se desplazaba de escritorio en escritorio, preguntando sobre el progreso de todos—o falta de él.

En uno de los escritorios, un joven agente masculino acababa de terminar una llamada telefónica.

“¿De qué se trataba?”, preguntó.

El agente negó con la cabeza.

“Una niña adolescente en Searcy estaba segura que su tío Joe era nuestro hombre”, dijo. “Encajaba con la descripción, pero muchos detalles no encajaban. Le pregunté acerca de un tartamudeo, y él habla bien. Si lo que me dijo es cierto, sin embargo, el tío Joe definitivamente es un perverso que debería estar tras las rejas. La remití a Servicios Familiares”.

“Sigue intentándolo”, dijo ella, dándole una palmadita en el hombro. “Encontraremos algo pronto”.

Miró todos los rostros centrados y dedicados del área que estaban haciendo su mejor esfuerzo para encontrar a Eugene Fisk. Como se esperaba, cientos de personas habían llamado a la línea directa, muchas de ellas sospechando de un vecino o familiar.

Puesto que el tartamudeo no fue mencionado a los medios, preguntar eso era una forma rápida de averiguar si la pista era falsa. Las personas que llamaban a menudo decían algo como, “Bueno, no, él no tartamudea, pero es tremendo asqueroso”.

Y, por supuesto, innumerables personas habían visto furgonetas blancas marca Ford por todo el Valle del Río Hudson. Esas pistas eran más difíciles de ordenar, pero los agentes estaban haciendo su mejor esfuerzo para filtrar la información. Lucy también estaba trabajando en la sala, ayudando a los agentes de campo a clasificar pistas creíbles del parloteo inútil. Las pistas creíbles eran remitidas a Bill. Él había sido asignado como el agente principal del caso.

Decidiendo que era el momento de ver cómo le estaba yendo, Riley se dirigió a la oficina temporal de Bill. Cuando abrió la puerta y miró adentro, él hizo un gesto para que pasara.

“¿Alguna novedad?”, preguntó Riley luego de entrar y sentarse.

“Nada”, dijo Bill. “Hasta ahora hemos tenido cinco confesiones—tipos que se entregaron en diferentes pueblos. Sólo tipos que querían atención”.

Riley suspiró con desaliento. Cuando estaba al cien por cien, podía entrar en la mente de un verdadero asesino en serie. Pero la mente de un psicópata aspirante seguía siendo un misterio impenetrable para ella. ¿En qué demonios estaban pensando estos tipos?

En ese momento Lucy asomó su cabeza en la puerta. Su rostro estaba repleto de determinación.

“Tenemos algo”, dijo, entrando a la oficina. “Me temo que es una situación de buenas y malas noticias”.

Le entregó a Riley y Bill copias de una impresión.

“Son transcripciones de tres llamadas grabadas”, explicó Lucy. “Todas son de personas que viven en Talmadge, un pueblo que queda a mitad de camino entre aquí y Reedsport. Todas estas personas llamaron por un tipo que se hace llamar Eugene Ossinger. Encaja en la descripción perfectamente, hasta el tartamudeo”.

Riley ojeó las transcripciones.

“Veo que conduce una furgoneta Ford blanca”, dijo.

“Correcto”, dijo Lucy. “A ninguna de estas personas se les ocurrió anotar la matrícula antes de que saliera nuestro boletín. La furgoneta no está allí ahora. Pero dos de ellos recordaron que tenía una matrícula de Pennsylvania”.

“Parece que es él”, dijo Bill. “¿Cuáles son las malas noticias?”.

Lucy se sentó al lado de su escritorio.

“También recibimos una llamada directa del Departamento de Policía de Talmadge”, dijo ella. “Una de estas personas los había llamado primero. Los policías locales ya fueron a la escena, y un equipo SWAT también. Eugene Ossinger ya no está allí. Nadie sabe a dónde se ha ido”.

Riley se negó a sentirse desanimada.

“Es un comienzo”, dijo. “Vamos para allá enseguida”.

*

Al cabo de una media hora, Bill, Lucy y Riley llegaron a Talmadge, un pueblo pequeño en la orilla oeste del Hudson. Cuando Bill se estacionó en la dirección que les habían dado, notaron que el lugar ya estaba acordonado y rodeado de policías locales y miembros de un equipo SWAT. Algunos vecinos estaban congregados cerca de la escena. Todo el mundo parecía estar esperando a los agentes del FBI que sabían que venían en camino.

Los tres agentes se bajaron del carro y se acercaron a la casa. Bill se presentó y presentó a sus compañeras al policía que estaba a cargo.

“Debió haberse enterado que había sido detectado”, les dijo un policía. “Se fue antes de que pudiéramos llegar”.

“Vamos a echarle un vistazo a las instalaciones”, dijo Riley. Entraron por la puerta principal a una sala de estar muy pequeña. El resto de la casa incluía un dormitorio individual, un baño rudimentario y una mini-cocina. Parecía que los muebles viejos y desgastados habían sido utilizados por muchos inquilinos.

Mientras Riley y Lucy exploraban, Bill asintió y dijo: “Voy a buscar en el sótano”.

Riley notó algunas señales de una lucha reciente, incluyendo una lámpara rota. De lo contrario, todo en la casa estaba razonablemente limpio. A Riley le pareció que el lugar era una opción sensata para alguien con ingresos minúsculos. Asumió que Eugene se mantenía haciendo distintos trabajos esporádicos. El armario del dormitorio tenía unos harapos. Riley supuso que se había llevado todo lo que pudo con él, aunque probablemente no tenía muchas cosas.

Oyó a Lucy decir desde la cocina, “Sólo hay poca comida en la nevera. Nada extraño”.

Riley salió de la habitación justo a tiempo para ver a Bill volver del sótano.

“Definitivamente es su casa”, dijo Bill. “Vengan a echar un vistazo”.

Riley y Lucy siguieron a Bill por unas escaleras de madera a un suelo de concreto.

Un catre ensangrentado estaba en medio del espacio pequeño que simulaba una celda. No cabía duda. Allí era donde había mantenido y atormentado a sus víctimas, probablemente encadenadas y con camisas

de fuerza durante sus cautiverios.

Riley sintió una calma extraña. Aquí estaba finalmente, en el corazón del mundo del asesino. Estaba exactamente en donde tenía que estar.

“Dame un minuto a solas”, le dijo a Bill.

Bill asintió. Obviamente entendió exactamente lo que quería decir. Lucy también lo entendió. Ambos regresaron al otro piso y cerraron la puerta detrás de ellos.

Riley analizó toda la escena. Estaba prendida la única luz del techo, la policía local probablemente lo había hecho. Vio que las ventanas estaban bien cerradas así que, cuando la luz estaba apagada, el cuarto estaba completamente a oscuras.

Sólo Dios sabía cuántas horas de total oscuridad habían soportado las tres mujeres en las garras de Eugene Fisk. Pero lo que las mujeres habían sentido le importaba poco a Riley en este momento. Esta era su oportunidad de descubrir lo que Eugene sentía y pensaba y cómo funcionaba su mente enferma.

Riley se encontró mirando una cartelera que estaba encima de una mesa de madera destartada contra una pared. Parecía ser una especie de santuario. Cuidadosamente dispuestos sobre la mesa había varios artículos que sin duda pertenecieron a las mujeres que trajo aquí—zapatos, una placa, una etiqueta, algunos botones. Había todo tipo de recuerdos fijados en la cartelera—obituarios, noticias, fotos que él mismo había tomado de las tumbas.

Riley respiró profundamente, alcanzando los pensamientos del demonio que había atormentado este lugar deprimente. Comenzó a formarse una idea en su interior.

Esto es más que un santuario, pensó. Es un altar sagrado.

Las mujeres habían sido masas hambrientas de carne, sangre y hueso que temblaban y gemían mientras las había mantenido prisioneras. Habían estado bajo su control precario e incómodo. Pero se habían convertido en espíritus vengadores, como las Furias de la mitología griega, cuando habían dejado este mundo.

Los artículos que había dejado para apaciguar los espíritus y las lágrimas de pesar que había derramado sobre esta mesa habían sido en vano. Nunca podría emendar el sufrimiento que les había causado.

Riley vio otra mesa en el lado opuesto de la sala. Un tornillo de banco de acero oxidado estaba sujetado a un lado, un vestigio de cuando había sido utilizado como una mesa de trabajo hace mucho tiempo. Un tablero de clavijas en la pared detrás de la mesa había estado lleno de herramientas una vez, pero ahora estaba vacío.

Riley tuvo la sensación que esta mesa también tenía una historia. Se acercó a ella y miró su superficie de cerca, estudiando los patrones extraños de raspones en la parte superior desgastada. ¿Qué eran esos patrones? ¿Qué significaban?

Una visión de cadenas llenó su mente. Estas eran las marcas dejadas por las cadenas. Había guardado montones de ellas aquí, a veces enrolladas perfectamente y otras veces estiradas por toda la longitud de la mesa. Siempre las había manejado con la máxima reverencia.

Pues las cadenas también eran una especie de deidades. Las cadenas lo habían gobernado desde su infancia, cuando su madre lo había encadenado en su propia casa, y nuevamente en el hogar infantil, donde las monjas habían encadenado la puerta de su habitación.

No pudo evitar recolectar más y más de ellas a lo largo de su vida. Y aquí, justo aquí, era donde ellas lo habían llamado, ordenándole, mandándole. Pero como los espíritus de las mujeres, no podían apaciguarse, sin importar lo devotamente que las servía.

Riley miró las dos mesas intermitentemente. Ambas eran altares y eran sus guías en la vida—una un eje de culpa, vergüenza y arrepentimiento, y la otra de futilidad impotente, siempre burlándose del niño indefenso que seguía siendo realmente.

Pero a diferencia de la mesa con las imágenes y los recuerdos, la mesa que había albergado las

cadenas ahora estaba vacía. ¿Qué significaba eso?

Riley respiró profundamente, hacia adentro y hacia afuera, permitiéndose sentir empatía por lo que estaba pasando Eugene en estos momentos.

Obviamente se había llevado las cadenas con él. No podía dejarlas aquí. Sin ellas su vida no tendría sentido. Por mucho que las odiaba por lo que lo hacían hacer, proporcionaban el único significado al que podía aferrarse.

También sintió lo desarraigado y perdido que debía sentirse, exiliado de sus altares sagrados. Estaba solo y más desesperado que nunca, y las cadenas estaban furiosas con él. Debía estar frenético ahora, luchando por recuperar algún punto de apoyo.

En ese momento entendió algo. Subió por las escaleras y abrió la puerta. Bill y Lucy estaban arriba esperando que terminara su vigilia privada.

“Sé en dónde podemos encontrarlo”, dijo Riley.

Capítulo 37

El cementerio estaba silencioso y oscuro. Aquí, lejos de la carretera que pasaba por la propiedad, la única luz provenía de la luna brillante en el cielo.

Pero la luz de la luna será suficiente, pensó Riley. Tenía un alto nivel de confianza.

Estaba escondida detrás de un ángel de mármol grande con alas extendidas. La escultura estaba en una colina sobre un grupo de tumbas. Una de esas tumbas era nueva. Carla Liston había sido enterrado allí esa mañana.

En la luz de la luna, Riley podía ver claramente el paseo y el conjunto de lápidas. Cuando ella y Bill habían llegado hace un tiempo, había notado un grupo de tumbas a la derecha que estaban cercadas por una reja de metal con estacas afiladas. El ángel en el que se escondía los miraba desde arriba.

Riley no había asistido al funeral esa mañana. Se había sentido segura de que Eugene no estaría allí debido a toda la atención de los medios de comunicación que había logrado atraer. Bill y Lucy habían asistido para revisar la multitud por si acaso, buscando a cualquiera que se asemejara a la foto envejecida por la computadora. Myra Cortese y varias otras enfermeras también habían vigilado. Pero Riley había tenido razón, el asesino no había asistido.

En vez de ir al funeral, Riley había pasado la mañana en el hotel con April. Se estaban llevando bien ahora. Riley sentía que su relación estaba cada vez más fortalecida, y creía que esta vez podía durar. Por lo menos el vínculo se sentía lo suficientemente fuerte como para sobrevivir el resto del tumulto adolescente que seguro estaba por venir, pensó.

Riley había guardado su propia vigilancia para esta noche. Y ahora estaba aquí. Bill también estaba vigilando, escondido en una arboleda a un lado de la tumba de Carla Liston.

Después de su momento de entendimiento en el sótano de Eugene, no había duda en la mente de Riley que el asesino de las cadenas aparecería aquí. Sabía que esos dos altares sagrados le habían dado a su vida el único sentido que tenía. El altar que había dejado atrás le decía que casi era cien por ciento seguro que apareciera. Simplemente tenía que encontrar una salida para su terrible remordimiento.

Pero la vigilancia tendría que llevarse a cabo discretamente. Riley y Bill habían decidido venir aquí solos, teniendo cuidado para permanecer casi invisibles. Eugene estaría más atento ahora. Incluso unos policías y agentes posicionados en las entradas del cementerio llamarían su atención.

Aun así, la oficina de Albany sabía lo que Bill y Riley estaban tramando. Había un montón de agentes posicionados en lugares estratégicos, pendientes por si veían a Eugene o a su furgoneta blanca. Lucy estaba con ellos, ayudando a coordinar sus esfuerzos. Riley estaba segura de que ella y Bill localizarían a Eugene, y estaba igualmente segura de que no se escaparía.

De repente oyó voces hablando en susurros. Se dio la vuelta y vio una pareja de jóvenes riéndose mientras se acercaban por un camino. Parecían un par de adolescentes que creían haber encontrado un excelente lugar para fajarse.

Riley salió de atrás del ángel de mármol y los detuvo. Sacó su placa y puso su dedo índice en los labios para silenciarlos.

El niño y la niña se veían completamente sorprendidos. ¿Se habían dado cuenta de que Riley estaba aquí buscando a un asesino? A Riley sólo le importaba que se fueran. Efectivamente, eso es exactamente lo que hicieron, dándose la vuelta y desapareciendo silenciosamente entre los árboles por donde habían venido.

Riley volvió a su escondite detrás del ángel y apoyó su frente en su ala, mirando por debajo de las plumas de mármol. La noche estuvo silenciosa por un largo tiempo.

Recordó las palabras de Hatcher una vez más...

“Está herido en donde más le duele: en su alma. No hay nada más peligroso que un animal herido”.

También pensó en otra cosa que le había dicho el preso de Sing Sing...

“Deja de oponerte”.

Podría haber estado hablando de un montón de cosas—su obsesión con el trabajo o su atracción a Bill, sólo para empezar. Probablemente nunca sabría lo que había tenido en mente. Pero así era mejor. Y este no era ni el momento ni el lugar para estar preguntándose esas cosas, de todos modos.

Justo en ese momento vio movimiento entre las lápidas. La figura de un hombre pequeño se deslizaba sigilosamente, encendiendo una linterna de vez en cuando. Sacó su pistola y salió silenciosamente de detrás del ángel.

El hombre se acercó a la tumba de Carla Liston. Iluminó la piedra con la linterna, claramente comprobando el nombre. Dejó caer unas flores sobre la tumba; Riley pudo ver que eran margaritas por el haz de luz de la linterna.

Riley se llenó de adrenalina. El asesino de las cadenas había dejado margaritas en la tumba en Reedsport. Definitivamente era él. Eugene Fisk había venido para mostrarle su arrepentimiento a la mujer que había asesinado.

Su rostro estaba inclinado hacia el otro lado, y Riley se acercó a él por la colina lo más silenciosamente que pudo. Aun así, debió haberla oído. Se volvió y miró en su dirección, luego se dio la vuelta y empezó a correr.

Riley corrió detrás de él. Resistió el impulso de llamar a Bill. Estaba segura de que Bill había visto lo que estaba sucediendo y que ya estaba en movimiento.

Riley siguió al asesino, moviéndose a través del laberinto de lápidas y estatuas. Le sorprendió su repentina exhibición de agilidad felina. Ella había adivinado durante mucho tiempo que Eugene Fisk no era muy fuerte, y probablemente tenía razón. Pero no había previsto que fuera tan ágil y rápido. Se preguntaba si incluso podía ver mejor en la oscuridad que ella.

Ya lo estaba alcanzando cuando tropezó con una lápida pequeña. Se tambaleó, casi cayéndose. Cuando recuperó el equilibrio no vio al asesino por ninguna parte. Estaba completamente inmóvil, mirando y escuchando.

Oyó movimiento a un lado. Cuando se dio la vuelta, vio que era Bill, que había estado corriendo detrás de ella. También parecía haber perdido al hombre. Se detuvo abruptamente.

Riley y Bill estaban inmóviles, echándole un vistazo al área. Pronto hubo un parpadeo de luz que reveló brevemente una figura delante de ellos. El hombre había encendido y apagado una linterna rápidamente para poder ver el camino.

Riley y Bill comenzaron a correr en la dirección en donde había aparecido la luz. Mientras Riley corría, se le vino una imagen a la mente. Estaba atrapando luciérnagas de niña, siguiendo los destellos en la oscuridad. Recordó la enorme imposibilidad de atrapar una luciérnaga en el aire al ver su destello.

Entonces oyó a Bill maldecir. Había chocado contra la cerca de metal puntiaguda que rodeaba un grupo de tumbas. Riley logró detenerse justo antes de chocarla también. Se movió hacia un lado para desplazarse alrededor de la cerca, y Bill se fue en la dirección contraria.

Pero cuando llegaron al otro lado de las tumbas cercadas, no veían a la figura que estaban persiguiendo por ninguna parte. No había sonidos ni movimientos distintos a los suyos.

“Maldita sea”, dijo Bill a unos pocos pies de distancia de Riley.

Bill sacó su celular y llamó a Lucy para alertar a los agentes circundantes que el sospechoso estaba en marcha. Mientras tanto, Riley siguió buscando, alumbrando su linterna por todas partes. Cuando Bill terminó de hablar, también retomó la búsqueda nuevamente.

Riley miró por todas partes—detrás de árboles, estatuas, algunas de las lápidas más grandes y la

puerta del mausoleo. Finalmente, se encontró con Bill en el estacionamiento vacío. Su mano estaba sangrando por su colisión con la cerca.

“Hijo de puta”, gruñó. “Bueno, no llegará lejos, no con tantos agentes por toda la ciudad”.

Pero Riley sentía temor en el fondo de su ser. La agilidad y rapidez de su presa la había tomado completamente por sorpresa. También se sentía segura de que era demasiado inteligente como para haber estacionado su furgoneta en algún lugar cercano. Una vez más recordó lo difícil que había sido atrapar una luciérnaga en la oscuridad.

“No”, le dijo a Bill, recuperando el aliento. “Lo perdimos”.

Capítulo 38

Ya había amanecido, y las cadenas estaban refunfuñando. Eugene había pasado su segunda noche en el asiento del copiloto de su furgoneta, temeroso de dormir en la parte trasera donde las cadenas podrían dominarlo. Estaban enojadas.

“Les sigo diciendo”, dijo soñolientamente, “no había nada más que hacer”.

Pero los murmullos continuaron. Eugene sabía que no tenía sentido tratar de explicar las cosas de nuevo—que había sido identificado y que la policía llegaría pronto a su casa, que tenía que huir y llevarse todas las cadenas con él. Si no estarían solas allí. Y, ¿qué les pasaría cuando fueran descubiertas?

Eugene se dio la vuelta, tratando de sacudir los calambres de su cuerpo cansado. Después de su escape del cementerio la noche anterior, todo le dolía. No sabía que tenía la capacidad de correr tan rápido o tan lejos. Y había cubierto una gran carrera de obstáculos—atravesó patios traseros y cercas hasta que pudo llegar a la furgoneta. Se había encargado de no estacionarla cerca del cementerio.

Había logrado salir de Albany cuidadosamente, atravesando calles y callejones, consciente de que los policías seguramente lo estaban buscando. Había respirado con una señal de alivio cuando había salido de la ciudad por una carretera pequeña que se dirigía hacia el sur y finalmente se había estacionado en una zona densamente boscosa para dormir un poco.

Ahora Eugene sabía que tendría que comenzar a viajar, y no tenía ni idea a donde iría. Y aunque había disfrazado la furgoneta, aún estaba nervioso por eso. Hace años, cuando había entrado en cuenta de que un día como este podría llegar, había robado unas matrículas del estado de Nueva York y ordenado decoraciones magnéticas. Con grandes flores de colores en cada lado y pequeños letreros en las puertas que nombraban un negocio ficticio, esperaba que la furgoneta pasara como un vehículo de entrega de una floristería.

Alcanzó en la bolsa de comida que se trajo con él de su casa. Sólo quedaba una rosquilla rancia. Se la comió lentamente.

“¿A dónde puedo ir?”, le preguntó a las cadenas.

Pero sus murmuraciones lo confundían, algunas voces irritables diciéndole que condujera hacia el norte, otras que condujera hacia el sur y otras diciéndole que condujera hacia el oeste a las Montañas Catskill. Nunca había visto a las cadenas tan camorristas entre sí. Habían estado así desde que había arruinado el asesinato de la otra mujer, cuando había roto su cuello en vez de degollarla.

Sabía que todo era su culpa.

Aun así, tenía que conducir a algún lugar. Arrancó la furgoneta y empezó a conducir entre los árboles. Mientras la furgoneta andaba por la carretera llena de baches, las cadenas se movían ruidosamente. Se volvió hacia ellas.

“¿Qué quieren ahora?”, exigió.

Luego oyó unos fuertes chirridos de neumáticos y un claxon. Frenó duro y detuvo la furgoneta. Por el sonido distractor de las cadenas, había llevado la furgoneta a la carretera y delante de un carro que se acercaba.

Ahora el conductor lo estaba mirando con sorpresa y enojo. Eugene viró su furgoneta al otro carril y continuó su camino.

Obligándose a prestar atención, condujo lentamente por unas pocas casas, un restaurante y una oficina de correos. Esperaba que nadie en el pueblo lo notara. Cuando la carretera estaba rodeada de árboles de nuevo, se relajó un poco.

Pero las cadenas estaban agitadas otra vez. Querían algo. Siempre querían algo.

En unos instantes, vio a una mujer acercándose a él por el lado de la carretera. Vestía de blanco, con lo que le parecía un uniforme de mesera. No era ni enfermera ni guardia como las demás, pero...

“¿Ella?”, le preguntó a las cadenas.

Las oyó murmurar con aprobación.

Detuvo su furgoneta en el arcén, pero dejó el motor encendido. Se bajó, caminó hacia la parte trasera de la furgoneta y abrió las puertas. Tomó un gran puñado de cadenas.

En ese momento, la mujer estaba caminando hacia él en el borde de la carretera.

“¿Tienes algún problema?”, preguntó con una sonrisa amable. “Hay un taller de reparaciones...”.

Pero entonces su expresión se congeló de terror. Ella lo reconoció. Justo cuando se dio la vuelta para correr, Eugene golpeó el lado de su cabeza con las cadenas. Cayó de rodillas con un grito, y él la golpeó de nuevo. Cogió a la mujer inconsciente por los brazos. Afortunadamente era lo suficientemente pequeña y ligera para él. Le arrastró a la camioneta y volvió al asiento del conductor.

“Espero que estén más felices ahora”, les dijo a las cadenas.

Pero mientras conducía, una nueva sensación de desesperación llenó su ser. ¿Cómo podría lidiar con esta mujer de una manera que calmaría por completo a las cadenas? En primer lugar, no tenía ningún lugar en donde mantenerla. Tendría que matarla demasiado rápido. ¿Y en dónde podría hacerlo? ¿A dónde podría llevarla ahora?

La carretera aún estaba llena de árboles. Dobló a la derecha después de un tiempo, condujo a través de unas vías de tren y terminó en una vieja marina. Había un muelle destartado con un par de barcos de pesca antiguos atados al mismo. Una enorme estructura de acero oxidada se cernía sobre el muelle.

Cuando se dio cuenta de lo que era la estructura, Eugene se rio en voz alta. Apenas podía creer su suerte. Era una vieja grúa para barcos, utilizada para levantar barcos pequeños y colocarlos en el agua. Parecía que no había sido utilizada durante mucho tiempo, pero todavía había una polea en su brazo. Un cable pasaba por la polea y colgaba hasta el suelo. Sería fácil colgar a la mujer aquí, donde sus vecinos y familiares pudieran encontrarla.

Necesitaría ser bastante temerario para poder hacer todo esto a la luz del día.

Mucho mejor, pensó.

Quizás las cadenas estarían impresionadas.

Caminó por el muelle para asegurarse de que no hubiera observadores cerca. Tuvo que moverse con cuidado porque faltaban algunos tabloncillos y otros estaban obviamente débiles. Cuando llegó al final, se volvió e inspeccionó la orilla.

No había nadie a la vista. Observó el agua. Había unos barcos en el Hudson, pero la mayoría estaban demasiado lejos como para notarlo. Una persona en la embarcación más cercana lo saludó con una mano de manera amistosa. Eugene le devolvió el saludo y observó al barco alejarse. Las letras en uno de sus lados deletreaban Suzy.

Suzy, pensó. ¿Cómo sería estar allí en una embarcación llamada Suzy?

Eugene sintió un anhelo extraño mientras estaba parado allí en el extremo del muelle. Si tuviera un barco y pudiera salir en el agua, ¿las cadenas pudieran seguirlo? ¿Cómo podrían hacerlo?

Allí afuera podría ser libre. No podía recordar lo que se sentía ser libre.

Había dos barcos antiguos atados al muelle. Ambos flotaban y estaban en buen estado para navegar. ¿Podría arrancar uno de los motores y navegar lejos de aquí para siempre?

Pero entonces oyó un gemido ruidoso que venía de la furgoneta. La mujer estaba empezando a recuperar el conocimiento. Tenía que someterla y ponerle una camisa de fuerza y atarla con cadenas. Luego tenía que terminar su horrible tarea. Las cadenas no le daban ninguna otra opción.

Nunca le darían otra opción.

Capítulo 39

El instinto de Riley le decía que algo estaba a punto de suceder. No sabía por qué se sentía de esa manera. Habían elegido su ruta basándose en muy poca información. Bill estaba conduciendo, y los tres viajaban al sur desde Albany.

Después del escape de ayer de Eugene Fisk del cementerio, el público estaba respondiendo a los boletines con más llamadas que nunca. Había agentes del campo en todas las direcciones tratando de hacerle seguimiento a cualquier cosa que pareciera al menos remotamente plausible. Habían reportado un montón de avistamientos en las carreteras al sur de Albany, y Bill, Riley y Lucy habían decidido viajar en esa dirección.

“¿A qué distancia estamos de Callaway?”, preguntó Lucy desde el asiento trasero.

Riley se volvió y vio que Lucy estaba mirando un mensaje de texto. Probablemente era una actualización de la oficina de Albany.

“Acabamos de pasar un desvío para Callaway”, dijo Bill.

“Necesitamos volver para tomarlo”, dijo Lucy.

Bill desaceleró el vehículo y le dio la vuelta sin hacer preguntas. Lucy explicó la pista que había recibido mientras conducía.

“Un hombre en Callaway dijo que un tipo loco salió a la carretera en frente de su carro. Era una furgoneta blanca de un negocio llamado Las Flores de June. Vio al conductor claramente. Jura que es nuestro hombre, y que se dirigía hacia una vieja marina. Todos los habitantes del pueblo han sido notificados para que se mantengan alejados de esa zona”.

Los latidos de Riley se aceleraron. Sí, este era el momento. Estaba segura de ello. El nombre del negocio no la sorprendió en lo absoluto. Todos en la sede de Albany sabían muy bien que Eugene Fisk probablemente ya había disfrazado su furgoneta.

“Lucy, respóndeles y diles que vamos en camino”, dijo Bill, tomando el desvío que había pasado hace unos momentos. “Lo más probable es que necesitemos apoyo. Riley, verifica el GPS para ver hacia donde nos estamos dirigiendo”.

Riley puso el mapa en su teléfono celular. Lo que vio lo animó.

“Estamos en el camino correcto”, dijo. “Pasa por Callaway, luego va directamente a la marina. Termina en una calle sin salida. Si Eugene Fisk estuvo allí, este camino es su única salida”.

Bill pisó el acelerador y la sirena retumbaba.

Redujo la velocidad cuando cruzaron la línea del pueblo de Callaway. Algunos residentes ansiosos estaban parados en la acera, viéndolos pasar. La policía local había establecido una barricada en el extremo del pueblo. Bill levantó su placa del FBI y lo dejaron pasar. Aceleró de nuevo y la marina entró a la vista en cuestión de minutos.

Bill detuvo el carro y apagó la sirena.

El corazón de Riley latía con fuerza. Allí estaba, estacionada al lado de una estructura oxidada que parecía una grúa—una furgoneta blanca decorada con flores y el nombre Las Flores de June. Los tres agentes se bajaron rápidamente del carro y se dirigieron a la furgoneta. Bill llegó allí primero y abrió la puerta trasera de golpe.

Una mujer estaba amontonada en el suelo, atada con cadenas y una camisa de fuerza. Sus ojos se abrieron y gimió en voz alta a través de la cadena que había sido envuelta alrededor de su rostro para amordazarla.

Está viva, Riley pensó con alivio. Habían llegado a tiempo.

Pero no había rastro de Eugene Fisk.

“Lucy, encárgate de la mujer”, dijo Riley. “Bill y yo lo encontraremos”.

Riley pasó por delante de la furgoneta para inspeccionar la costa, pero se detuvo al oír la voz de Bill.

“¡Riley!”.

Se volteó y sus miradas se encontraron con una expresión decidida, pero comprensiva.

“Este tipo no es Peterson”, dijo Bill.

Por un segundo, Riley no pudo entender lo que quería decir.

“¿Qué?”, dijo.

Bill entrecerró los ojos y dijo mucho más lentamente, “Él no es Peterson”.

En un momento de claridad, Riley entendió exactamente lo que quiso decir. Su uso de fuerza letal contra Peterson había sido casi vengativa. Pero la Oficina no le había hecho preguntas sobre eso—no después de todo lo que había sufrido a manos de Peterson. Esta situación era diferente. Deberían ser capaces de agarrarlo vivo.

Este tipo de comunicación instantánea era una de las cosas que más atesoraba de trabajar con Bill. Lo había extrañado durante su distanciamiento.

“Entiendo”, le dijo.

Armas en mano, Riley y Bill se movieron alrededor de la furgoneta. Había una bajada que daba al agua. Los grupos de árboles podrían ocultar al asesino fácilmente a lo largo de la tierra elevada. Riley estaba segura que estaban cerca de él ahora. Se movió con cuidado hacia los árboles a la izquierda. Bill se movió a la derecha.

Riley se había percatado de que el asesino no estaba en el sitio en donde ella estaba buscando cuando oyó la voz de Lucy decir, “¡Lo veo!”.

Riley se volvió y vio que Lucy se estaba alejando de la furgoneta. Había sacado su arma y estaba corriendo hacia el muelle. El horrible hombrecillo estaba a unas pocas yardas en la vieja estructura.

“¡Detente!”, le gritó Lucy, su arma levantada. “¡Mantén tus manos donde pueda verlas!”.

Eugene se detuvo y se dio la vuelta, sus manos levantadas sobre su cabeza. Estaba sosteniendo un montón de cadenas con una mano.

Riley sacó su propia arma y caminó hacia ellos. Sintió una oleada de alivio. Esto iba a terminar fácilmente y sin violencia. Lo que había sucedido con Peterson no iba a suceder aquí.

Lucy caminó al muelle, enfocada en Eugene. Pero después de unos pasos, un tablón podrido cedió y ella se cayó.

“¡Maldita sea!”, gritó Lucy.

Eugene se movió con la misma destreza y rapidez que había demostrado en el cementerio. Agarró a Lucy desde atrás en un instante. Envolvió una cadena alrededor de su cuello con una mano. Con la otra sacó una navaja recta de su bolsillo. La abrió y la colocó en la garganta de Lucy. Su rostro estaba contorsionado de dolor.

Eugene estaba tratando de hablar desesperadamente.

“Baja—baja—”.

Riley sabía que le estaba tratando de decir que bajara su arma. No estaba lista para hacer eso.

Lucy dejó escapar un grito de dolor cuando Eugene la jaló del tablón roto. La forzó a que caminara por el muelle hacia la orilla. Parecía que su tobillo estaba roto.

“Dé—déjame...”.

Riley entendió. El asesino de las cadenas quería llevarse a Lucy a su furgoneta como rehén y alejarse conduciendo ininterrumpido.

Oyó la voz de Bill cerca de ella.

“Tranquilo, tranquilo”, le estaba diciendo a Eugene. “No puedes irte de aquí y lo sabes”.

Pero Riley vio que ni ella ni Bill podían disparar. El cuerpo de Lucy formaba un escudo demasiado

eficaz.

“Dé—déjame...”, dijo Eugene de nuevo. Ahora estaba en la costa, retrocediendo hacia la furgoneta con su rehén.

Bill estaba al lado de Riley, su Glock levantada.

Riley se puso a pensar, tratando de evaluar la situación. Estaba segura de una cosa. Eugene Fisk no estaba fanfarroneando con la navaja. Había degollado a mujeres anteriormente, y lo haría de nuevo en un instante si Riley o Bill se equivocaban.

Shane Hatcher había tenido toda la razón.

Capaz mate a uno de ustedes antes de terminar.

Riley miró a Bill.

“No lo hagas, Bill”, dijo.

Bill la miró, sorprendido. Pero luego bajó su arma.

Riley se inclinó y colocó su arma en el suelo.

“Estoy bajando mi arma, Eugene”, dijo. “Puedes dejarla ir. Podemos poner fin a esto pacíficamente”. Pero Eugene estaba sacudiendo la cabeza.

“N—no”, tartamudeó. Todavía estaba decidido en escaparse con Lucy como rehén. Continuó arrastrando a Lucy hacia la furgoneta.

Riley lo miró directamente a los ojos. Él sostuvo su mirada, incapaz de desviarla, como si estuviera hipnotizado. Sus ojos eran pequeños, redondos y brillantes, pero Riley vio cosas terribles en ellos—abuso infantil y humillación adulta, dolor físico y emocional y una auto-aversión insondable.

“*No es Peterson*”, le había dicho Bill hace pocos minutos.

Riley sabía que Bill había tenido más razón de lo que había creído.

Eugene Fisk era el monstruo más deplorable que había enfrentado. Y podría utilizar ese conocimiento para beneficio propio.

Riley se movió lentamente en la misma dirección mientras Eugene retrocedía y arrastraba a Lucy,

“Sé sobre las cadenas, Eugene”, dijo Riley con una voz compasiva. “También las oigo. No estás solo. No eres el único que las oye, yo también lo hago”.

Eugene se detuvo abruptamente. Se veía completamente afectado ahora. Riley estaba empezando a molestarlo, ella lo sabía.

Recordó otra cosa que había dicho Shane Hatcher.

“*Está herido en donde más le duele, en su alma*”.

Y le estoy echando sal a la herida, pensó Riley.

“¿No oyes lo que están diciendo ahora, Eugene?”, continuó Riley. “Están diciendo que ya se acabó. Las has desarraigado y les has fallado por última vez y están hartas de ti. De verdad se acabó. Las cadenas están diciendo que es así. Yo las oigo y tú también”.

Aquellos ojos pequeños se estaban agrandando y llenándose de lágrimas.

“Las cadenas no quieren que te lleses a esta mujer”, dijo Riley. “Ella no es lo que necesitan”.

Eugene asintió con la cabeza, comprendiendo.

“Sabes lo que las cadenas quieren que hagas en vez”, dijo Riley.

Eugene asintió de nuevo.

Luego pasó la cuchilla por toda su garganta profundamente.

Riley se oyó gritar.

Eugene cayó al suelo, agarrando su garganta, gorgoteando y tosiendo. Lucy estaba empapada de su sangre, pero ahora estaba libre. También se cayó y se alejó del asesino herido.

Riley se lanzó sobre Eugene mientras se sacudía y se retorció. Colocó sus manos alrededor de su garganta, tratando de detener el sangrado, tapando la respiración que rápidamente se escapaba. No sirvió para nada. No había nada que pudiera hacer. Sus ojos estaban bien abiertos, temerosos y debilitados. En

cuestión de segundos, yacía inmóvil. Sabía que estaba muerto.

Bill estaba a su lado. Se agachó y trató de ayudarla a ponerse de pie.

“Vamos”, dijo. “Tenemos que ocuparnos de la mujer”.

Riley intentó ponerse de pie, pero vio que no pudo.

“Lo maté”, dijo.

“Hiciste lo que tuviste que hacer”, dijo Bill.

“No”, dijo Riley. “Lo maté”.

Se descompuso y rompió a llorar mientras el sonido de sirenas acercándose llenó el aire.

Capítulo 40

Mientras observaba su casa nueva, Riley se sentía más libre, más afortunada y más rica que nunca, incluso en la casa elegante que había compartido con Ryan. Después de todo, esta casa sí era suya.

Aun así, algo la preocupaba en el fondo.

¿Qué es lo que pasa?, se preguntaba.

No podía descifrar lo que era.

Sin duda, este lugar era mejor de lo que Riley había soñado. La planta principal de la casa era abierta, la sala de estar y el comedor fluían juntos y había una amplia terraza en la parte trasera. La cocina era fabulosa, más de lo que Riley creía que necesitaría, pero a Gabriela le encantaba.

Y había sido la habitación de Gabriela la que realmente había convencido a Riley para que comprara la casa. La habitación de sótano que daba al pequeño patio trasero había sido convertida en lo que el agente de bienes raíces llamaba una “suite para parientes”. Era una gran habitación alfombrada que contaba con una chimenea de gas y un baño privado.

Gabriela estaba allí en estos momentos, desempacando y organizando sus cosas.

April vino de la cocina, comiéndose un sándwich.

“¿Cómo va la organización de tu habitación?”, preguntó Riley.

“¡Es tan grande!”, dijo sonriente. “¡Es el doble del tamaño de mi habitación anterior! ¡Y el armario también!”.

Riley sonrió, sintiéndose feliz por primera vez en mucho tiempo. Sintiendo como una verdadera mamá.

“¿Entonces ya lo puedo ver?”, preguntó Riley.

“Todavía no. Aún me quedan unas cosas por guardar. Y luego necesitaré tu ayuda para colgar algunas cosas en la pared”.

“Sólo avísame”.

April se tragó lo que quedaba de su sándwich. Luego dijo, “Mamá”.

“Sí”.

“Mamá, ¡me encanta! Amo esta casa. Amo mi habitación”.

“Y yo te amo a ti”, dijo Riley, dándole a su hija un abrazo.

April la abrazó también y luego subió al otro piso.

Riley respiró profundamente, llena de alivio. A su hija no sólo le encantaba la nueva casa, pero era una vez más la adolescente alegre que había dejado de ser hace meses.

Había tenido la suerte de encontrar la casa antes de que la pusieran a la venta gracias a un compañero de trabajo. El viaje a Quántico sólo le tomaría treinta minutos, y April sería capaz de moverse usando transporte público—nunca más haría autostop. Y no tendría que cambiarse de escuela.

Indudablemente marcaba un nuevo comienzo, el comienzo de una vida diferente. Se sentía segura de que sería una vida mejor para ambas. Su divorcio ya era definitivo y Ryan estaba pagando la manutención que había prometido. Riley y April entendían que su contacto con Ryan probablemente sería civil, pero infrecuente. Riley creía que probablemente era lo mejor para todos.

Ryan ya lo había superado; estaba persiguiendo a una mujer divorciada de la sociedad de D.C. que podría apoyarlo en todos los sentidos. A Riley no le sorprendería si se acercara más a Washington pronto.

Sí, pensó Riley, *eso nos convendría a todos—a April, a Gabriela y a mí.*

Aun así, algo seguía atormentándola. Decidió ignorarlo. Miró a su alrededor, pensando en donde

tendría que colocar unos muebles.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el timbre de la puerta delantera. Bill estaba afuera de su puerta.

“Sólo pensé en darme una pasadita para ver tu nueva casa”, dijo.

Riley pudo notar por su sonrisa forzada y su mirada cansada que estaba aquí por mucho más que eso.

“¿Qué sucede?”, preguntó.

“¿Puedo pasar?”, preguntó Bill.

“Claro”.

Bill pasó a la casa y ambos se sentaron en el sofá.

“Maggie me pidió el divorcio”, dijo Bill. “Ya me mudé de la casa, a un apartamento cerca de la UAC”.

“Lo siento”, dijo Riley.

Bill negó con la cabeza, confundido y consternado.

“Es sólo que me he esforzado tanto durante todos estos años”, dijo. “Es extraño pensar que realmente se acabó. Maggie y yo hemos sido desconocidos durante mucho tiempo. Pero los niños... No quiero ser un desconocido para mis hijos”.

Riley le dio unas palmaditas en la mano.

“No lo serás”, dijo.

“No sabes eso”, respondió Bill.

Riley suspiró. Bill tenía razón. Ella no sabía nada al respecto. Había demasiadas cosas de la vida que ella no sabía.

Bill parecía estar ansioso por cambiar de tema.

“Ese último caso”, comenzó, luego sacudió su cabeza y suspiró. Podía ver que todavía lo estaba atormentando, al igual que a ella. De alguna manera era reconfortante ver que no era la única persona que estaba atormentada. “Creo que nunca hemos lidiado con un asesino tan perverso”.

Riley lo pensó por un momento.

“¿Perverso? No, esa no es la palabra. Creo que fue el más afectado”.

“Afectado, perverso, elige una”, dijo Bill, sacudiendo la cabeza. “Cadenas y camisas de fuerza y una navaja de afeitar—es una nueva combinación para mí”.

Riley recordó su experiencia en la mente del asesino de las cadenas.

“Eugene fue el asesino más reactivo que he conocido”, dijo. “Pero nunca se hubiera detenido si no lo hubiéramos atrapado”.

“Y lo hicimos”, dijo Bill. “Somos buenos para eso. Juntos somos muy buenos”.

*

Bill se fue de su casa después de un rato. Dijo que no quería molestar a Riley cuando las cosas iban tan bien para ella. Ella le había dicho que no era ninguna molestia, que nunca era una molestia y que nunca lo sería, pero se fue de su casa de todos modos.

Mientras lo observaba alejarse en su carro, pensó en lo decente que era. Era afortunada de tenerlo como compañero y amigo. No importaba lo que sucediera entre ellos en el futuro, sólo no quería que su amistad se arruinara. Ya casi la habían perdido.

Luego caminó por su casa hacia la terraza trasera. A unas casas de la suya, varios niños estaban jugando en el patio. Riley había anhelado exactamente esto—un vecindario bullicioso donde las personas llevaban vidas normales.

¿Qué le faltaba? ¿Qué sucedía?

Entonces lo recordó—todavía le costaba mirarse en el espejo. Los rostros de todas esas víctimas y

monstruos sostenían su mirada. Y ahora también estaba el rostro de Eugene, sus ojos redondos y brillantes llenos de dolor, culpa y auto-desprecio. Había entendido muy bien lo que había ocurrido detrás de esos ojos. Y aunque fue un hombre despreciable, su destino aún la atormentaba.

Había luchado contra Peterson y lo había matado de una forma primitiva, en un instinto de supervivencia que había sentido.

Con Eugene, había usado sus poderes de empatía y comprensión.

Con Eugene, había utilizado fuerza mortal.

Y no había nadie en el mundo que pudiera entender eso excepto Riley.

Sabía que más monstruos acechaban por ahí en el mundo, probablemente en más variaciones de las que había imaginado hasta ahora. Era su trabajo acabar con ellos. ¿Pero qué haría la próxima vez que se enfrentara a aquellos que atormentaban y destruían?

Recordó lo que Hatcher le había dicho.

“Deja de oponerte”.

Todavía no sabía a lo que se estaba oponiendo, pero estaba empezando a creer que era algo enorme, casi tan grande como su vida entera. ¿Y qué significaba que un asesino múltiple entendía algo sobre ella que ni ella misma sabía?

Su teléfono celular interrumpió sus preguntas. Vio que la llamada era de Brent Meredith. Sabía que no estaba llamando sólo para averiguar cómo iba la mudanza.

Su corazón latió más rápidamente. Estaba llamando sobre un nuevo caso.

Se quedó parada allí, mirando su teléfono celular. Se volvió y miró hacia otro lado, miró por la ventana, miró la calle y su nueva casa—miró todo excepto su teléfono celular.

Aun así, siguió sonando. Se parecía a su vida, al diluvio de casos que nunca cesaba, siempre sonando.

Deja de oponerte.

¿Había querido decir que se dejara de oponer a su impulso de tomar un caso? ¿O había querido decir otra cosa? ¿Oponerse a tener una vida? ¿A vivir la vida por primera vez?

Riley vio su teléfono sonar una y otra vez.

Esta vez no quería contestar.

Y no sabía si lo haría de nuevo.

¡YA DISPONIBLE!



UNA VEZ ANHELADO
(UN MISTERIO DE RILEY PAIGE—LIBRO 3)

UNA VEZ ANHELADO es el libro #3 de la serie exitosa de misterio de Riley Paige, que comienza con UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1), ¡una descarga gratuita con más de 100 opiniones de cinco estrellas!

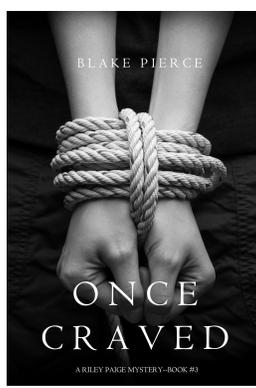
Nadie se preocupa mucho cuando prostitutas aparecen muertas en Phoenix. Pero cuando se descubre un patrón preocupante de asesinatos, la policía local pronto se da cuenta que un asesino en serie está haciendo de las suyas y saben que no pueden con esto. Dada la naturaleza única de los crímenes, el FBI sabe que necesitan a su mente más brillante para resolver el caso, que necesitan a la Agente Especial Riley Paige.

Riley, recuperándose de su último caso y tratando de lidiar con las consecuencias, está renuente al principio. Pero cuando se entera de la naturaleza grave de los crímenes y entra en cuenta que el asesino pronto atacará de nuevo, se ve obligada. Comienza su caza para encontrar al asesino huidizo y su naturaleza obsesiva la lleva demasiado lejos—esta vez quizás demasiado lejos como para no caer en el abismo.

La búsqueda de Riley la lleva al inquietante mundo de prostitutas, hogares desestructurados y sueños rotos. Aprende que, incluso entre estas mujeres, hay destellos de esperanza, esperanza que está siendo robada por un psicópata violento. Cuando una adolescente es secuestrada, Riley, en una carrera frenética contra el tiempo, lucha para navegar en las profundidades de la mente del asesino. Pero lo que descubre la lleva a un giro que es demasiado impactante para siquiera imaginarlo.

Un thriller psicológico oscuro con suspenso emocionante, UNA VEZ DESAPARECIDO, es el libro #3 de una nueva serie fascinante—con un nuevo personaje querido—que te dejará pasando páginas hasta bien entrada la noche.

El Libro #4 en la serie de Riley Paige estará disponible pronto.



UNA VEZ ANHELADO
(UN MISTERIO DE RILEY PAIGE—LIBRO 3)

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio de RILEY PAIGE, que incluye los thriller de suspenso y misterio Una Vez Desaparecido (Libro #1), Una Vez Tomado (Libro #2) y Una Vez Anhelado (#3). Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE.

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.

LIBROS POR BLAKE PIERCE

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE ASESINE (Libro #1)